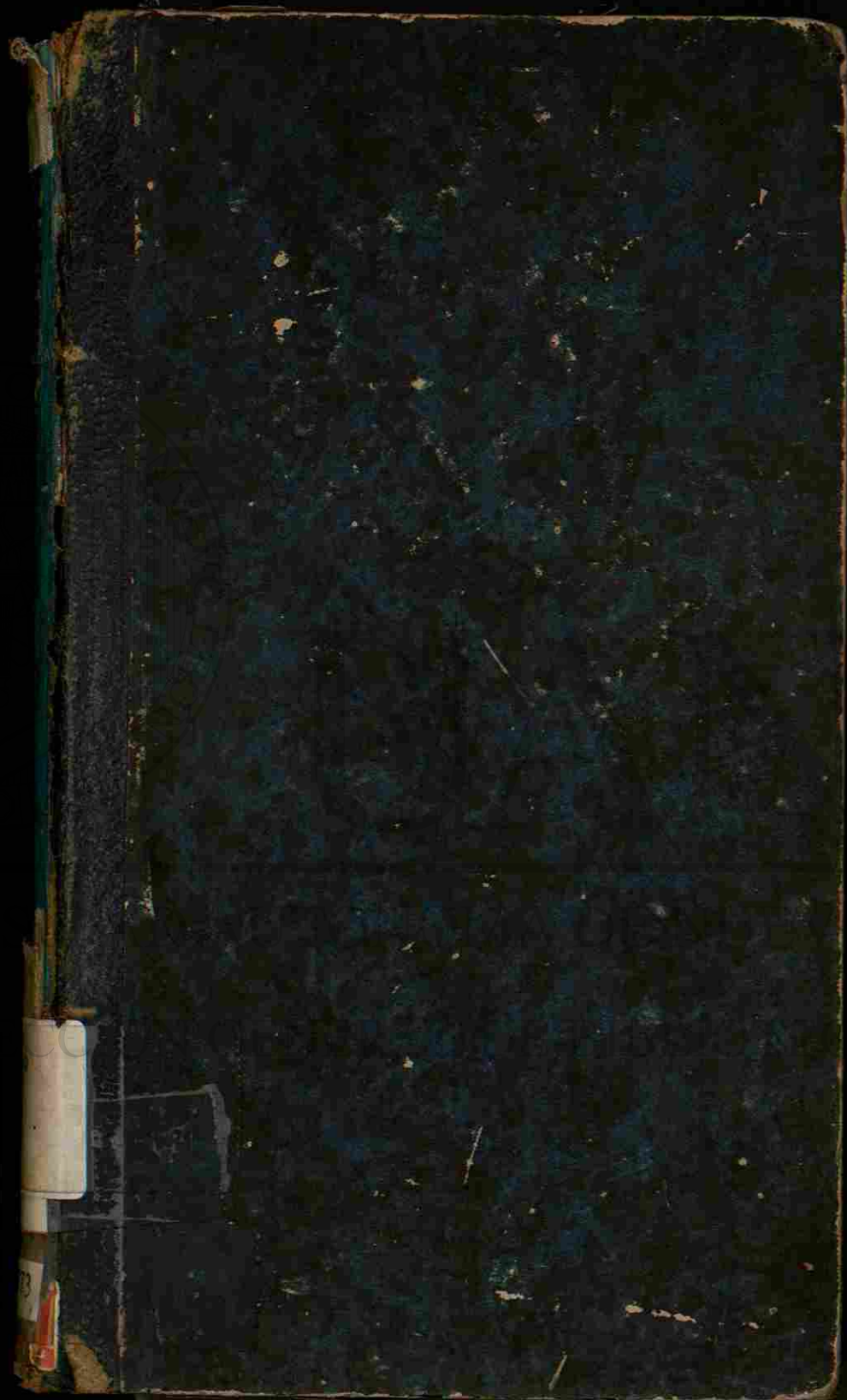
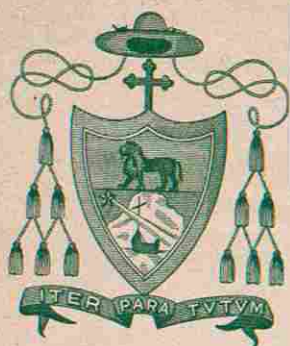




BT620

C8

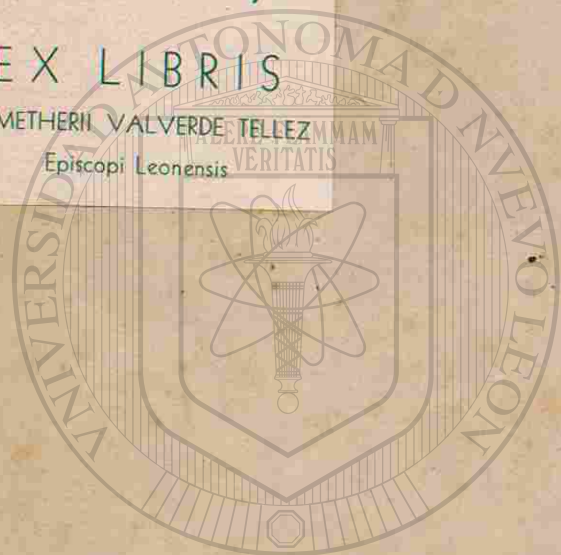
004573



1080014923

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Miscelanea:

1. *Discurso del Lic. José de Jesús Cuevas*
2. *Relación sobre la Obiedad Romana para los intereses católicos.*
3. *Inauguración del 2º año de esa sociedad. Discurso del P. Gallerani S. J.*
4. *Apuntes biográficos del Presbítero D. Epigmenio de la Piedra.*
5. *Un descubrimiento prodigioso. Obra de Julio Verne.*



DISCURSO

QUE EL

SR. LIC. D. JOSE DE JESUS CUEVAS

Pronunció en la Asamblea general y pública
celebrada por la Sociedad Católica en la noche del 8 de
Diciembre de 1871, en honor de la

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

Edición de La Voz de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



MÉXICO.—1871

IMPRENTA A CARGO DE M. ROSELLÓ

Escaherillas número 21.

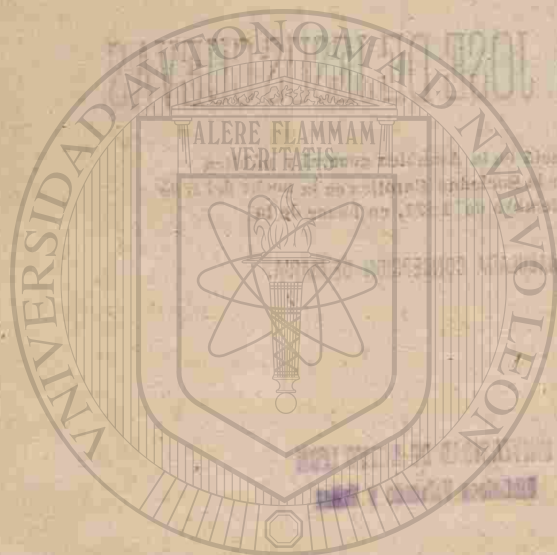
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES
54715

BT620

C8

DISCURSO

IN EDD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

5

SEÑOR ILLMO., SEÑORES:

¡Grato es, gratísimo es al alma, ver á muchos hermanos reunidos bajo la misma fé y regocijados en lo más íntimo de sus corazones, por la misma esperanza, por una causa de santa y célica alegría.

Como los antiguos árabes, nómadas del desierto, detenían sus caravanas en el oceano de arena, para celebrar en el reposo la aparicion de la luna nueva, así nosotros los cristianos, peregrinos errantes en el arenal estéril de la vida, deberíamos detener hoy el cansado paso de nuestra fatigosa marcha, para celebrar en la santa quietud de la

004573

contemplacion, en el inefable placer de un sublime recogimiento, la aparicion sobre el horizonte de nuestra esperanza, de esa luna llena, precursora del sol inmortal de gracia y de justicia.

Si habiendo cumplido con las tareas que voluntariamente nos impusimos, ya que no de una manera digna, al ménos conveniente, pudiésemos descansar con una conciencia tranquila, qué grato nos seria hoy en lugar de hablar con palabras como los hombres, envolvernos la cabeza y hundidos en el silencio más profundo y en la más honda meditacion, sin frases articuladas, de corazon á corazon, de espíritu á espíritu como los ángeles, exhalar-nos en un himno mudo de agradecimiento, y pedir nuevas inspiraciones para mejor obrar el bien en lo futuro, á nuestra Madre querida, á nuestra amorosa Madre.

Por desgracia, siervos perezosos en el servicio del Señor, mal hemos llenado la tarea que fué-nos encomendada. No es fácil callemos cuando nos ahoga el remordimiento. Infieles depositarios, negociadores negligentes, en lugar de aumentarlo hemos perdido el talento que nos fué entregado para negociar con él. Quién de nosotros podrá preguntarse seriamente á sí mismo ¿qué es lo que en este año he hecho en favor de esta Sociedad Católica á la que pertenezco, sin constituirse en su pro-

prio y severo juez? Con verdad, os digo, que yo no puedo increparme con esta interrogacion sin quedar profundamente disgustado de mí mismo.

Hace tres años nos reunimos bajo los más risueños augurios: todo era fervor y entusiasmo; entónces dia á dia se dilataba nuestra Sociedad, nuestras filas se engrosaban y, vislumbrando el porvenir á la luz fascinadora de nuestras esperanzas lisongeras, ya soñábamos volar de triunfo en triunfo hasta nuestra final victoria. ¡Qué severo, pero qué justo es el castigo de los que se olvidan de su propia miseria! Aun no han pasado cuatro años, aun no cruzan el fuego todavía ni las primeras filas y ya comenzamos á volver las espaldas y á arrojar las armas como una turba de reclutas mercenarios. Sociedad que no progresa, decae.

La Sociedad Católica ha decaído. Y no soy un imprudente al decirlo así, á la faz de propios y de extraños. La prudencia que se apoya en las reticencias y en el disimulo no es una virtud cristiana. Los católicos que tenemos el derecho y el deber de la sinceridad no tenemos otra prudencia que la verdad. Y por cierto que si nuestra falta y nuestro arrepentimiento deben ser simultáneos; si nuestra enmienda debe ser más eficaz que nuestra tibieza, poco gusto tendrán los malos en saber al mismo tiempo que nuestras negligencias, nuestros

nuevos entusiasmos, y nuestros nuevos y más enérgicos fervores.

¿Y cuál es la causa de nuestra decadencia? Tenemos un camino seguro de encontrarla: buscarla todos, no en los otros, sino cada uno en sí propio. Me ha bastado examinarme á mí mismo para quedar satisfecho de haber inquirido demasiado. Escarba cada uno en su propio pecho. Juez, juez júzgate á tí mismo.

Pero no es por cierto lo que ahora nos interesa saber la causa de nuestra decadencia, sino encontrar su remedio. Lo hay, y no local, limitado ni interino, sino absoluto, radical y permanente, tan eficaz como sencillo, tan santo como grandioso. Sabeis cuál es? ¿No lo habeis adivinado ya siendo católicos? ¡La Virgen! ¡Sí; solo su proteccion será nuestro remedio, nuestra salud y nuestra gloria!

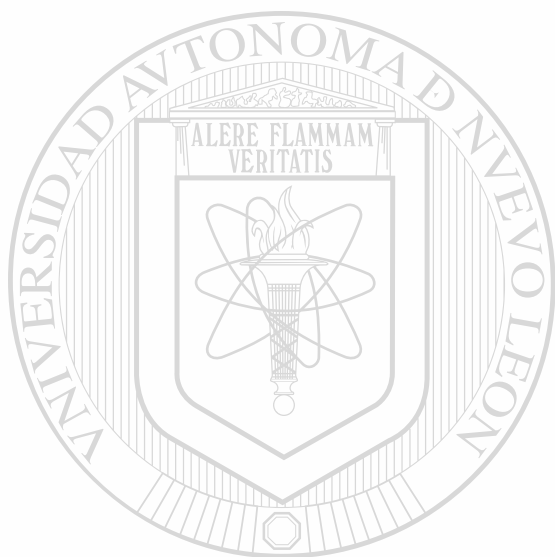
Seria un fenómeno que vendria á desmentir la historia de diez y nueve siglos el que Dios dispensara su proteccion á una grande empresa iniciada en su amor y para su gloria, sin dispensarla por manos de su Santísima Madre! Como Dios es tan bueno y la ama tanto, la ha hecho la Dispensadora universal de los tesoros de su misericordia y tal vez no hay gracia que no dispense por mano de Ella. Así lo cree un escritor santo; y en verdad,

que el corazon nuestro, por no sé qué instinto, alcanza que tan alta y singular prerogativa, es digno don de un Dios á su Madre.

Herido en mi amor de hijo por esta consoladora verdad, vuelvo la mirada á lo pasado, con afan torno en la historia la vida á lo que fué; y encuentro regocijado en efecto, que nada hay grande en las empresas humanas sin su proteccion, y que el amor á Ella es como la vida y el alma de toda verdadera grandeza sobre la tierra.

Y es verdaderamente grande nuestra Sociedad Católica. Al llamarla grande, hasta inútil me parece advertir que no le doy semejante nombre en contemplacion á sus miembros, pues en este sentido no solo es pequeña, sino mínima. Vasos frágiles, indignos instrumentos del bien, ¿qué puede producir nuestra propia pequeñez sino miseria? Grande llamo, pues, á nuestra Sociedad, y con razon, por la alteza de sus miras y la amplitud de sus esperanzas. No vacilaria en llamarla la postrera tabla de salvacion en la desatada borrasca de males que nos inundan en desolacion y en amargura.

Si es posible contemplarla sin morir de cuita, contemplemos nuestra situacion horrible. La mayor moralidad, la mayor inteligencia y el mayor bienestar del mayor número de sus individuos, es



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma de toda verdadera grandeza aun en el orden no tan solo místico y de la gracia, sino comun y profano; no solo en el reinado de los espíritus, sino en la region de los hechos y en la esfera de los sucesos.

Esta gran verdad quiero demostrar, para que bien persuadidos de ella; comprendamos que nuestra Sociedad Católica no puede avanzar, ni elevarse á la altura de sus miras, sin un amor muy cordial á la Virgen, sin una fé muy grande y muy confiada en su proteccion.

Que el amor á la Madre de Dios es el alma y la vida de toda grandeza, permitidme que lo demuestre; arrancando á la historia, para arrojarlas á vuestros ojos, algunas de sus mas bellas y conmovedoras páginas. Que el mayor ó menor amor á la Virgen es el termómetro de la mayor ó menor santidad del alma humana, no necesito demostrarlo, pues por una parte basta para convencerse de ello abrir al acaso el gran libro de los Santos, y por la otra, repito, que no me refiero á la grandeza de las operaciones de la gracia en nuestros espíritus, sino á la grandeza de los sucesos humanos y á la gloria de los dones de inteligencia y sentimiento, en orden á las cosas de la tierra.

Y bien; despues de la virtud, ¿qué hay, qué puede haber en el mundo más fascinador y cuya

soberanía sea más absoluta y más gozosamente reconocida que el génio? Pero la inteligencia es por sí sola como un cuerpo inerte, como una águila sin álar, cual una sombra sin vida. Si el pensamiento es su alma, la palabra es el cuerpo que le dá vida perceptible. El mundo se gobierna por la opinion; la opinion se rige por las ideas; y las ideas brotan al golpe de la palabra sobre la inteligencia, como la chispa al golpe del acero sobre el pedernal. Segun la bella expresion de un escritor aleman: "si el reinado del pensamiento es interminable, su ministro con álas es la palabra." La palabra es, pues, el primer soberano del mundo. ¿Pero cuál es la palabra más potente que se ha escuchado sobre la tierra, articulada por la lengua de mortal?

Confieso con verdad que muchas veces me ha impresionado la elocuencia del gentilismo. Confundido he quedado al presenciar en el Pnyx de Atenas, la lucha titánica de Esquines y Demóstenes, esos dos gigantes de la tribuna antigua. Las dos arengas sobre "la Corona" me han dejado estupefacto más de una vez. Al oír al demagogo romano pisar los umbrales del Senado y ver á Cicerón detenerlo, como con la punta de un dardo inflamado sobre la frente, con aquel «Quosque tandem Catilina» que aun está resonando en la pos-

teridad, confieso tambien que se me han erizado los cabellos.

Es débil sin embargo, la férrea argumentacion de Demóstenes, y pálidas las sonoras y candentes frases de Ciceron en comparacion de la mágia portentosa de otra palabra más brillante que la luz, y más ardiente que el fuego vivo.

Un pobre monge de Clairvaux pronunciaba en presencia de los reyes de Francia, Luis el jóven y la bella Eleonora un sermon, aconsejando una segunda cruzada. El humilde orador no tenia otra bóveda sobre su cabeza que la del cielo, una eminencia era su tribuna y el anfiteatro de sus numerosos oyentes sus vastas quebraduras.

Cuando aquel monge desconocido hubo pronunciado su última palabra, millares de voces trémulas de emocion y de entusiasmo estallaron á un tiempo gritando como frenéticos: «¡a Tierra Santa, á Tierra Santa que el Señor lo quiere!» Algunos de sus oyentes se dice que marcharon á Oriente sin recibir siquiera la bendicion de sus padres, el último adios de sus mujeres y sin estampar el pos-trer beso en la frente de sus hijos.

¿Quién era ese hombre que así arrebatava los oraciones con su palabra? ¿Quién era ese monge en comparacion de cuya lengua de oro eran de lo-do las de Ciceron y Demóstenes? Se llamaba Ber-

nardo y amaba á la Virgen María como un ángel; la amaba tanto y era tan amado de ella, que en la Catedral de Colonia, una estatua en mármol, representando la imágen de María, le dijo una vez en voz alta y en presencia de innumerable concurso: "Dios te salve, Bernardo, hijo mio." ¡Ahí te-neis el secreto de la más alta elocuencia que ha co-nocido el mundo!

Despues de la inteligencia, el valor. El talento comparte con el poder el cetro del mundo. El po-der se funda principalmente en la bravura del alma, y el heroismo militar, es sin duda, su más brillante faz. ¿Quién sabe qué tiene de sublime y de atronador el estruendo de las armas! ¡Los re-lámpagos del acero victorioso deslumbran hasta el vértigo y fascinan hasta el delirio!

Qué hermoso es pasar el Gránico con Alejan-dro, y perderse entre la muchedumbre armada de las llanuras de Arbela. No pueden leerse los Co-mentarios de César sin combatir en la Galia á su lado, pasar á Italia, triunfar en Farsalia, pasar al Africa y volar hasta España. Aturdido queda el espíritu con el cañoneo de Valmy, las victorias de Marengo y la batalla de Austerlitz. Más aun no se ha agotado la escala del valor, aun ha habido más altos heroismos en la guerra.

Hubo una época del mundo en que crecia y cre-

cia la Media Luna Otomana. Los hijos del Profeta inundaban la Europa dividida con olas triunfadoras y vivientes de barbarie y fanatismo. El gran Señor clava en Roma su mirada y bota al mar sus orgullosos bajeles, soñando en el dominio de las aguas y en las glorias del Coran. La cristiandad sobrecojida confia sus armas al jóven bastardo de un gran rey. A las doce del día 5 del año de 1571 la armada cristiana divisa la escuadra de los infieles. Sobre las aguas mismas que en otro tiempo presenciaron la sangrienta querella en que Antonio y Octavio se disputaron el cetro del mundo, se traba ahora la tremenda lucha. La galera capitana inicia el combate. El gran Cervantes queda lisiado de un brazo al saltar de los primeros el abordage, al horrible abordage en que el valor busca la muerte al través de la muerte misma. Por momentos crecia la batalla y la victoria está indecisa; pero al fin, ¡loado sea el Señor! la Media Luna es vencida, tintas quedan las olas en sangre de infieles é irradia á la luz esplendorosa de la victoria el estandarte glorioso de la Virgen. Esta fué la gran prueba de Lepanto. D. Juan de Austria, que mandaba en gefe, fué el robusto brazo del triunfo; pero Andrés Dória que mandaba el ala derecha, el ilustre almirante genovés, fué el cerebro y el corazon de esa victoria.

¿Y sabeis por ventura cuál era la tierna devoción de Andrés Dória? Rezar en su camarote el *Oficio Parvo de la Virgen*. El deja ver abierto su libro, cuando salió á cubierta á mandar la terrible accion; continuó su rezo despues de la victoria. Ahí teneis el secreto de su heroismo y de su génio! No me preguntéis ya más!

Cuando Colon tambien, cuando ese loco sublime, ese demente de génio, perdido en el inmenso mar no encuentra la tierra que parece huir de su presencia, y acobardada la tripulacion se le rebela y determina matarlo, Colon la aplaca con la magestad de su palabra, pide un nuevo término para encontrar la tierra prometida y al siguiente dia la descubre en efecto sus ojos inundados de lágrimas. Colon salió de su camarote á los gritos de la tripulacion rebelada para aplacarla é infundirle nuevo esfuerzo. ¿Sabeis por ventura cómo templaba ese noble anciano su fé inefable y su constancia heroica? Rezaba las «Horas de la Virgen» ¡Bástenos saber esto para comprenderlo todo!

No conoceis otro capitan más ilustre, ninguno más glorioso por sus ínclitas victorias en tierra. Era soberano digno de un pueblo de héroes. Colocada su patria en medio de vecinos tan injustos como poderosos, fué la vida de ese hombre un perpétuo combate y un perenne triunfo. Le atacan

los rusos de repente, vuela á encontrarlos, y con doce mil polacos derrota á ochenta y dos mil rusos. Los turcos sitian á Viena con tren y muchedumbre inmensa. La capital del Austria está para rendirse, cuando llega el héroe polaco en su defensa. Ve mal acampados á los sitiadores, los empuja sobre el Danubio, cae luego sobre ellos como una tempestad; y con diez y ocho mil soldados hace pedazos á trescientos mil turcos, arrancándoles sus medias lunas crinadas, sus tiendas y hasta los cadáveres de las concubinas de sus generales. Ese hombre se llamaba Juan Sobieski y jamas fué vencido.

Sabeis cuál era el talisman que le aseguraba siempre el triunfo? El *Ave María*, que era á la vez su grito de guerra y su himno de victoria. Del riquísimo botín que hizo sobre los turcos nada quiso para él, y se llevó tan solo á su patria un antiguo lienzo que habia encontrado enterrado al volver en las ruinas de Wishau y en el cual estaba estampada una imágen de la Virgen con esta inscripcion: "Juan, en mi nombre vencerás." Sobieski se llamaba Juan, y al verlo gritó: "es mio;" y fué desde entónces la bandera que le dió siempre la victoria y lo acompañó en sus triunfos.

Habeis visto á María inspirar la palabra arrebatadora, el heroismo y la constancia; esperad un

momento y la vereis inspirar tambien el génio artístico.

¡Oh! el arte es una cosa sublime; el culto ideal de la belleza, una especie de beatitud anticipada, un mundo medio entre nuestro mundo y el paraíso. Apénas alcanzo algo más elevado que la misión de los artistas, esos sublimes sacerdotes de lo bello. El arte en último término ¿qué es? La expresion de la belleza. Y la belleza ¿qué es? San Agustin el poeta, el grande por la inteligencia y el sentimiento, la define «el esplendor del orden:» es decir, la manifestacion más perceptible á nuestros limitados espíritus y más fascinadora del infinito. Ah! los artistas son la raza escogida, la generacion predilecta del génio, los reyes de la vasta region del sentimiento humano, coronados con diademas de fuego y que llevan cetros de flama.

Tres hombres han sido hasta ahora los soberanos ilustres del dilatado reino del arte: Miguel Angel, Rafael y Murillo. La fuerza de Miguel Angel era la composicion, es decir, las escenas que representaba, las actitudes que fingia, las figuras que agrupaba, los planos monumentales que concebía y las situaciones extremas que ideaba; Miguel Angel era, en una palabra, el Homero del arte.

Rafael fué el rey del contorno y del colorido. Sus contornos eran correctos y puros como si se

dibujaran con un pincel formado con haces de luz. Su colorido era fresco, brillante y húmedo, tan palpable como la vida y palpitante como la animación. Era Rafael correcto, animado y límpido, como el Virgilio de la pintura.

Murillo no tenía contornos ni composición ni colorido. ¿Qué tenía, pues? Creación tan solo. Cerraba los ojos, recogía su espíritu y una imagen venía á dibujarse en su alma, tan bella y tan pura cual nunca se había dibujado ni vuelva tal vez á dibujarse en cerebro humano. Mientras Rafael era, pues, la ejecución y Miguel Ángel la manifestación, Murillo fué el creador de la belleza artística. La crítica moderna con razón exclama: todos los grandes maestros han pintado imágenes, solo Murillo ha pintado vírgenes. Con razón en su entusiasmo exclamaba un ilustre contemporáneo: si vosotros llamais á Miguel Ángel y Rafael los reyes del arte, permitidme que yo llame á Murillo el Júpiter del mundo artístico. ¿Y sabéis cómo murió Murillo y quién era? Al trabajar en una iglesia de Sevilla tomó una postura muy difícil, por no tenerla irreverente, y esto le ocasionó la muerte. Al pintar sus lienzos inmortales, la Madre de Dios era su inspiración; y cuántas veces conmovido ante la imagen de María empapábalos con sus lágrimas. No me preguntéis ya más cómo se fornan los grandes artistas!

Mil y mil ejemplos pudiera citar, pero basta ya. ¿Quién no está persuadido de que nada verdaderamente grande puede haber sobre la tierra sin el amor de María? ¿Quién no está persuadido que Ella es el alma y raíz de toda grandeza y de toda prosperidad humana? ¡Ay de nosotros, si dejamos de servirla! Bien podemos darnos entónces por perdidos. ¡Ay de la Sociedad Católica si deja de confiar en su poder ó de esperar en su bondad! Perdida está entónces para siempre y sin remedio.

Pero no, Madre nuestra! Todos te amamos y en Tí confiamos todos. Tú eres nuestra salud, nuestro poder y nuestra gloria. Tus hijos somos y te amamos más allá de la palabra, más allá de las lágrimas, hasta el silencio, que es la última y más solemne expresión de los amores inexplicables. Todos te amamos hasta más allá del tiempo y de la vida; y por tu amor y con tu amparo, daríamos sin pestañear el cuello á la cuchilla, el corazón á los garfios, á la tritura los huesos, las carnes al fuego y hasta el alma á los tormentos!

En el nombre de Dios y con su santa ayuda este sea nuestro lema. En el nombre de María y bajo su santo amparo, esta sea nuestra divisa. Ven ¡oh María! Pequeños somos, pero desde el abismo inmenso de nuestra nada, te invocamos también como Murillo te invocaba desde el fondo de

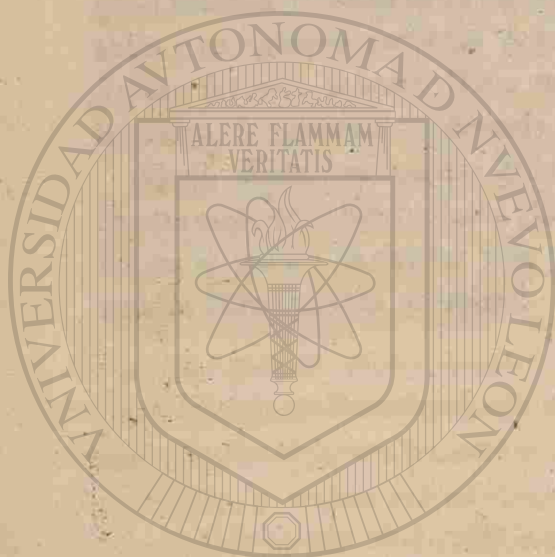
su mísero taller y San Bernardo en las llanuras de Clermont. Ven, ¡oh! Madre en nuestra ayuda. Tú, la fortaleza de Colon perdido en el oceano; Tú, á quien Sobieski invocaba entre las brumas del Danubio y las cortantes cimitarras de los turcos; Tú, á quien invocaba el bravo Dória entre el fragor horrísomo, la humareda y estruendo de Lepanto!

¡María, María! sea nuestro grito de guerra y nuestro canto de victoria! ¡María! ¡María! tu nombre sea el cántico de nuestra vida y sea tambien nuestra última palabra al espirar!

DIE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA

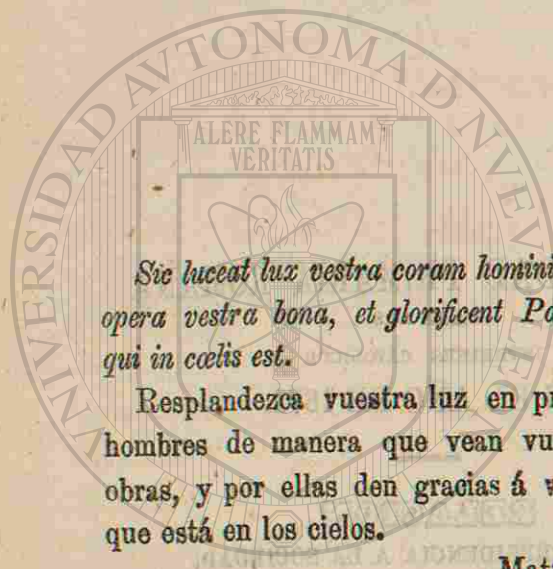
PARA LOS

INTERESES CATÓLICOS

EN EL AÑO DE 1871.

RELACION

DE LA PRESIDENCIA A LA SOCIEDAD.



Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est.

Resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres de manera que vean vuestras buenas obras, y por ellas den gracias á vuestro Padre, que está en los cielos.

Matth. 5 16.

SUMARIO DE LA RELACION

ARTÍCULO I.

Naturaleza de la Sociedad.

Origen é idea de la Sociedad.—Carácter especial.—Autor.
—Juicios de los periódicos.—Breves apostólicos.

ARTÍCULO II.

Obras de la Sociedad.

Inauguración de la Sociedad.—Presentación de la Sociedad al Soberano Pontífice. — *Te Deum* en San Pedro en el Vaticano.—Suscripción Romana.—Razionale.—*Te Deum* en San Juan de Letran.—Fiesta de los Santos Protectores.—Funeral del año por los socios difuntos.—Ejercicios espirituales para los socios.—Asistencia de los socios á las procesiones del Santísimo Sacramento.—Reparación por el banquete sacrílego propuesto por los libre-pensadores en el Viérnes Santo.—Cáliz ofrecido en Santa María la Mayor en lugar del Mu-

nicipio Romano.—Obras contra la blasfemia.—Obras contra la profanacion [de los días festivos con el trabajo.—Tríduo para la pacificacion de Francia.—Recibimiento de las Diputaciones católicas extranjeras.—Subsidios á los necesitados.—Ejercicios espirituales para el pueblo.—Impresion y difusion de buenos libros.—Asociacion artística, negociante y operaria.—Primera comunión para los jóvenes de leva.—Doctrina cristiana.—Escuelas católicas.—Patronato de los niños.—Concordia con las Sociedades católicas de Roma.—Zelo de los socios.—Caridad fraterna entre sí.—Dádivas de los mismos.—Subordinacion á la autoridad eclesiástica.

ARTÍCULO III.

Estado actual de la Sociedad.

Número y calidad de los socios.—Comisiones parroquiales.—Secciones de la Sociedad.—Seccion del socorro.—De las escuelas de *instituto paterno*.—De los artistas y negociantes.—De los jóvenes.—De las Señoras.—Periódico.—Círculo.—Oratorio y Director espiritual.—Sociedades filiales.—Correspondencia con las Asociaciones católicas.—Intervencion en los congresos católicos, *ibid.*

Domino Christo servire.
S. Pablo, Col, 3. 24.

1. A los que fueron destinados á presidir la *Sociedad Romana para los intereses católicos*, les incumbe un deber de obligacion precisa impuesto por el Estatuto (Apénd. § 18) de poner en conocimiento de todos los socios el mes de Enero de cada año, todo lo que se refiera á la gestion del año precedente. Y pues que en este año tuvo principio la Sociedad, será útil, cuando no necesario, que se diga algo no solo de las obras, más tambien de la Sociedad misma, á fin de que apareciendo más claro el pensamiento que la produjo, pueda juzgarse si los hechos han correspondido á la idea. De aquí es que esta sencilla, pero fiel Relacion será dividi-

da en tres artículos, de los cuales el primero hablará de la naturaleza de la Sociedad; el segundo de sus obras, y el tercero finalmente de su estado actual.

ARTICULO. I.

Naturaleza de la Sociedad.

2. Las uniones pías de legos dirigidas á un fin católico, no son nuevas. Desde tiempo remoto, cuando los gobiernos protegían la religion, nacieron las Sociedades, las Congregaciones, las Universidades, las cofradías, todas en el espíritu de obrar el bien, según las reglas particulares de cada una. En tiempos más próximos; después de haber sido abandonada á sí misma la religion por los gobiernos ateos, han tenido origen los Casinos, los Círculos, las Uniones, las Sociedades católicas. Han llevado éste nombre, ó por la calidad de las personas de probada fé católica que las componían, y á cuyo solo uso y ventaja estaban destinadas, ó porque se dirigían á favorecer las obras de instituto católico, en proporciones más ó menos extensas.

3. Instituciones de tal clase no podían ciertamente satisfacer las necesidades de Roma, después que con la invasión terminó el Gobierno Pontificio. No siendo ya protegida la religion por las leyes

introducidas de nuevo, si querían los católicos conservar lo que pertenece al orden religioso, era muy necesario que se preparasen á sostenerlo. Esto no se podía hacer de otra manera que con la union productora de concordia y de fuerza, no tanto para obrar el bien, cuanto principalmente para combatir el mal, y combatirlo más que en su desarrollo, en sus mismos principios, ó sea en todo aquello que por las máximas ó de cualquier otro modo pudiese ofender á la fé ó á la moral católica.

4. Es evidente que una Sociedad de este género ni podía estar oculta, ni restringirse á corto número, ni dirigirse á meras y simples obras religiosas. Debía ser una Sociedad amplia, pública, no definida ni circunscrita en sus operaciones, ordenada, difusiva. Una Sociedad que pudiese formar centro para cuantos hombres de buena voluntad desearan hacer parte de ella, á fin de que todos, concordes y dispuestos, pudiesen defender, mantener, promover los Intereses Católicos, esto es, en una palabra, cuanto mire bajo todos aspectos á la religion de Jesucristo. Y aquí es de observar, que la sola existencia de una Sociedad tal, sería por sí sola, é independientemente de las otras obras, medida bastante para mantener y promover los intereses católicos, así por el espíritu y el valor que una grande y numerosa reunion debe nece-

sariamente infundir para obrar con fervor y rectitud en cada uno de aquellos que se ligan entre sí, como por la impresion de admiracion que con el ejemplo propio debe racionalmente suscitar esta union en la mente y en el ánimo de muchos.

5. Así es que, ya en sí misma, ya en su fin, la *Sociedad Romana para los Intereses católicos* presenta aquellos caracteres por los cuales se distingue esencialmente de la generalidad de las Asociaciones católicas. Ella, en efecto, no fué instituida para algunas obras, ni solamente para obras en general, sino para servir á los Intereses católicos, los cuales, más que á las obras, miran á los principios. No fué, por otra parte, no fué instituida como una union cualquiera, restringida en el número y limitada á calidades especiales; sino que, accesible á todos, fué criada al efecto de constituir en Roma, y á su ejemplo en cualesquiera lugares, la comunidad católica, la cual, regularmente ordenada, pudiese representar en toda ocasion á la mayoría de los ciudadanos en todo lo que toca á la religion. Y sosteniendo eficazmente la religion con la fuerza de su organizacion la *Sociedad para los Intereses católicos*, se propuso separar netamente á los fieles de los ateos y de los indiferentes, distinguir con certeza á los seguidores, de los enemigos del Evangelio, y conservar

aun visible en el consorcio civil el reino de Cristo.

6. Y puesto que para alentar al bien ayuda en algunos casos el ejemplo, y es frecuente que el conocer la calidad del autor quite aquellas preocupaciones y sospechas que sobre toda obra suelen manifestarse facilmente, será útil manifestar aquí en obsequio de la justicia y recuerdo de la verdad, que el pensamiento especulativo y práctico de la *Sociedad para los Intereses Católicos* no debe atribuirse ni á muchos, ni á personas eclesiásticas. Las invitaciones publicadas por la prensa el 29 de Noviembre y 7 de Diciembre, las reglas escritas para su constitucion y ordenamiento, en fin, el hecho de la institucion real y efectiva de la *Sociedad*, fué obra de un solo lego (Osservat. Romano núm. 201). Y esta institucion fué aprobada por el Eminentísimo Cardenal Vicario el 15 de Enero de 1871, y declarada Pia Union.

7. Llegado el hecho á noticia del público, el egregio periódico *La Unitá Cattolica*, en el número 28 del 3 de Febrero de 1871 hizo mencion de él en un artículo titulado la *Sociedad Romana para los Intereses católicos*, con las siguientes palabras: "Muchos y nobilísimos ejemplos dan los Romanos á Italia y al mundo; ejemplos de fidelidad, de piedad, de afecto, de zelo, de valor, y quieren con propiedad poner en práctica lo que la revolucion

les dijo tantas veces por burla, que *Roma era de los Romanos*. Enviamos nuestras sinceras congratulaciones á aquellos hijos primógenitos de la Iglesia y de Pio IX, y digamos á los demás, que es lo que han hecho los Romanos, y como debamos imitarlos."

"Los Romanos se han unido en una grande asociacion que llaman *Sociedad Romana para los intereses católicos*. Y se han unido en esta Sociedad, para conocerse,, manifestarse, entenderse, regularse, y concertarse sobre los modos de proceder concordes y uniformes. La asociacion es laical y privada, bajo la invocacion de la Santísima Virgen Inmaculada, y de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo. Tiene por objeto todo aquello que mira á la fé y la moral católica, con subordinacion siempre á la Iglesia y al Sumo Pontífice Pio IX.

"Tenemos á la vista el Estatuto de esta Sociedad, y está formado con mucha sabiduría. Luego que lo permitan nuestras columnas lo publicaremos. Dirémos aquí, que estas asociaciones son el verdadero medio para combatir á los revolucionarios..... Pero advertiremos á los Romanos, que mucho deberán padecer á su vez por la bella Sociedad hace poco establecida: más no teman. Tienen la aprobacion de Pio IX, y no pueden ni deben esperar más."

8. En seguida otro periódico no católico, y por revolucionario muy contrario á los católicos, *la Libertá* en el núm. 23^o de 1^o de Setiembre de 1871, señalando la Sociedad al *partido moderado*, y analizando difusamente la constitucion de ella, pregunta á sus "amigos, si han constituido jamás una sociedad que valga lo que *la de los Intereses católicos*; si han fijado su atencion en los principios que prevalecen en ella."

Luego añade: "Grande error fué siempre despreciar al enemigo, y mayor el de no aprovecharse de sus lecciones cuando se encuentran buenas. Aprendamos, pues, de nuestros adversarios." Y concluye así: "No vacilamos en decirlo: si el partido moderado quiere conservar en Roma el ascendiente que ha tenido hasta ahora, si no quiere ser supeditado..... es necesario que trabaje eficazmente en constituir una sociedad que pueda extenderse en toda Roma....."

Y en el siguiente núm. 241, volviendo á hablar de la *Sociedad para los Intereses católicos*, afirma: "*hemos propuesto aquella Sociedad para ejemplo á nuestros amigos.*"

9. Pero este juicio en favor de la Sociedad, tanto más notable cuanto que ha sido emitido de modo uniforme por dos periódicos de primera clase, y campeones ambos de principios absolutamente

opuestos y contrarios entre sí, habia sido ya prevenido por la Suprema Autoridad Pontificia: puesto que el Santo Padre Pio IX con dos diversos Breves Apostólicos confirmó primeramente *la Sociedad Romana para los Intereses Católicos*, y la enriqueció de indulgencias espirituales el 17 de Enero de 1871, y de ahí en 1º de Marzo siguiente la elevó al grado de *Primaria*, con facultad de agregar otras Sociedades semejantes que se constituyan en cualquiera parte.

ARTÍCULO II.

Obras de la Sociedad.

10. En este lugar debe demostrarse cómo ha provisto la Sociedad á la ejecucion de sus deberes, ó lo que ha hecho respecto de los fines que se prefijó en su Estatuto.

11. Para mayor claridad podrán distinguirse en tres clases las obras de la Sociedad; esto es, obras de obsequio, obras religiosas, obras de caridad.

§ 1.

Obras de Obsequio.

12. Con las obras ha profesado la Sociedad su obsequio primeramente hácia Dios, y luego há-

cia el vicario de Jesucristo, el Soberano Pontífice.

13. Hácia Dios. Apénas constituida la Sociedad en 26 de Enero de 1871, quiso celebrar un solemne Tríduo en la Santa Iglesia de Jesus. Los dias del Tríduo fueron los precedentes á la fiesta de la Purificacion de la Santísima Virgen María. El esclarecido P. Cura de la Compañía de Jesus, quien miéntras estuvo en Roma auxilió tanto á la Sociedad con su energía y con su poderosa y autorizada palabra, pronunció entónces discursos análogos, que despues fueron impresos y difundidos. El 3 de Febrero, despues de la Comunion General en la mañana y del sermón elogio de la Beatísima Virgen predicado en la tarde por el otro insigne orador P. Alejandro Gallerani de la Compañía de Jesus, fué cantado un solemnísimos *Te Deum* en accion de gracias á Dios por la institucion de la Sociedad.

14. De varios modos y en repetidas circunstancias la Sociedad, como era para ella un grato deber, hizo profesion de su obsequio hácia el Santo Padre Pio IX.

15. El 18 de Febrero el Presidente y Consiliarios de la nueva Sociedad se presentaron reverentes al Soberano Pontífice, y en la exposicion que humillaron ante El, le dieron gracias en nombre de

la asociacion, por haber sido aprobada y favorecida con Breve Apostólico. Entendieron que de esta manera rendian aquel homenaje de reverencia y subordinacion debidos por una asociacion legítima desde el primer momento de su existencia. La exposicion puede leerse en el núm. 31 del periódico *Voce della Verità*.

16. Otras demostraciones de obsequio al Soberano Pontífice fueron hechas por la Sociedad en los meses de Junio y Agosto últimos, primero cuando llegó su Beatitud y de ahí cuando superó los años del Pontificado de San Pedro.

El 16 de Junio toda la Sociedad, distribuida en sus treinta comisiones, y juntamente á su seccion del Socorro, en todo cerca de 1200 individuos, fué recibida por el Soberano Pontífice en la Sala consistorial, y el Presidente leyó la exposicion que se refiere en el núm. 56 de la *Voce della Verità*, juntamente con la respuesta de su Santidad, y las circunstancias que acompañaron á aquella memorable audiencia.

17. Del 16 al 21 de Junio, debido al cuidado de muchas comisiones de la Sociedad, en varias iglesias parroquiales estuvo expuesto el Santísimo Sacramento el día entero, y los socios alternándose oraron devotamente y sin interrupcion por la conservacion del Santo Padre. Estas fun-

ciones fueron siempre concluidas con el canto del *Te Deum*.

18. Despues, el 21 de Junio la Sociedad obtuvo del Rmo. capítulo Vaticano que en la tarde se pudiese cantar un público y solemne *Te Deum*, cumpliéndose en aquel día cinco lustros de la coronacion de N. S. P. El altar de la catedral estaba espléndidamente adornado y ricamente iluminado, con la magnificencia propia de aquel capítulo Patriarcal, y, cosa nunca vista ni practicada en tiempos pasados, el mismo Rmo. capítulo se dirigió en cuerpo al altar, precedido en buen orden por cerca de 300 legos vestidos de negro y llevando hachas encendidas. Estos legos eran miembros de la Sociedad, quienes, durante el rito sagrado, estuvieron en pié en lugar separado y distinto. La novedad del hecho, la suntuosidad de la funcion, la circunstancia extraordinaria que la motivaba, atrajo extraordinario número de personas á la Basílica Vaticana, y dejó maravilladas á muchas Diputaciones católicas que entónces estaban presentes en Roma. *Voce della Verità*, N. 62.

19. Pasado el 23 de Agosto en que fueron excedidos no solamente los años, más tambien los días del primer Pontificado, la Sociedad quiso ofrecer al Santo Padre Pio IX dos diversos dones.

20. Consistia el primero en dos volúmenes que

contenian más de 21 mil firmas de hombres todos mayores de edad nacidos ó domiciliados en Roma, quienes bajo su propia firma expresaban sus congratulaciones al Soberano Pontífice, y declaraban adherirse á sus enseñanzas y á sus protestas. El recoger estas firmas fué posible únicamente por la existencia y organizacion de la Sociedad, y se hizo no sin muchas dificultades y con no leve molestia de los socios. Los volúmenes en que estaban reunidas las firmas fueron presentados al Santo Padre por el Presidente y todos los Oficiales de la Sociedad. La importancia y el significado de este don fueron demostrados con el opúsculo titulado *La Soscrizione Romana*, impreso por el P. Curci de la Compañía de Jesus en el núm. 227 de la *Unità Cattolica* y en el núm. 266 del *Osservatore Romano*. En los números 87 y 88 de *Voce della Verità* se encuentra la exposicion leida por el Presidente y la respuesta de su Beatitud.

21. El otro don rendidamente presentado por el Presidente en union de una Diputacion especial el 23 de Agosto, porque no se pudo concluir antes el trabajo, fué un *Razionale*, ó sea broche de la capa pluvial, más precioso que por la materia por el mérito artístico. Y fué regalado este objeto al Santo Padre, porque debiendo descansar sobre su corazon, le recordase en el deseado dia de sus triun-

fos el amor y la fé de la Sociedad para su Sagrada Persona. La descripcion del objeto, el agrado de Su Santidad, y las benignas palabras con que se complació en expresarlo, pueden verse en la *Voce della Verità* núm. 116. Aquí es de recordar que en la plancha interior del *Razionale* está grabado el siguiente epígrafe dictado por el Socio Comendador Giovanni Battista De Rossi:

PIO IX PONT. MAX.
ANNOS PETRI
ERECTA BONORUM EXPECTATIONE
FAUSTE FELICITEM ATTINGENTI
SOCIETAS PRIMA REBUS CATTIOLICIS DEVOTA
SANCTITATI MAJESTATIQUE EJUS
XVI. K AL. JUL. A. MDCCCLXXI.
D. D.

22. Pero lo que superó á toda demostracion de obsequio al Soberano Pontífice, fué aquel *Te Deum* que por diligencia de la Sociedad fué cantado el 23 de Agosto en la Sacrosanta Basílica Lateranense *Caput Urbis et Orbis*, en nombre de todo el mundo católico en debida accion de gracias á Dios, cuando el Grande Pio IX habia superado aun los dias del Pontífice San Pedro. Está por demás hablar de la pompa, á la que contribuyó mucho el favor con que el Reverendísimo Capítulo Patriarcal acogió y secundó el deseo de la Sociedad. La funcion fué celebrada por el Emmo.

Cardenal Vicario, Decano del Sacro Colegio, asistido de todo el Capítulo y de muchos Obispos. El concurso fué tan extraordinario, y las demostraciones de piedad y de religion tan espléndidas é imponentes, que desde aquel dia se manifestaron así la violencia del partido liberal contra los católicos, como la persecucion no interrumpida del periodismo revolucionario contra la *Sociedad para los Intereses católicos*, pidiendo abiertamente su disolucion. La descripcion de este hecho importantísimo puede leerse en la *Voce della Verità* y en el *Osservatore Romano* de aquellos dias. El odio que se suscitó entónces, ó mejor dicho, que se declaró por los liberales contra la Sociedad, puede inferirse de los artículos escritos en casi todos los periódicos libertinos de aquella época en adelante, y en especial de la respuesta que les dió la *Voce della Verità* en el núm. 122.

§ 2º

Obras Religiosas.

23. Bajo este título pueden comprenderse las obras de culto de reparacion, y de remedio.

24. Entre las obras de culto ocupan el primer lugar las prescritas á la Sociedad por el art. 2º del

Estatuto; esto es, la festividad de los Santos Patronos, y el funeral anual por las almas de los socios difuntos.

25. Obtenidas, pues, las debidas facultades, la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo fué celebrada con misa y comunión general el dia 30 de Junio en la Basílica Eudosiana.

26. De igual modo fué celebrada la fiesta de la Santísima Virgen Inmaculada en la Venerable Iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas.

27. En esta misma iglesia fué celebrado el 6 de Noviembre el funeral anual en sufragio de los catorce socios muertos en el año. El oficio de difuntos fué cantado por los socios, y de ahí uno de los Reverendos Párrocos adscritos á la Sociedad y elegido por el Colegio de Párrocos, invitados al efecto por la Sociedad en demostracion de reverencia, cantó la misa de *requiem* é hizo las absoluciones acostumbradas.

28. Y porque en esta iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas practicaron los socios, á más de las dichas, otras varias funciones, y en especial en la semana precedente al Domingo de Ramos asistieron á los santos ejercicios espirituales ordenados por ellos para prepararse á la Pascua, y en el mes de Mayo al piadoso ejercicio en honor de la Santísima, Virgen que se acostumbra hacer allí anual-

mente; por todo esto en muestra de gratitud donó la Sociedad un cáliz de plata, en cuyo pié está grabada la siguiente inscripcion del P. A. Angelini de la Compañía de Jesus, para memoria del devoto homenaje de la Sociedad:

CHRISTO DEO
IN ONOREM SAN CTI FRANCISCI ASSINATIS
SOCIETAS ROMANA
REI CATHOLICAE PROVEHENDAE
DONO DAT
CALICEM
GRATI ANIMI TESTEM
ERGA SODALES A SACRIS STIGMATIBUS
AN. MDCCCLXXI.

29. Entre las otras demostraciones públicas de *culto* dadas por la Sociedad, la que merece especial consideracion es el acompañamiento al Santísimo Sacramento que hacen los socios de las comisiones cuando sale procesionalmente de las parroquias para llevarlo á los enfermos, ó se presenta en la calle para la funcion de las Cuarenta Horas. La presencia y ardiente devocion de muchos legos respetables por edad y por condicion, es un espléndido homenaje de *culto* rendido con mucha frecuencia por los socios á Jesus Señor Nuestro; y cierto es que tal ejemplo ejerce accion muy viva y eficaz en el ánimo del pueblo.

30. Dos fueron los hechos públicos mas graves

que la Sociedad estimó por su parte dignos de *reparacion*.

31. El primero fué la sacrílega invitacion de los libre-pensadores, divulgada en los periódicos, para profanar con un banquete de viandas prohibidas el Viérnes Santo, é insultar de este modo, precisamente en la hora de su muerte al Divino Salvador. El otro fué la omision por parte de la municipalidad de Roma del acostumbrado homenaje á María Santísima en la Basílica Liberiana en el dia que recuerda las prodigiosas Nieves; homenaje consistente en un cáliz de plata y seis hachas de cera que se ofrecian allí de tiempo inmemorial como tributo de amor y de gratitud á tantos beneficios otorgados por María Santísima á esta ciudad, la cual á causa de ellos la honra con el título especial de *María Salud del Pueblo Romano*.

32. Acerca del primer ultrage, la reparacion fué establecida de este modo. La Sociedad, aconsejaba previamente un ayuno estrechísimo á los socios, proporcionalmente á las fuerzas de cada uno, y que muchos observaron escrupulosamente á pan y agua y no pocos con una perfecta abstinencia, quiso unida practicar extraordinariamente el ejercicio piadoso de las *Tres Horas de la Agonia* en la iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas. Obtenida además la oportuna autorizacion del Eminentísi-

mo Vicario, se afanó porque en todas las iglesias y Oratorios de Roma, donde, segun costumbre, se celebra la misma funcion, los respectivos predicadores, llegando á la palabra *Sitio*, señalasen con prudencia el insulto hecho al Divino Salvador con aquel sacrilego convite, y excitando la reprobacion de los fieles por tan horrendo atentado, les hiciesen recitar juntos y públicamente alguna oracion para obtener del Redentor Divino el perdón y la conversion de los pecadores. Y no paró aquí el zelo de los socios inflamados del santo amor de Jesus, sino que hubo quienes quisieran se perpetuase la mencionada reparacion, cada dia más necesaria por los insultos que hacen los pecadores á la Magestad de Dios. Abierta, pues, una susericion favorecida por la Sociedad, se estableció que, creado un fondo con las limosnas que se recogieran, todos los viérnes del año á las once de la mañana se practicasen un piadoso ejercicio en la capilla del Santísimo Cristo en Santa María *della Pace*, consistiendo dicho ejercicio en la exposicion del Santísimo Madero de la Cruz, la celebracion de la misa, la recitacion de oraciones análogas y la bendicion con la sagrada reliquia. Esta devocion, instituida por la comision parroquial de Santo Tomás *in Parione*, aprobada por el Eminentísimo cardenal Vicario, lleva el título de *Obra pia de*

reparacion perpetua de las ofensas hechas á Nuestro Señor Jesucristo, y comenzará en el próximo año de 1872, el dia que será indicado con anuncio al intento.

33. Acerca del segundo ultraje, la reparacion fué hecha con ofrecer en la vigilia de la Asuncion de María Santísima el cáliz de plata y las seis hachas de cera en el altar de la Virgen de las Nieves en la Basílica Liberiana á nombre de los católicos Romanos, y en satisfaccion de la deuda de la ciudad de Roma á su celestial Patrona. La inscripcion hecha por el P. Angelini de la Compañía de Jesus, y grabada en el pié del cáliz, conservará la memoria del hecho en estos términos:

SOCIETAS ROMANA
REI CATHOLICAE PROVEHENDAE
CALICEM
QUEM MUNICIPIUM ROMANUM
CONTRA JUS ET MOREM
DENEGAVIT AEDI MAYORI MARIE
MATRIS DEI IN ESQUILIIS
SUMPTU SUO LARGITA EST
XVIII KAL. SEPTEM. MDCCCLXXI.

El pensamiento de la Sociedad fué muy bien acogido por los verdaderos Romanos. Y el Reverendísimo Patriarcal Capitulo en carta honrosísima dirigida á la Sociedad declaró cuanto habia

apreciado y agradecido este testimonio del afecto filial de la Sociedad á la Augusta Madre de Dios.

34. Dos graves escándalos se difunden cada día más en Roma, y contra ambos se ha propuesto la Sociedad aplicar del mejor modo posible algun remedio.

35. El primero de estos escándalos es la blasfemia. Existe ya en Roma una Pia Union cuyo especial instituto y obras son *contra las blasfemias y las palabras obscenas*. Con esta Pia Union se halla en pleno acuerdo una Diputacion especial encargada por la Sociedad para que, con los necesarios permisos del Eminentísimo Cardenal Vicario, se busquen y acuerden los medios más adecuados para detener de algun modo la invasion de este vicio. Cuando la cosa quede establecida y adoptadas las provisiones oportunas, la *Sociedad para los Intereses católicos* cooperará con la citada Pia Union en esta santa obra. Puede asegurarse que no transcurrirá mucho tiempo sin que aparezcan en el público los resultados de las medidas que actualmente se toman.

36. El segundo escándalo gravísimo es la *profanacion de los días festivos con el tráfico y con las labores*. A este objeto la Sociedad, instruida de lo practicado con fruto en otros lugares, ha instituido una Obra Pia especial, á la que ha llamado á

tomar parte á algunos como socios Promotores y á otros como socios Adherentes. Pertenecen á la primera clase los que encargan trabajos ó adquieren mercancías: pertenecen á la otra clase los trabajadores y los vendedores. Los primeros, dando, su nombre, declaran favorecer de todos los modos posibles á los socios Adherentes, con procurar preferirlos en todo caso de labores y de adquisiciones. Los otros prometen no trabajar ni vender en días festivos, ni permitir que lo hagan sus subalternos y dependientes. Cuando se habrá obtenido suficiente cantidad de nombres, en especial de socios Adherentes, serán compilados privadamente catálogos divididos segun las respectivas especies de labores y de negocios, á fin de que los socios Promotores en todo caso necesario puedan dirigirse á persona de confianza y ayudar así en igual tiempo á sus hermanos católicos. De esta manera es de esperarse que si el deplorable abuso del trabajo y del tráfico en días festivos no se podrá quitar del todo, será enfrenado para que no se extienda y propague más.

§ 3º

Obras de Caridad.

37. La caridad, ó sea el amor y el zelo por el bien de los semejantes, se ha mostrado por la So-

ciudad bajo un cuádruplo respecto; esto es, primeramente hácia *los hermanos del mundo católico* en general, y de ahí particularmente en Roma hácia los pobres, hácia el pueblo, hácia la juventud.

38. De los anhelos de la Sociedad hácia *los hermanos del mundo católico* se tiene una muestra en la parte que tomó por los infortunios de Francia. Con un tríduo solemne celebrado en los días del primero al tres de Mayo en Santa María *sopra-Minerva* imploró de Dios la pacificación: recogió limosnas para los pobres perjudicados por la terrible guerra franco-prusiana; y los discursos pronunciados en el tríduo por los valientes oradores Rev. P. Curci de la Compañía de Jesus, P. M^o Zigliarà de los Predicadores y Rev. Canónigo Deggiovanni, y que tanto contribuyeron á excitar la generosidad de los Romanos, á expensas propias los hizo imprimir, y tambien difundir á lugares lejanos, para que así se moviesen otros á aliviar las desgracias y socorrer las miserias de los católicos Franceses.

39. Tambien de otra manera demostró la Sociedad sus fraternos sentimientos para los católicos extranjeros. Cuando en el mes de Junio, y aun ántes, llegaron á Roma de todas partes las Diputaciones católicas para felicitar al Santo Padre en su Jubileo Pontifical, la Sociedad anduvo

solicita en mostrarse á ellas: y habiendo obtenido de la benignidad del Emmo. Cardenal Borromeo, socio honorario, que se hiciese uso de los nobles salones de su casa, constantemente estuvieron allí algunos socios, para recibir á toda hora á los varios Señores que componian aquellas Diputaciones, para proveerles de las noticias y direcciones que podrian necesitar, y darles finalmente oportunidad de detenerse en lugar seguro y tranquilo, especialmente en la tarde. Esta vecindad y estas relaciones produjeron la manifestacion de sentimientos recíprocos, y fueron estrechados por los lazos de la más sincera y santa amistad con los *hermanos católicos* de todas partes de Europa.

40. Aunque los *subsídios* no sean del instituto de la Sociedad, con todo habiéndose agregado á la Sociedad la Asociacion católica del *Socorro*, la cual por su naturaleza está encargada de proporcionar auxilios materiales y pecuniarios á los empleados militares que sirvieron honrada y lealmente al gobierno Pontificio, y que por su fidelidad cayeron en la miseria, cuanto en alivio de estos *necesitados* fué hecho por los socios pertenecientes á la Seccion del *Socorro*, puede decirse hecho por la Sociedad. Y nada ménos de ochenta y seis mil liras, parte obtenidas para este objeto de la iragotable liberalidad del Soberano Pontífice, parte suminis-

tradas por la caridad privada de los adscritos, fueron distribuidas por esta Seccion en el curso de un año. De este modo, no fueron pocos ni leves los auxilios dados, y muchos los trabajos que, si no pudieron ser extinguidos, fueron, no obstante, convenientemente atendidos y aliviados.

41. De varios modos se aplicó la Sociedad á aliviar al *pueblo Romano*.

42. Primeramente con el *ejemplo* del cristiano preceder de los socios, y con las insinuaciones y consejos al bien: de estos medios usan los socios siempre que se les presenta oportunidad favorable.

43. De ahí con la *predicacion*. En la semana de Pasion la Sociedad, obtenido el permiso del Exmo. Cardenal Vicario, estableció por ocho dias un curso de ejercicios espirituales, predicados por doctos y celosos sacerdotes en más de veinte iglesias elegidas en los centros más frecuentados de la ciudad y en algunos Oratorios nocturnos; todo ello en fuerza de cuidado, diligencia y gastos. Para dar la Sociedad un testimonio de su respeto á todo el clero secular y regular indistintamente, escogió con estudio los predicadores entre los eclesiásticos seculares y entre las muchas y diversas corporaciones religiosas. En cada iglesia asistian diariamente algunos socios, para representar á la So-

ciudad. Segun aseguraron los predicadores, no fué poco el fruto que se sacó de aquellos santos ejercicios; y aun espresaron su dolor de no poder prolongar la mision; pues viendo aumentarse diariamente el número de los que concurrían á oír la palabra de Dios, debia tenerse por seguro, que si las circunstancias hubieran permitido proseguir, habria sido inmensamente mayor el bien espiritual que se habria sacado.

44. Tambien auxilió la Sociedad al pueblo con la *lectura*. Para este efecto fué establecido el periódico de la Sociedad; subvencionado el pequeño semanario popular *La Festa*; procurada la difusion de buenos libros y la impresion de algun escrito que pareciese mayormente útil por su oportunidad, cual es el que contiene los tres magistrales discursos sobre la Infalibilidad Pontificia, del insigne orador P. Gallerani de la Compañia de Jesus, en los que con claridad y solidez son refutados los errores y las preocupaciones que sobre aquella materia se habian difundido recientemente. A la buena lectura se podrá proveer más adelante con mayor eficacia por la institucion de bibliotecas circulantes, obra que en pequeñas proporciones está ya iniciada por alguna comision.

45. Finalmente con la *union*, esto es, propagando como ya se ha hecho, y se seguirá hacien-

do mejor, la Sociedad y su espíritu, primero entre los cabezas de tiendas y de negocios, y de ahí entre los dependientes y operarios subalternos.

46. El mayor cuidado de la Sociedad es el bien de la *juventud*, en la cual se funda principalmente la esperanza de un porvenir mejor.

47. Publicada apenas la ley que llamaba á las armas á los jóvenes pertenecientes á la clase de 1850, tuvo la Sociedad conocimiento de que algunos de ellos, por motivos del todo extraordinarios, no habian participado todavia de la *Mesa Eucarística*. Obtenida de los reverendos párrocos de Roma y del Suburbio la nota de las que debian comulgar, escogió de entre estos sesenta, que fueron los de más edad, y á sus expensas los colocó en la piadosa casa de Ejercicios espirituales cerca de Ponte Rotto, donde aquellos pobres jóvenes se alimentaron por primera vez con el Pan de los Angeles.

48. Con el mismo empeño cuidó la Sociedad de auxiliar á los párrocos en la enseñanza de la *doctrina cristiana*. La bondad de los Párrocos y su zelo por la gloria de Dios hizo que aceptasen de buena voluntad la cooperacion ofrecida. La presencia de los socios y los pequeños regalos que hacian á los niños más asíduos, hicieron crecer el número de concurrentes á la instruccion religiosa en las igle-

sias parroquiales. El buen resultado ha sido de tal modo evidente y la satisfaccion de los Párrocos tan esplicita, que el Consejo Directivo de la Sociedad creyó conveniente destinar una suma competente para premios en el principio del nuevo año escolar en cada una de las Parroquias en que habian intervenido los socios. Elegida una comision del Consejo de Prefectos para la adquisicion de premios, se estimó útil erogar la suma asignada en la adquisicion de objetos de ropa. Estos, unidos á libros, imágenes y otras cosas devotas procuradas por la industria y la celosa actividad de no pocos socios, fueron equitativamente distribuidos á los Prefectos de varias comisiones, y repartidos en más de treinta Parroquias. En muchas de estas el premio fué acumulado al que suelen dar los Párrocos. En todas el premio fué conveniente, pero en algunas resultó esplendidísimo, como se lee en el núm. 196 della *Voce della Verità*. Todo persuade que la obra de la *Doctrina Cristiana* progresará cada dia. A este fin contribuirá muchísimo la inmediata institucion de una Diputacion especial compuesta de socios eclesiásticos y legos, la cual presida el movimiento general, arregle la uniformidad y promueva el desarrollo en la parte que toca á la Sociedad.

49. Si bien obtiene el primer lugar la instruc-

cion religiosa, no es ménos necesario vigilar por el establecimiento civil de la juventud. Por esto desde su principio la Sociedad fijó su atencion en las escuelas elementales; y de entre ellas socorrió á aquellas cuyos maestros podian merecerlo por sus cualidades; auxilió á algunas de las escuelas nocturnas, y la del Hospicio de ciegos. Por cuenta propia instituyó enteramente otras y no pocas escuelas, en aquellos lugares que más las necesitaban. Finalmente ayudó á los Gimnasios y Liceos de Instituto Paterno. En muchas de estas escuelas se cerró el año con premios por obra de varias comisiones de la Sociedad, las cuales los repartieron (*Voce della Verità* núm. 132). De entre los premios, los más espléndidos fueron los de los Gimnasios y Liceos dados el mes de Setiembre en la iglesia de las Sagradas Llagas, y consistentes en medallas de plata suministradas por la Sociedad, y distribuidas por el Príncipe Presidente. (*Voce della Verità* núm. 130). Considerado el breve tiempo que lleva la Sociedad de haber tomado á su cargo las escuelas católicas, considerado además que muchas escuelas han sido recientemente abiertas por el Municipio de Roma, no deberá parecer corto el número de cerca de dos mil niños á cuya institucion cristiana y civil provee la Sociedad. Pero creciendo cada dia el nú-

mero de niños que desean ser admitidos en las escuelas católicas favorecidas, protegidas y vigiladas por la *Sociedad Romana de los Intereses Católicos*, es de necesidad proveer á ello regular y establemente. Al efecto fué instituida una Diputacion especial para las escuelas, de la cual forman parte algunos Prefectos de Comisiones y algunos socios Párrocos y Eclesiásticos. Esta Diputacion tiene el encargo de vigilar las escuelas y los maestros, proveer á las mismas segun las necesidades, cuidar en ellas tanto del orden y de la regularidad moral y material, como de la uniformidad del método y de la enseñanza. Esta Diputacion permanente, sea por sí misma, sea por las personas de los respetabilísimos socios de que se compone, ofrece una prenda segura de que las escuelas católicas florecerán y se propagarán cada dia más.

50. Todavía otro beneficio debe dispensar la Sociedad á la juventud, y es el patronato de los niños pobres. Tal obra, si se mira en sí misma, presenta inmensas dificultades en la práctica. Sin embargo, la existencia de las Juntas Parroquiales, la existencia en la Sociedad de las Secciones Artística y Comerciante, y la de la Seccion de Jóvenes, son elementos tales, que por ellos el patronato de los niños ha venido á ser para la *Sociedad de los Intereses Católicos*, no solo posible, sino ab-

solamente fácil. Puede decirse que esta obra tan ventajosa está ya casi establecida; y los niños del pueblo que encontrarán por ella una colocación segura con los cabezas de talleres y de negocios adscritos á la Sociedad, podrán confiar en que jamás les faltará la vigilancia, el auxilio y la protección católica de la Sociedad.

51. Verdaderamente las obras de la Sociedad instituidas y promovidas para el bien de la *juventud* son de tal naturaleza y están ligadas de modo, que con la doctrina cristiana, con las escuelas elementales diurnas y nocturnas, y las de Gimnasio y Liceo, con el patronato y sistema establecido en las tiendas de los socios Artistas y Negociantes, con la Sección instituida para los *Jóvenes*, la Sociedad misma ejercerá un benéfico y nunca interrumpido influjo sobre las nuevas generaciones, desde la primera edad hasta los años maduros cuando ya podrán pertenecer á la Sociedad.

52. La ejecución de las obras mencionadas que propiamente pueden decirse de la Sociedad, pues por ella fueron iniciadas ó cumplidas, no le impidieron tomar parte y cooperar también en las obras de *otras Sociedades*. Aunque varios motivos impidieron en un principio aquella razonable unión, que para el bien común habría sido de desear entre las varias Sociedades recientemente nacidas en

Roma, con todo, la *Sociedad de los Intereses católicos* quiso mantener y mostrar con los hechos una sincera concordia, aceptando las invitaciones, y haciendo más espléndidas con el gran número de sus socios muchas funciones que promovieron otras Sociedades. De entre ellas, hay que recordar con especialidad las siguientes: Los tríduos á María Santísima bajo el título *Auxilium Christianorum*, en el mes de Mayo en Santa María *sopra Minerva*, en el mes de Junio en Santa María *in Valli-cella*: en Agosto la fiesta de San Pedro *in Vinculis* en la Basílica Eudosiana y la de la Asunción de la Bienaventurada Virgen en la Patriarcal Basílica Liberiana: en Noviembre la del Santísimo Salvador en la Sacrosanta Iglesia Lateranense: en Diciembre la novena á la Santísima Inmaculada Concepción en San Agustín. Se debe además hacer mención de la función conmemorativa en Santa María la Mayor por la victoria de Lepanto en el 6 de Octubre: y entre todas las otras funciones principalmente la intervención de la *Sociedad de los Intereses católicos* en la traslación de las Sagradas Cabezas de los Santos Príncipes de los Apóstoles, en el día octavo de su festividad, á San Juan de Letran, en donde los miembros de las varias Sociedades representaron á la Ciudadanía Romana, y suplieron la ausencia del Senado, que en

el tiempo pasado acostumbraba prestar en aquel día un solemne tributo de obsequio á los Protectores de Roma. *Voce della Verità* núm. 73.

Pero, si algo ha hecho la Sociedad, todo debe referirse al zelo y actividad de los socios, á su espíritu y valor eminentemente cristiano. De aquí trae su origen el hecho venerable de que cuando en Septiembre los periódicos enemigos publicaron los nombres de los socios, y *la Libertá* especialmente en su núm. 245, diciendo lo hacia porque sabia con certeza que algunos *habian sido inscritos en la Sociedad contra su voluntad*, ninguno desmintió su calidad de socio, ninguno negó el consentimiento y la satisfaccion de estar inscrito. Así es que no debe causar asombro que hombres dotados de un corazon tan generoso y magnánimo, no satisfecho de haber dado vida, desarrollo y ejecucion á todas las obras arriba mencionadas, se mostrasen siempre más infatigables, cooperando y contribuyendo en toda ocasion en que se pudiese hacer el bien, á promover los intereses católicos. Recogieron donativos para aliviar á los perjudicados por la inundacion del Tíber y por la guerra de Francia. Solicitaron suscripciones en favor del Hospicio de Ciegos. Buscaron cuestaciones en beneficio de los clérigos sugetos á la conscripcion militar. Obtuvieron de Lugares Pios y de perso-

nas privadas donativos de objetos sagrados, para servir al culto en las iglesias pobres. Se adhirió á la demanda de firmas y donativos para presentarlos al Santo Padre en el día de su cumpleaños.

En medio de tantas obras no olvidaron el *fraternal amor* que los une, y de ahí es que nunca dejaron de confortarse y socorrerse recíprocamente en sus necesidades. Ayudaron é invocaron proteccion para los socios injustamente perseguidos y oprimidos con la violencia. Para otros socios en extremo necesitados ó heridos de graves desgracias dieron ó buscaron subsidios ó colocacion. Visitaron á los socios enfermos, hicieron sufragios por los difuntos, manifestando el dolor por su muerte con estar presentes á las exequias, y con acompañarlos al sepulcro.

53 Mas, fuera de sus obras, los socios con dádivas ordinarias y extraordinarias, ministradas directa ó indirectamente á la Sociedad, recogieron por sí y de entre sí la suma de cerca de treinta mil liras, suma no pequeña ciertamente, con especialidad si se consideran las actuales condiciones de los católicos en Roma, y con la que fueron hechos todos los gastos necesarios para las obras de la Sociedad. Gran parte de las liberalidades ordinarias se ha destinado ya de un modo estable al

subsidio de las escuelas. La cuenta perteneciente á la administracion de fondos sociales será presentada con regularidad á fin de año por el Tesorero, sujetándola á la aprobacion de la Sociedad, como previenen los artículos 37 y 40 núm. 3 del Estatuto.

54. Y este es el lugar oportuno de observar que muchas de las obras de la Sociedad necesitan por su naturaleza del especial permiso, concurso y favor de la Autoridad Eclesiástica; el que no habiéndole nunca faltado, sino ántes bien, concedido siempre con largueza, la Sociedad no pudo expresar de mejor modo su gratitud al Emmo. Cardenal Vicario (el cual con particular dignacion ha permitido ser inscrito entre los socios honorarios) que enviando una Diputacion especial á congratularse con él en su jubileo sacerdotal el 17 de Junio, y disponiendo que en aquel mismo día muchos Prefectos de comisiones asistiesen en San Apolinar á la misa que celebró, y allí representasen á la Sociedad. Despues la gratitud de la Sociedad hácia los Rev. Párrocos (socios gran parte de ellos) se ha manifestado en los pocos modos que han presentado las circunstancias, y se manifestará siempre que haya ocasion de testificar el respeto y consideracion que les son debidos por su

carácter y por su oficio, y que la Sociedad entiende profesar constantemente.

ARTÍCULO III.

Estado actual de la Sociedad.

54. El estado actual de la Sociedad puede mirarse bajo un triple aspecto, esto es, en el *interno*, en la *difusion*, en sus *relaciones*.

§ 1º

Interno.

55. Larga, laboriosa y difícil fué la obra de organizar la Sociedad, pero se consiguió. La Sociedad funciona perfectamente, y acaban de hacerse con toda regularidad las elecciones para el año próximo.

56. La Sociedad es grande y respetable, por que es digna y numerosa.

57. Cuéntanse entre sus miembros una Princesa Real, Cardenales de la Santa Iglesia, y el mismo Emmo. Cardenal Decario del Sacro Colegio, Arzobispos, Obispos, Príncipes, Prelados, el Patriarcado, las personas más distinguidas de la clase media por el mérito y por la virtud.

58. Los socios activos, en número de más de

1100, han estado distribuidos hasta aquí en treinta Juntas Parroquiales que extienden su acción sobre toda la superficie de Roma. Los miles de socios adherentes sostienen indirectamente á los activos. Los eclesiásticos son admitidos en la Sociedad por el derecho que á ello tienen como ciudadanos, sin que su presencia y acción cooperativa altere la naturaleza laical de la institución.

59. Están íntimamente unidas á la Sociedad sus *Secciones*. El destino de estas, es recoger una clase especial de personas para fines determinados, ó dedicarse de modo especial á cualquiera obra que sea de mayor entidad. Las Secciones de la Sociedad son cuatro hasta ahora.

60. *Seccion del Socorro*. Cuenta mas de 600 socios, y está encargada de los subsidios para los pobres militares que se han señalado por su fidelidad y adhesión al Gobierno Pontificio.

61. *Seccion de las Escuelas de Liceo y de Gimnasio paternas*. Comprende á todo el cuerpo de socios que se dedican á aquella enseñanza.

62. *Seccion de artistas y negociantes*, recientemente establecida. Cuenta ya cerca de 400 socios, todos ellos gefes de artes ó de negocios. Tiene por institución difundir la Sociedad en el pueblo, y propagarse entre los artesanos y operarios inferiores formando con estos una segunda clase de la

misma Seccion. Se presentó al Soberano Pontífice el 17 de Noviembre ofreciéndole en donativo un juego completo de objetos sagrados necesarios al culto divino para una iglesia pobre, y trabajados por los socios. El Presidente de la Sociedad leyó en aquella circunstancia una exposicion que manifiesta el espíritu y el fin de esta Seccion. La exposicion y la respuesta del Santo Padre constan en el núm. 182 de la *Voce della Verità*. Las reuniones de esta Seccion son constantemente honradas con la presencia del Exmo. Cardenal Borromeo, quien toma parte activísima en todo aquello que mira á su bien, incremento y prosperidad.

63. *Seccion de los Jóvenes*. Se forma actualmente bajo el impulso é inmediata dirección del citado Exmo. Cardenal Borromeo. Ella reunirá en dos clases distintas á los jóvenes de los 30 á los 18 años, y de los 17 á los 12. Tiene por objeto genérico las obras de piedad, y proveer á las necesidades particulares de la edad juvenil y á su honesta recreación. En especial se ocupará la primera clase en ayudar á los Prefectos de Comisiones de la Sociedad en el *patronato* de los jovencitos. De esta Seccion se sacarán los elementos de perenne institución tanto para la Sociedad, cuanto para la otra Seccion de artistas y negociantes. La *Seccion de los Jóvenes* fué notablemente inaugura-

da con una funcion religiosa el 8 de Diciembre de dicada á la principal Protectora de la Sociedad, en la capilla privada del mismo Exmo. Cardenal Borromeo, el cual en cada dia del trídúo pronunció discursos análogos, y desempeñó personalmente los ritos sagrados, con satisfaccion inmensa de los muchísimos que estuvieron presentes, y de toda la Sociedad.

64. Cuanto ántes serán tambien reunidas en una Seccion especial todas las *Señoras* adscritas á la Sociedad, á fin de que bajo la inmediata supervigilancia de una Presidenta, y con la direccion de persona eclesiástica, puedan dedicarse eficazmente á aquellas obras que de un modo especial convienen á las señoras católicas.

65. La Sociedad, conforme á su Estatuto, ha provisto ya al círculo y al Periódico.

66. El periódico *La Voce della Verità* llena con laudable empeño su mandato, no obstante las muchas dificultades que encontró en su principio. En el año venidero se propone la Sociedad ayudarlo más eficazmente, para que con mayor alegría y de manera más adecuada pueda corresponder á la grave tarea que le espera, y al fin para que fué establecido.

67. El *Círculo* fué abierto hace meses provisoriamente en los salones del Exmo. Cardenal Bor-

romeo, que lo favorece con benignidad, hasta que se provea sobre elle de un modo estable. El círculo es un lugar de reunion y de honesto entretenimiento nocturno, ventajoso con especialidad á la juventud.

68. Acaso no esté léjos el tiempo de satisfacer el deseo de no pocos socios, de tener un *Oratorio* particular, para que los que quieran practiquen en comun los ejercicios religiosos. Entretanto tiene la Sociedad un Director espiritual obtenido de los superiores de la Compañía de Jesus, y pedido por la Sociedad, no solo para testificar la estimacion particularísima que profesa á la Compañía, sino tambien para demostrar su gratitud por las mil maneras con que la Compañía la ha favorecido desde sus principios.

§ 2º

Difusion.

69. Mas que las obras, ayudaron á difundir el nombre de la *Sociedad Romana para los Intereses católicos* los desprecios y las calumnias que repitieron sobre ella casi continuamente y por largo tiempo las *hojas liberales*. Con aquel hablar frecuente le dieron cierta importancia, excitaron en muchos el deseo de conocerla, y de ahí en no pocos la voluntad de imitarla. Muchas fueron las peticiones para obtener las reglas ó las noticias

pertenecientes á la Sociedad. Hoy no es desconocida en Inglaterra, Francia, Portugal, España, Alemania y en toda Italia. En muchos lugares se promovió por esto la institucion de *Asociaciones católicas*, y en varias partes se constituyeron idénticas Sociedades de igual nombre y con igual norma. Entre ellas merecen una mencion especial las de Cagliari, Palermo, Lion de Paris, destinadas á ser centro de otras *Sociedades de los Intereses católicos*, la primera en Cerdeña, la segunda en Sicilia y la última en Francia. Muchas de estas Sociedades *filiales*, á petición suya han sido agregadas ya á la Primaria Romana; otras varias lo serán cuanto ántes, luego que hayan provisto enteramente á su arreglo. Las *Sociedades para los Intereses católicos* adscritas ya á la *Primaria Romana* son las siguientes, segun el orden cronológico de su agregacion, á saber: las de Velletri, Grottaferrata, Frascati, Monte Compatri, Siena, Viterbo, Maenra, Cagliari, la Asociacion católica de operarios, artistas y traficantes en Venecia, y las Sociedades de Palermo y de Ferracina. Todas estas Sociedades se formaron y pidieron ser agregadas á la *Primaria Romana* no solo con el consentimiento, sino con el esplicito favor de los Ordinarios de las diversas Diócesis; el cual lo testimoniaron algunos Obispos con inscribirse entre los so-

cios honorarios de aquellas Sociedades, y alguno aceptando tambien la presidencia de honor, como lo hizo no ha mucho el respetabilísimo nuevo Arzobispo de Palermo, con las nobles y elocuentes palabras que refiere el periódico la *Sicilia Cattolica*, y reprodujo en el número 209 la *Voce della Verità*.

§ 3º

Relaciones.

70. La difusion de su nombre, y más aún los vínculos de amistad estrechados en Roma, cuando estuvieron aquí muchísimas Diputaciones católicas, y los conciertos establecidos en la reunion general convocada por el Presidente de la Sociedad Romana el 18 de Junio y á la cual concurren los representantes de las Diputaciones católicas de Baviera, Hungría, España, Portugal, Bélgica, Venecia, Mónaco, Helvecia, Génova, Inglaterra, Francia, Sajonia, Tirol, Cremona, Países Bajos, Polonia, Irlanda, Forli, Nápoles, Winttemberg, Boloña, Colonia, Maestricht, Dresde, Milan, Linz, etc., etc., han puesto á la *Sociedad Romana de los Intereses católicos* en íntima correspondencia con todas las principales Asociaciones católicas de Italia y de todos los puntos de Europa. Sostiene la Sociedad esta correspondencia por medio de una

Diputacion especial compuesta de socios extranjeros de varias naciones pero domiciliados con estabilidad en Roma. Y no se limitan las relaciones á la correspondencia, pues la *Sociedad Primaria Romana para los Intereses católicos* es invitada tambien á los congresos, como sucedió en Septiembre con la reunion católica de Einsiedlen en Suiza, en Octubre en Venecia, y más recientemente en Gromare en Lombardía. En cada uno de estos lugares la Sociedad Romana ha estado noble y dignamente representada, y sus Enviados han recibido honrosísima acogida, como se lee á los números 130 y 151 de la *Voce della Verità*, y al número 281 del *Osservatore Romano*.

Conclusion.

71. Hé aquí lo hecho por la *Sociedad Romana para los Intereses Católicos* en el año 1871, primero de su nacimiento. Si los hechos expuestos no son por sí mismos de grave entidad, no serán despreciables ciertamente para quien quiera considerar la breve vida de la Sociedad, la obra larga y laboriosa que se requirió para constituir la, la novedad de la cosa en Roma, las costumbres y hábitos retiradas y pacíficas de los ciudadanos, las dificultades que se interpusieron, los miramientos, preocupaciones, desconfianzas y temores que fué

necesario superar, las luchas, las persecuciones, los padecimientos que, como habia anunciado la *Unità Cattolica* núm. 28, se verificaron con demasiada precision. Pero estas justas reflexiones, así como servirán para que la Sociedad sea rectamente forzada por los que no conociéndola bastante, la censuran inmerecidamente ó la desprecian, servirán tambien para confortar á los socios, y los convencerán de que su Pio Instituto con la bendicion del Soberano Pontífice obtuvo tambien la de Dios, la cual evidentemente ha protegido y sostenido á la Sociedad. Gozosos con esta conviccion, se harán en adelante todavía más celosos, fervorosos y concordes, siempre recordando y persuadiéndose de que la *Sociedad para los Intereses Católicos* no puede ni debe admitir ningun fin innoble, caduco y terreno, sino que instituida únicamente para ser una de las milicias de Jesucristo, su último, su solo fin se compendia y resume en aquellas palabras de San Pablo, al grito de las cuales, con la mirada y el corazon al cielo, cumple su empresa: *Domino Christo servire*.

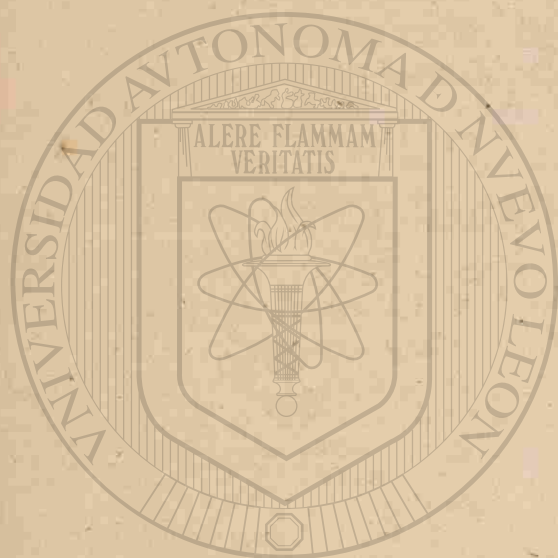
Roma, 19 de Diciembre de 1871.—El Presidente General de la Sociedad, *M. Príncipe de Campagnano*.—El Vice-Presidente, *Aw. Camilo Baccelli*.—El Secretario General, *Giovanni Aw. Frascari*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INAUGURACION

DEL SEGUNDO AÑO
DE LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA PARA LOS
INTERESES CATOLICOS.

DISCURSO

DEL PADRE ALEJANDRO GALLERANI D. L. C. D. J.
Y RELACION DEL AÑO PRIMERO 1871
PRESENTADA POR LA PRESIDENCIA
A LA SOCIEDAD.

Domino Christo servire
S. Pablo Col. 3. 24.

Traducido del italiano y dedicada para la Comision central á la
"Sociedad Católica de México."

Edicion de La Voz de México.



MEXICO.—1872

IMPRENTA A CARGO DE M. ROSELLO.

Escalerillas número 21.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El año que declina, este 1871 ha visto efectuarse grandes cambios [por donde quiera, pero, sobre todo, en esta gran capital de un reino divino, que tiene por confines los del mundo. Ha visto Roma en estos últimos meses nuevos hombres, nuevas cosas, nuevas instituciones: unas cosas son buenas, otras pésimas: unas que han germinado de su propio seno, otras importadas como una merced del extranjero, y todas ó directamente producidas, ó indirectamente ocasionadas por acontecimientos luctuosos que deploramos, y que el dolor mismo nos prohíbe recordar.

Frater qui adjuvatur á fratre,
quasi civitas firma.

Prov. 18. 19.

I.

Entre las nuevas instituciones que han salido á

luz este año, ocupa ciertamente un lugar distinguido aquella sociedad de nombre y de espíritu verdaderamente Romana, que se denomina "de los Intereses católicos:" aquella Sociedad á la que pertenecéis de uno ó de otro modo la mayor parte de vosotros, señores que me escucháis. Tuvo su nacimiento en el luto y en la tristeza en medio de mil trastornos religiosos y sociales: dió una mirada en torno suyo, y viendo abandonados los Intereses católicos por quien habria debido protegerlos con mayor eficacia, deliberó tomarlos á su cargo, y, segun su naturaleza y sus fuerzas, de acuerdo siempre con la autoridad eclesiástica, sostenerlos y promoverlos con todo ardor: acordándose bien de aquellas palabras del sábio: *Frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma*. Hoy cuenta la Sociedad casi un año de vida, y recorrido el primer estudio de su carrera. El viajero que se ha fijado una jornada lejana y fatigosa, vuelve de cuando en cuando la mirada hácia atrás, para medir con la vista el espacio que lleva andado, y aquella mirada lo conforta dulcemente de las fatigas que ha sufrido, y al mismo tiempo le sirve de estímulo para proseguir animosamente el largo camino que aun le resta. Así es con vosotros, señores: próximos á tocar el primer término de vuestra laboriosa carrera, es muy natural que mireis

el camino andado, y que os preguntéis á vosotros mismos: ¿cuánto hemos recorrido hasta aquí? A tal pregunta he venido á responder; y puedo hacerlo con tanta más franqueza, cuanto que no hablo en causa propia. Hablo de una Sociedad que estimo y venero profundamente, pero á la que soy extraño del todo. Hablo de una Sociedad que observa con ojos de espectador no indiferente, no sin duda, pero simple espectador.

Así es que mi respuesta no podrá en justicia parecer á nadie ni sospechosa, ni vanidosa. Y, por otra parte, la pura y simple verdad de las cosas expuesta de este modo por un lábio imparcial, confío en que vendrá á parar no en una estéril recomendacion del pasado, sino lo que importa más, á una nueva excitativa para lo de adelante.

II.

¿Qué ha hecho, pues, hasta aquí la Sociedad Primaria Romana para los Intereses católicos?

Me parece incontrastable, señores, que el hecho solo de la existencia de una Sociedad tal, y aun prescindiendo por ahora de sus obras, es ya por sí mismo un bien precioso, una ventaja de gran valía, supuesto que esta grande Asociacion con el nombre mismo que lleva escrito sobre su

frente dice á un siglo frio é indiferente que hay hombres en cuyo pecho late un corazon no frio ni indiferente para los intereses católicos, sino ántes bien, lleno de zelo, de solicitud, de santo ardor: hombres que no imitan al árabe del desierto, que viendo incendiarse la cabaña de su vecino y amenazada del fuego la suya, permanece sentado á la puerta, con los brazos cruzados y fumando tranquilamente las últimas hojas de su tabaco. Tal era en alto grado la llaga mortal de nuestro siglo; la frialdad, la indolencia, la apatía religiosa, por la cual muchos espíritus avaros y mezquinos encerrados todos en el mísero cerco del yo, no daban un solo pensamiento á los intereses de la religion. Y á esto contribuía no poco, acaso, aunque indirectamente la paz externa de que se gozaba, y el saberse que no faltaba sobre la cima de Sion quien velara solícito por tales intereses, con voluntad y poder de proveer á ellos. Pero una vez que este poder fué arrancado por fuerza de la mano en que descansaba; una vez que los centinelas de Sion fueron reducidos á la dura condicion de tener que verlo todo sin poder impedir nada, hé aquí levantarse corazones magnánimos y generosos para venir en su auxilio y correr á la defensa donde quiera que la necesidad lo exigiese.

¿Y quiénes con estos hombres? ¿son nuevos Aaro-

nes, nuevos Levitas, personas, en suma, que por su carácter pertenezcan á la custodia del Templo ó del Tabernáculo? No, no son de la tribu sagrada, son de las varias tribus de Israel sin distincion. No faltan, es verdad, los hijos de Leví, pero las tribus de Manasés, de Ruben, de Simeon, y así hasta la de Benjamin, todas han dado su contingente de la flor más bella de sus hijos. Y no se vaya á pensar que estos quieran renovar la temeridad de los Oza con extender una mano irreverente sobre la Arca de Dios, sino que, como los Gedeones, quieren á toda costa defenderla y sostenerla. A la manera que en ciertas guerras contra la patria todo ciudadano viene á ser soldado, así en ciertas luchas contra la Iglesia todo cristiano viene á ser sacerdote y se fija animoso en torno del altar.

¡Oh! cuán bello es el espectáculo de esta falange sagrada en que figuran mezclados el esplendor de la púrpura, la nobleza de los escudos, la magestad de la toga, los emblemas de las artes y de la industria, y todos los distintivos de las diversas clases sociales, hermanándose y uniéndose en un solo pensamiento, cual es el de defender lo que hay de más sagrado, la religion. ¡Oh! cuán sublime es la muestra que dá de sí esta grande reunion de tantos jóvenes en la flor de los años y en

el brio de la vida; de tantos gravísimos padres de familia que con el cargo de la esposa y de los hijos, y rodeados de mil cuidados domésticos y temporales, han sabido encontrar tiempo, actividad y dinero para acudir afanosos á intereses de una esfera del todo diversa, asemejándose en esto á los Israelitas del tiempo de Neemías, que mientras con una mano se ocupaban en reconstruir los muros de su patria, empuñaban con la otra la espada, prontos siempre á defenderse de sus enemigos.

III.

Cierto que á cada paso aparecian los obstáculos para impedir tan buena obra. Habia que afrontar las arengas de los malvados, las invectivas de la imprenta libertina, los celos, las contiendas, las contradicciones y otros mil impedimentos que se presentaron desde el punto de partida; pero todo fué vencido con gozo de los buenos, contra de los malos, teniendo ambos razon. No faltó entre estos últimos quien supiera reconocer vuestro mérito, apreciándolo lealmente, y escucharse de entre sus filas una voz que les preguntaba, *si habian jamás constituido una sociedad igual á la vuestra*, y excitarios á aprovecharse de vuestras mismas lecciones.

Y en verdad, al mirar una sociedad ordenada á un fin tan noble, organizada con tanta maestría,

compuesta de tantas y tan notables personas, viiendo en medio de circunstancias pésimas, luchando contra obstáculos tan formidables, ¿quién hay que no vea en su sola existencia una grande lección dada á nuestro siglo todo material y sensual; una lección que le enseña prácticamente á salir de la materia en que él se sumerge todo, y extenderse á un orden de cosas mucho más digno de una alma inmortal; una lección que suponiendo este orden y cuidándolo, viene con esto mismo á cuidar el máximo entre los intereses católicos y que los comprendia á todos? ¿Quién no vé en esta Sociedad que se inspira en principios tan altos y sentimientos tan nobles, una oposicion permanente al espíritu de impiedad que se difunde en daño de la Ciudad Santa, una protesta elocuente contra los errores y los escándalos que se vienen introduciendo cada dia; un dique levantado contra el torrente de iniquidad que se desborda; y, para decirlo todo de una vez, quién no descubre á la Roma Cristiana alzando magestuosa la frente contra la Roma Pagana que revive?

¿Me permitireis, señores, que os abra todo entero mi pecho? pues francamente os diré que cuando veo en tal maldad de tiempos tanto fervor de zelo, mayormente en la parte seglar; cuando considero todas esas admirables Asociaciones católi-

cas, y la vuestra principalmente, señores, encuentro ménos duro doblar la frente á los desgraciados trastornos que dieron ocasion á tales manifestaciones, y respiro con mayor libertad. Mas no se vaya á alterar mi pensamiento. Bien sé que así como no es lícito hacer el mal para que de ahí resulte el bien, tampoco se puede desear que acontezca, ni complacerse de que haya acontecido, y más ciertos males que no tienen compensacion!

Pero una vez que el mal haya venido, en el acto mismo de detestarlo, bueno y lícito es complacerse del bien á que ha dado ocasion, tanto más, cuanto que el mismo Dios en su bondad y providencia no permitiría el mal, si no fuera para sacar de él algun bien. Pues ahora, entre los bienes que el Señor ha sacado de los males que deploramos aquí en Roma, reputo no el último, y sí, acaso el primero, las Asociaciones católicas, y la vuestra singularmente, con su organismo, con su zelo, con su fervor. La guerra actual contra la Iglesia ha hecho mal á los malos, que se han hecho mucho peores: ha hecho mal á los vacilantes que, como cañas débiles, se han dejado doblar de donde soplabá fuerte el viento; pero en los verdaderos cristianos, en los firmes católicos, en vosotros, señores, ¡oh! cuánto bien no ha producido! ha reforzado mucho mas la fé en vuestros corazo-

nes, haciendo saltar de ellos, en fuerza del choque, no chispas, sino llamas vivísimas de santo ardor. Ante el espectáculo de tanto entusiasmo religioso en hombres que no son de la Iglesia ni del Claustro, sino seculares, bendigo al Señor, porque si en el juego de la tribulacion se ha liquidado el plomo, el oro de Sion ha brillado más refulgente, y porque de en medio de las tinieblas la luz ha despedido sus fulgores, y de entre las espinas han brotado las rosas. *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesuchristi, Pater misericordiarum et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* 2. Cor. 1. 4.

IV.

Es indudable, por tanto, que solo el existir una Sociedad tal, el solo mostrarse al mundo, es de por sí un bien muy considerable, una prenda de salud y de bendicion.

Pero esa Sociedad ha hecho mucho más que mostrarse solamente al mundo: ¿cuáles son, pues, sus obras?

De una Sociedad que cuenta apenas diez meses de vida, sería pretension loca y ridícula querer que se hubieran obtenido ya resultados grandes y sensibles. Claro es que ántes de obrar conviene existir, y que para dar la existencia á un cuerpo

moral, mayormente siendo tan vasto, para organizarlo, disponerlo y hacerlo apto para obrar espeditamente, se requieren no dias, sino largos meses. ¿Quién ha pretendido jamás de un árbol corpulento que apenas arrojada en la tierra la primera semilla se desarrolle del momento como por encanto, cubriendo de nudos su troneo, extendiendo sus largos brazos cubiertos de ramas y cargándose de frutos maduros y deliciosos? Y sin embargo en este bello árbol, con todo y ser tan reciente, no han faltado los frutos; quien tenga deseo de conocerlos distintamente, lea el opúsculo que los expone uno á uno, y estoy cierto de que encontrará allí con gusto amplia materia para satisfacer su deseo, en verdad justo y recomendable. En cuanto á mí, no debiendo hacer ahora una exposicion completa de tales frutos sino presentar por vía de ejemplo una rápida muestra, haré como la aveja que vuela ligera de flor en flor libando su cáliz.

V.

El primer pensamiento, la primera mirada de la Sociedad Romana se volvió al Vaticano, como debía ser; esto es, á la más sublime de las autoridades, y convertida en objeto de mayor veneracion todavia, por la más augusta de las desventuras. ¡Ah! si el consolar á la adversidad es obra siempre noble y santa, ¿qué será el alivio dado á

aquel dolor inefable, que más que cualquier otro tiene su origen en el dolor del Gólgota? ¡Ah! si el Vicario de Cristo ve ahora desde su Calvario á los soldados que juegan alegremente al pié de la cruz sus sagradas vestiduras por vosotros y en vosotros ve tambien á los Juanes piadosos estrechándose en torno suyo, para ofrecerle un tributo de compasion, de obsequio y de fé inalterable.

Y cuando el venerado Pontífice ajustó primero los años y despues los dias de Pedro, ¿quién fué el que reunió á toda Roma primero en la Basilica Vaticana, despues en la Madre y Maestra de todas las Iglesias, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio, y á impetrar nuevos años para una vida tan querida y tan preciosa? De vosotros vino el impulso que determinó tanto movimiento, de vosotros la chispa que suscitó tanto incendio: y si aquel memorable 23 de Agosto vió tanto fermento religioso, cuanto no se habia visto hacia mucho tiempo, la gloria de ello es vuestra, señores. Y aquella famosa felicitacion cubierta de veintisiete mil firmas y todas de personas respetables nacidas ó domiciliadas en Roma, que profesan plena adhesion á las doctrinas y á las protestas del gran Gerarca, ¿por quién fué concebida, y hecha circular por tantas manos, sino por vosotros, con aquella inmensa sollicitud que no ven los hom-

bres, pero que el Angel del Señor sí ha registrado en el libro de oro? Si esta gran capital se mostró entónces digna de su nombre, si patentizó con tanta evidencia sus verdaderos sentimientos, si dió un solemne mentís á ciertas arengas que se queria hacer correr por su cuenta, vuestra tambien, vuestra es la gloria.

Y por todo esto fué muy feliz el pensamiento de ofrecer al Pontífice aquel *Nazionale* en que la preciosidad del trabajo superaba á la de la materia: para que así como en otro tiempo el gran sacerdote en ciertas funciones solemnes llevaba escritos sobre el pecho los nombres de las doce tribus de Israel, del mismo modo este nuevo Aaron en el esperado día de sus triunfos portase sobre el corazon como un recuerdo de aquella fé y amor que le profesaba la Sociedad en el día de sus humillaciones.

VI.

Tener alto concepto y ferviente degocion al Romano Pontificado así como era el gravísimo de entre los intereses católicos, fué tambien el principal cuidado de la Sociedad, pero no el único. Ella vió multiplicarse otras mil necesidades en el orden religioso, y corrió solícita á repararlas.

Vió á Jesus en el Sacramento de amor, cuando es llevado á confortar la agonía del moribundo y allanarle el camino del cielo, y encontró que en su tránsito por nuestras calles era despreciado, ó dejando en abandono: entónces los sócios de diversas comisiones corren á hacerle el debido cortejo, y con su presencia y con el canto devoto dan á Dios gloria, un saludable ejemplo á los que los ven, y se suscitan buen número de imitadores.

Vé que el objeto más tierno de nuestro amor, María Santísima, en su templo mayor sobre el Esquilino, es defraudada este año del tributo acostumbrado que le daba la ciudadanía romana, é intérprete fiel de Roma Cristiana, llena este indigno hueco á sus expensas.

Vé á un tiempo mismo heridos cruelmente los sentimientos religiosos de Roma y del mundo con el execrable banquete del Viérnes Santo, y, trémula de ira, contrapone á la sacrílega orgía de los nuevos Baltazares los ayunos de los Danieles y de los Bautistas: cuidó tambien de que la negra impiedad fuese rechazada de otra manera, y fué, estableciendo en la iglesia más cercana un ejercicio perenne de reparación, que recordando el insulto, perpetuase igualmente la satisfaccion.

Junto á estos escándalos que fueron horribles, pero pasajeros y parciales, vió levantarse otros,

tal vez menos graves, pero más permanentes y generales: y á estos opuso la divina palabra publicada en forma de ejercicios en veintidos iglesias de esta santa ciudad.

Escuchó con horror en las calles de la misma de algunos meses á esta parte resonar palabras de blasfemia, y buscó la reparacion con oportunas provisiones tomadas de acuerdo con la Obra Pia preexistente.

Observó con enojo ampliamente profanados los dias festivos con el tráfico y labores, y para detener la sacrilega profanacion levanta una barrera, mediante una Pia Union que germina de su seno y se organiza admirablemente, dejando esperar que presto veremos muy disminuido el monstruoso desorden, y no envidiara más Roma católica á la Protestante Londres su respeto al domingo.

VII.

Si de estas obras estrictamente religiosas se quiere pasar á otras, que podrian llamarse de caridad, el nuevo campo me ofreceria muchos manojos que recoger: pero no puedo ahondar la hoz y debo contentarme de recoger con la mano algunas espigas.

Omito, pues, aquel acto de caridad verdaderamente católica, esto es, universal, que atravesando

los mares y los montes donde quiera que encuentra un hombre besa un hermano: hablo del tríduo celebrado por la pacificacion de Francia, y de los subsidios aprestados á las víctimas de una guerra tan ruinosa. Omito los donativos á los perjudicados por la inundacion del Tíber: omito los cuidados que tomó sobre sí en favor de los clérigos sujetos á la conscripcion militar: omito las donaciones de objetos sagrados para iglesias pobres: tambien paso en silencio los subsidios de una seccion especial de la sociedad suministrados á aquellos generosos militares que en los recientes luctuosos trastornos prefirieron una honrada indigencia al pan de la traicion: más de ochentay seis mil liras supo reunir y erogar esa seccion en solo este objeto; lo cual demuestra por una parte la munificencia de un Personaje altísimo; por otra la generosidad de los contribuyentes, de los cuales algunos han dado cuatrocientas, quinientas y más liras mensuales; y por último la actividad de esta seccion que ha sabido enjugar tantas lágrimas. Pero todas estas cosas las dejo á un lado, porque una caridad de otro género exige de mí especial mencion: la caridad que se ejercita con la clase social más temible y peligrosa, la juventud.

Ya en el seno de la Sociedad misma existe la

Sociedad de jóvenes ligados en santa amistad para sostenerse mutuamente en la fé y en las obras cristianas, en medio de los mil peligros que les rodean. Pero la juventud de fuera del seno de la Sociedad no dejó de reclamar para sí una parte principalísima de sus cuidados.

¿Quién no conoce cuanta sea la importancia de infiltrar en los niños desde los primeros años un sentimiento exacto de la religion, de sus dogmas, de sus preceptos, de sus máximas, en una palabra, de la doctrina cristiana? Estos son los anillos á que está ligada toda la cadena de su vida. Pues bien, esta obra de la doctrina cristiana exitó vivamente el zelo de sus socios, quienes interviniendo personalmente, con la autoridad de la presencia, con la persuasión de la palabra, con el atractivo de las dádivas le dieron tal impulso, que iglesia hubo donde concurriendo catorce niños al catecismo, vió presto subir su número á ciento doce: y el mismo impulso con idénticos medios fué comunicado después á más de treinta parroquias. ¿Quién podrá apreciar dignamente el valor de un bien tan grande? Con ocasion de esto se pudo conocer que muchos no ya niños, sino jóvenes adultos llamados al servicio de las armas, no se habian acercado aún á la mesa eucarística, y entónces la Sociedad á sus expensas los puso en una casa de ejer-

cicios espirituales para prepararlos dignamente al grande acto.

Ni solamente la educacion religiosa, que tambien el establecimiento civil ha sido objeto del empeñoso cuidado de la Sociedad, y de ahí las numerosas escuelas elementales auxiliadas por ella, y otras instituidas enteramente por su propia cuenta: de ahí las otras escuelas, liceos ó gimnacios de Instituto paterno por ella igualmente abiertas, ó promovidas, ó sostenidas. ¿Qué más? ahí esta la obra del patronato de los niños pobres iniciada y creciendo, merced á la cual encontrarán los jovenitos de aquí en adelante segura colocacion con los maestros de Artes y de Negocios que pertenecen á la Sociedad. Padres, que temblais hoy por la suerte de vuestros hijos, tranquilizaos: ya sabeis á quien podreis confiarlos con seguridad.

VIII.

Hasta ahora he circunscrito mis palabras casi únicamente á la esfera de los hechos: ¿pero quién no sabe que los hechos dependen de los principios y no son otra cosa que su aplicacion práctica? Si se quiere, pues, obtener en el orden de los hechos resultados estables y permanentes, es necesario ir á dar á los principios, declararlos, inculcarlos, desenvolverlos de mil maneras á fin de

que se profundizan en los entendimientos: es necesario oponerse con insistencia perpetua á los malos principios y á las doctrinas perversas que corrompen á toda la sociedad moderna: es necesario, en fin, hacer lo que aconsejaba el Apóstol: *prædica verbum, insta opportune importune, argue, obsecra, increpa, in omni patientia et doctrina*. 2. Tim. 4. 2.

Y esto es lo que ha hecho la Sociedad, la cual, viendo propinarse continuamente en tantos libros y periódicos el veneno del error, desde luego ha contrapuesto el antídoto, haciendo circular muchos buenos escritos, procurando la publicacion de algunos á sus expensas: sobre todo, fundó un periódico por medio del cual todos los dias la *Voce della Verità* sonase alta contra el error, y representase dignamente los intereses católicos. Como venga llenando ese periódico su noble mandato, vosotros todos sois testigos de ello, Señores, y mi palabra nada añadiría á su mérito, ni á vuestra estimacion. Diré, sí, para confortar á la prensa católica en general, que vosotros, Apóstoles de la pluma, coadyuvais admirablemente con los Apóstoles de la palabra; y que á vosotros principalmente se debe que en esta Roma aparezcan tan netamente separados y distintos el campo de Cristo y el de Lucifer.

Tiempo es ya de concluir. Os he dado un bosquejo de cuanto ha obrado la Sociedad Romana en los diez meses que cuenta desde su nacimiento. Recoged en vuestro pensamiento lo que os he dicho, ó más bien leed lo mucho y mucho mejor que se contiene en el opúsculo anunciado, y confío en que si al abrir el libro os preguntais á vosotros mismos ¿qué ha hecho hasta ahora la Sociedad Romana? al cerrarlo direis; ¿en tan pocos meses podía haber hecho más?

Yo por mi parte, teniendo en cuenta la naturaleza de la obra, la brevedad del tiempo y los obstáculos en que se ha tropezado, he venido á esta conclusion: que uno de los mayores bienes que de los males presentes ha sabido sacar la Providencia, ha sido precisamente la formacion de vuestra Sociedad: que los intereses católicos han sido eficazmente promovidos por ella, y que pertenecer á esta asociacion, es para vosotros, señores, un placer, un honor, una gloria.

Pero si mucho habeis hecho hasta ahora, mucho más os resta por hacer. El campo que teneis delante de vosotros es vasto y laborioso y para

bien cultivarlo se requieren brazos robustos y numerosos. Por lo cual á vosotros gérmenes primeros de esta Sociedad de felices angurios, fluctuante sobre las olas de males inmensos que cual un diluvio cayeron sobre vosotros, os dirigiré aquellas mismas palabras que dirigió el Señor á los primeros gérmenes de toda la humana familia renaciendo despues del diluvio: *crescite, et multiplicamini, et replete terram*. Gen. 9. 1.

Crescite. Creced en fuerza á proporcion que crece vuestra bella tarea; y puesto que la union engendra la fuerza, establézcase más y más esta union entre vosotros, consolídese y manténgase compacta, aun á costa de sacrificios, si fuere necesario: si todas las fuerzas no tienden á un fin, ó si tienden por diversos caminos sin unidad de direccion, ¿qué sucederá? las fuerzas andarán dispersas en sus procedimientos; á cada paso vendrán á encontrarse, á cruzarse, á elidirse, de modo que el resultado final será escaso ó ninguno, ciertamente nada es más fácil y ha acaecido hasta entre los santos que en las cosas hacederas aparezcan diversos pareceres, más con presentarse fácil y respetuoso á la opinion ajena, con sacrificar, al ménos en la práctica algo de la propia con aquella condescendencia recíproca, hija bellísima de la caridad cristiana, pronto desaparecerán las diversi-

dades, y todas las fuerzas procederán disciplina. das y gallardas hácia el término con unidad de impulso, de fin, de direccion. Entónces la Sociedad será fuerte como una ciudadela: *frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma*. Prov. 18, 19. Union, pues, si se quiere fuerza, y condescendencia recíproca si se quiere union.

Crescite et multiplicamini. Creced no solamente en fuerza, sino tambien en número: y este número ya desde ahora tan considerable, se haga más y más grande é imponente. Bien sé que los malvados se ocupan con mil artes no solo en impedir vuestra propagacion, más tambien en extinguir vuestra vida. Sé que no han escaseado ni las insinuaciones malignas, ni las desvergonzadas calumnias, ni las amenazas más ó ménos abiertas, y ni aun la promulgacion de vuestros nombres en las columnas de sus periódicos, esperando acaso que bajo el peso de tales intimidaciones la Sociedad callase y acabara por disolverse. ¿Pero qué han obtenido de sus maquinaciones? ¿Quién de vosotros ha desmentido la calificacion que se merece? ¿Quién se ha retirado ante el espectro del miedo?..... ¡Hombres generosos! os habeis gloriado de aquella oposicion, y con razon. Si se os ha puesto la mira, si contra vosotros se alza tanta queja, es que sois apreciados, porque las personas y las cosas de

poco valor se dejan pasar inapercibidas: y si los mismos adversarios muestran apreciaros, justo es que alta la frente y con paso franco y seguro prosigais vuestro camino. Por otra parte ¿qué maravilla es que encontreis contradicciones? Yo leo escrito en vuestra bandera: *Domino Christo servire.* Col. 3, 24: ¿y es esta acaso la vez primera en que la bandera de Cristo es contrariada por Lucifer y por sus hijos? Este mismo odio es indicio seguro de que sois activamente fieles á vuestra bandera: es un signo evidente de que vuestra existencia no es estéril vegetacion, sino vida fecunda: y por tanto, la satisfaccion que querian tener los malos de ver disolveros por vosotros mismos, no, no la tendrán. Si la Sociedad debe morir, morirá de muerte violenta, no de consuncion: morirá aplastada por la fuerza y por la prepotencia, no arruinada por debilidad interna: morirá como el soldado en el campo, no en la tienda ó en la fuga. Pero hasta ahora ni una ni otra muerte parece próxima, y ántes bien el número siempre creciente de los socios, y su actividad á un tiempo férvida y prudente hacen presagiar una vida cada dia más florida y vigorosa.

Multiplicamini et replete terram. Sí, que la luz de vuestro ejemplo se difunda por todo el mundo, y lleve consigo vida y calor: que vuestra Sociedad

sea como una chispa que prenda otras muchas por todas partes: ó por mejor decir, aquel hermoso árbol que tendiendo sus raices al pié del Vaticano, á semejanza de la planta evangélica vea multiplicarse largamente sus mugrones, y cubrir con sus ramas toda la tierra. Ya de Venecia, de Sicilia, de Cerdeña y aun de Francia, se ven salir bellamente estos mugrones, y extender sus brazos hácia la madre planta, pidiéndole apoyo y alimento: y de esta manera comienza á tener aplicacion para vosotros en todas sus partes aquella divina palabra: *crescite, et multiplicamini, et replete terram.*

XI.

¡Señores! Estais hechos ahora espectáculo del cielo y de la tierra: y aunque lo quisieseis, no podríais substraeros á sus miradas; sobre vosotros tiene fijos los ojos la Santa Iglesia, y consuélase en sus penas de ver que no falta quien decorazon se encargue de sus divinos intereses: á vosotros vuelve sus ojos el venerando Pontífice, y le aliena el que entre tantos objetos como contristan su mirada, aun le queda donde posarla complacido: á vosotros mira esta Roma, que de vosotros aguarda la salud: á vosotros todo el orbe católico, que de vosotros aguarda grandes ejemplos y grandes alientos. ¿Quién querrá desdecir de su noble em-

presa? Animo, pues, Señores, y bajo el soplo potente del Espíritu Santo, que vamos á invocar, entrad férvidos en el segundo estudio de vuestra carrera, siempre preparados á ocurrir allí donde haya un bien que hacer, ó un mal que reparar. Vergüenza al egoísta que dejaria sacudirse el cielo y la tierra por no darse molestia alguna. Honor al generoso que sacrifica las propias comodidades y su quietud privada al bien de sus hermanos, y que á todo llamamiento responde: aquí estoy.

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL SEÑOR

PREBENDADO DE LA SANTA

IGLESIA METROPOLITANA

DE MEXICO,

Lic. D. Epigmenio de la Piedra.

Edición de La Voz de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1873.

IMPRENTA DE LA "VOZ DE MEXICO."

Escalerillas número 21.

presa? Animo, pues, Señores, y bajo el soplo potente del Espíritu Santo, que vamos á invocar, entrad férvidos en el segundo estudio de vuestra carrera, siempre preparados á ocurrir allí donde haya un bien que hacer, ó un mal que reparar. Vergüenza al egoísta que dejaria sacudirse el cielo y la tierra por no darse molestia alguna. Honor al generoso que sacrifica las propias comodidades y su quietud privada al bien de sus hermanos, y que á todo llamamiento responde: aquí estoy.

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL SEÑOR

PREBENDADO DE LA SANTA

IGLESIA METROPOLITANA

DE MEXICO,

Lic. D. Epigmenio de la Piedra.

Edición de La Voz de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1873.

IMPRENTA DE LA "VOZ DE MEXICO."

Escalerillas número 21.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

APUNTES BIOGRAFICOS.

El 13 del próximo pasado Junio, ha dejado de existir el Presbítero Lic. D. Epimenio de la Piedra á la edad de ochenta y un año. Su vida como sacerdote y como ciudadano salvará su memoria del olvido. Apenas tenía veintinueve años, cuando fué nombrado cura interino de la pintoresca y fertilísima villa de Yautepéc; y nueve después, pasó de propietario á la de Jantetelco; y de allí, á la de Tenancingo, donde permaneció treinta y ocho, viniendo por último á morir de canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana. Desinteresado en grado superlativo, empleaba su dinero en beneficio de sus parroquias, reconstruyéndolas y adornándolas con buen gusto y lujosa sencillez; ni se limitaba á solo esto su genial liberalidad, gastaba también en beneficio público, ya componiendo y arreglando calles y caminos, ya costi-

mulando la mejora de la agricultura, y de las artes. Descubrió á corta distancia de Tenancingo unas canteras de mármol de varias clases y colores: hizo construir una máquina sencilla é ingeniosa para acerrarlo en láminas y pulimentarlo con perfeccion. Estimuló á algunos artistas laboriosos hasta animarlos á emprender la estatua del heroico cura D. Miguel Hidalgo y Costilla; y él mismo dirigió la conduccion y colocacion de ella sobre su pedestal en la plaza de Toluca, el 16 de Setiembre de 1851, siendo gobernador del Estado el Sr. D. Mariano Riva Palacio, quien hizo la debida estimacion de aquel ensayo ejecutado por unos artistas aficionados á la escultura y estatuaria. Su constante actividad no alcanzaba otro reposo que el del sueño indispensable para reparar las fatigas del dia, con el cual comenzaban las tareas de su ministerio y las de pública beneficencia; empleando sus ratos de ocio en estudiar las mejores obras eclesiásticas y profanas, para lo que auxiliaban poderosamente los cinco idiomas que poseía, á saber, latin, frances, italiano, mexicano y español, pudiendo decirse con verdad, que su placer consistia en el cumplimiento de todos sus deberes; su ambicion en adquirir sabiduría y su gloria en practicar la virtud. Severo y rígido en su conducta; pero de corazon noble y franco, se captó el amor

5
y el respeto de sus feligreses, á quien amparé y defendió siempre en los conflictos y públicas calamidades con la intrepidez y resolucion con que un leon defenderia á sus cachorros, porque lo dotó Dios de un valor á toda prueba, de una resolucion heroica y de una firmeza incontestable.

Jóven aún y recién ordenado, fué á Tepecuacuilco, dónde se hallaba de cura su tio D. Ignacio de la Piedra, á tiempo que D. Agustin de Iturbide, en el vecino pueblo de Iguala, combinaba su plan de independencia, que aún no revelaba á las fuerzas realistas de que era coronel. Llegando las cosas á su maduros, preguntó un dia de quién podria valerse para una comision que requeriria valor y talento y que no podia encomendar á ningun militar. Le fué propuesto desde luego como el más á propósito el padre Piedra, que le dijeron que estaba en Tepecuacuilco como vicario de su tio y le dieron tales informes de las cualidades requeridas, que le hizo llamar para conocerlo y calificarlo por sí mismo. Hasta entónces el futuro libertador, solo era conocido como el gefe mas terrible de las fuerzas realistas; y como el padre Piedra, con su genial franqueza, acostumbraba hablar sin cantela sobre la libertad de su patria, receló que tal vez alguno le habia delatado y que aquel llamamiento tendria por objeto aprehender-

lo y quizá cosa peor, pues la terrible lucha de la insurrección comenzada por el Sr. Hidalgo, no daba cuartel, y se procedía entonces con tanto más vigor, cuanto que se trataba de apagar enteramente el fuego de la revolución, que se creía casi extinguido. Obedeció sin embargo, y se presentó afrontando sereno el peligro que le amenazaba. El Sr. Iturbide lo recibió con afabilidad y tomándolo aparte comenzó á iniciarlo en el heroico proyecto; mas el padre Piedra oyó con desconfianza aquella iniciación misteriosa y extrañísima en aquel jefe, congeturando que se le tendía una red para hacerles descubrir sus opiniones; empero su carácter resuelto le impelió á decirles éstas testuales palabras: "No sé si U. S. me tiende un lazo por lo que hayan venido á contarle; más si así fuese, deme U. S. por caído en él; pues ésas son mis opiniones y mis deseos." Este rasgo le bastó al Sr. Iturbide para revelarle todo el plan y darle la peligrosa comisión de venir á México á entregarlo al virrey D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito y le puso por compañero á D. Antonio Mier, persona de edad avanzada y de carácter tímido, que se sintió como arrebatado por el intrépido genio de aquel jóves clérigo.

Caminó sin descanso hasta poner los pliegos del plan en las manos del Virrey, quien encendido

de ira, le hizo aprehender inmediatamente haciéndolo conducir primero á la cárcel arzobispal, y pocos días después á una estrecha celda de San Fernando, absolutamente incomunicado. En aquella prisión pidió un día á un lego de la orden, unas navajas para afeitarse; y al devolverlas, aprovechando el descuido de haberle dejado abierta la puerta, logró fugarse disfrazándose lo mejor que pudo y se ocultó en la casa núm. 4 del callejón de la Condesa, donde vivía D. Juan Landgrave, español empleado en la administración de una garita y á quien conocía y trataba desde que era colegial de San Ildefonso, porque á su casa iba los días de azueto y era muy estimado de toda la familia.

Luego que se advirtió su evasión, circularon órdenes de vigilancia á todas las garitas y se dictaron las más activas providencias para su reaprehensión; mas logró frustrarlas, disfrazándose de mujer, para lo que le favorecía su baja estatura y su natural robustez; y como no tenía barba espesa y estaba recién afeitado, pudo simular perfectamente una mujer pobre, que en una humilde cabalgadura y con un hombre á las ancas, salía de la ciudad á medio día, envuelta su cabeza en un pañuelo y terciado un rebozo al hombro, cual acostumbraban y aun acostumbran

caminar las gentes de la clase vulgar; mas no faltó quien designara como lugar donde se le aprehend eria, el pueblo de Juitepec, inmediato á Cuernavaca, plaza ocupada entónces por la brillante division de Márcos Donallo, á quien ordenó mandara un pique de su tropa á capturarlo en aquel pueblo.

Después de buscarlo en varias casas, se dirigian á catear el curato presumiendo que allí se habria escondido, y él entretanto, merced á su disfraz femenil, los veia pasar, recargado con imperturbable serenidad en la cerca de piedra que formaba un costado de la plaza. En la noche siguió su marcha á la hacienda de Treinta, donde los Sres. Valdovinos cambiaron su disfraz en el de caporal con su cotona y armas de cuero, su reata á los tientos de la silla y un sombrero ordinario de ar cha falda: diéronle un caballo muy bueno, aunque de poca apariencia, y le acompañaron un mozo de confianza, que no parecia sino su compañero en el servicio de la hacienda; y marchando así por senderos extraviados, llegó á juntarse en Hueta mo con el Sr. Iturbide, á quien siguió en toda la empresa militar que terminó tan pronto y con tan glorioso escrito. Preparábase ya el Libertador en Tacubaya á verificar su entrada triunfal en Mé xico cuando se despidió de él dándole un abrazo

de enhorabuena; y á semejanza de las palabras del profeta Simeon, le dijo: "ya puede el Señor acordarse de mí, pues han visto mis ojos la redencion de mi patria: ahora voy á buscar un balcon ó azotea, desde donde pueda ver la triunfal entrada del héroe que ha sabido libertarla." No volvió á verlo, y ni siquiera pensó pedir jamás recompensa alguna. Tal vez, en consideracion á estos hechos, el general Santa-Anna, en mil ochocientos cincuenta y tres, lo condecoró espontáneamente con la cruz de Guadalupe.

Fué elegido diputado al Congreso constituyente, del cual era secretario cuando se concluyó la constitucion de 1824; que llevó en comision al general D. Guadalupe Victoria, primer presidente de la república. Tambien fué dos veces diputado al congreso del Estado de México y se hizo notable siempre por la firmeza de su carácter y la invariable constancia de sus opiniones, verdaderamente liberales, aunque dominadas siempre del espíritu religioso, por lo que no pudo transigir con las de los que se llamaron yorkinos y despues puros, que le parecieron heterodoxas y como tales las combatia en el púlpito.

Por esto fué perseguido, hasta el extremo de haber bajado de Toluca á Tenancingo el general O'Horán en Diciembre de 1861 con orden de fusilarlo. Acababa de decir misa, cuando llamándolo á su presencia, le hizo aquella terrible intimacion, á la que contestó: "disponga vd. lo que guste" con aquella grandeza de alma é impávida serenidad que Horacio pondera en el varon justo herido por las ruinas del orbe que se destruyese.

Los principales vecinos del pueblo suplicaron al Sr. O'Horán suspendiera la ejecucion interin iban á Toluca á impetrar del Sr. Berriozabal la revocacion de aquella orden, que no tenia otro fundamento sino saberse, como hemos dicho, que combatia en el púlpito los principios del liberalismo exaltado en cuanto los calificaba opuestos á la religion católica, lo que en caso de estimarse como delito, no podia ser tal que mereciera la última pena y ménos impuesta de un modo tan violento, sin juicio previo y privándole de toda defensa. O'Horán suspendió la ejecucion por 24 horas poniéndolo entretanto en capilla, en la cual siguió el supuesto reo su método de vida acostumbrado, como si se hallara en su casa en plena libertad. Revocada la orden fué llevado á Toluca, donde se le dió por prision la casa de D. Rafael Lechuga, rico hacendado que lo estimaba con íntima y cordial amistad.

A poco tiempo se le puso en libertad; pero se le obligó á separarse de su curato y venirse á México, donde permaneció mas de un año ocupado siempre en las funciones de su ministerio. Por último, el general francés, Bazaine, de infanda remembranza, le obligó á separarse por segunda vez de su curato por los mismos motivos que quedaban expuestos, y receloso de la extraordinaria influencia que tenia en sus feligreses; mas revocada la orden, volvió á poco tiempo á continuar sus tareas con la infatigable actividad de siempre. Atacado de la grave enfermedad de retencion de orina y entrando en edad avanzada, fué cediendo poco á poco aquella constitucion de acero, sin

menguar en nada el temple y energía de su espíritu. Cuando el Illmo. Sr. Arzobispo actual, hizo la visita de aquella parroquia, se dignó calificarla en su auto como el modelo de todas las de su arzobispado y queriendo honrar al decano de sus curas, le instó para que aceptase una canongia, que habia rehusado otras ocasiones por el amor que profesaba á sus feligreses, de quienes era noblemente correspondido. Sea la vehemencia de los afectos que experimentó al despedirse de aquellos sus hijos de treinta y ocho años: sea el agotamiento del camino y cambio de temperatura; ó bien que hubiese llegado el dia del descanso de sus trabajos y premio de sus virtudes, ántes de cumplir un mes de prebendado se agravó repentinamente, recibió todos los auxilios de la religion católica, y conservando sus sentidos y perfecto acuerdo, cerró apaciblemente los ojos y su grande alma voló al seno de su Creador.

Sus feligreses pidieron su cadáver, y previas las licencias de las autoridades respectivas, les fué concedido: puesto en una caja de zinc y metida esta en otra de madera fina lujosamente adornada, se le condujo en un carro fúnebre á Tacubaya, donde el señor cura lo depositó en una capilla, circundando su féretro de macetas con cipreses y flores aromáticas. Al dia siguiente, salió de allí llevado por multitud de personas que vinieron con ese objeto. Los señores curas de las parroquias por donde iba pasando, lo recibian con cruz y ciriales y le cantaban las preces de la iglesia. En Tenancingo, luego que se recibió la noticia del fallecimiento, se cerró el comercio; y aque-

llas campanas, que por tantos años sonaron á su mandato, manifestaron con sus graves clamores el duelo universal de la poblacion. Las autoridades civiles se dignaron salir á recibir el convoy fúnebre, y en cada ángulo del cuadro de la plaza, le pusieron posas, donde se le cantaron las preces de la iglesia y se pronunciaron oraciones fúnebres. Al dia siguiente se celebraron con la mayor pompa sus exequias y se colocaron sus restos en su sepulcro. Así honró su pueblo á su anciano y querido pastor; y concluyendo estos apuntes por donde tal vez debieran comenzar, diremos, que así terminó la dilatada carrera de su vida que comenzó en Tasco el 14 de Marzo de 1792 el primogénito de D. Lorenzo de la Piedra y de D^a Guadalupe Aureoles, ambos de las mas distinguidas familias de Tasco y Zacualpan: el patriótico colaborador de la independencia, por la que expuso su vida, sin esperar ni pedir jamas recompensa alguna: que vivia como Sócrates, predicaba como Masillon y habia sufrido terribles persecuciones, sosteniendo la justicia y la religion: que consagró su vida y su peculio al servicio y bien público: que murió, en fin, con la apacible serenidad de los justos y en la pobreza evangélica, porque habia depositado poco á poco su tesoro en el cielo, donde lo disfrutará en eterna gloria.

México, Julio 5 de 1873.

UN DESCUBRIMIENTO

PRODIGIOSO

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE,

Edicion de La Voz de México.

MEXICO.— 1872
 IMPRENTA A. CARGO DE M. ROSELLO
 Escalerillas número 21.

llas campanas, que por tantos años sonaron á su mandato, manifestaron con sus graves clamores el duelo universal de la poblacion. Las autoridades civiles se dignaron salir á recibir el convoy fúnebre, y en cada ángulo del cuadro de la plaza, le pusieron posas, donde se le cantaron las preces de la iglesia y se pronunciaron oraciones fúnebres. Al dia siguiente se celebraron con la mayor pompa sus exequias y se colocaron sus restos en su sepulcro. Así honró su pueblo á su anciano y querido pastor; y concluyendo estos apuntes por donde tal vez debieran comenzar, diremos, que así terminó la dilatada carrera de su vida que comenzó en Tasco el 14 de Marzo de 1792 el primogénito de D. Lorenzo de la Piedra y de D^a Guadalupe Aureoles, ambos de las mas distinguidas familias de Tasco y Zacualpan: el patriótico colaborador de la independencia, por la que expuso su vida, sin esperar ni pedir jamas recompensa alguna: que vivia como Sócrates, predicaba como Masillon y habia sufrido terribles persecuciones, sosteniendo la justicia y la religion: que consagró su vida y su peculio al servicio y bien público: que murió, en fin, con la apacible serenidad de los justos y en la pobreza evangélica, porque habia depositado poco á poco su tesoro en el cielo, donde lo disfrutará en eterna gloria.

México, Julio 5 de 1873.

UN DESCUBRIMIENTO

PRODIGIOSO

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE,

Edicion de La Voz de México.

MEXICO.— 1872
 IMPRENTA A. CARGO DE M. ROSELLO
 Escalerillas número 21.



UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

I.

EL ANUNCIO.

Amaneció un día en que tenía preocupados á todos los parisienses un escrito autografiado que se había repartido profusamente durante la noche. Su contenido era el siguiente:

“Los que el próximo domingo, 1º de Junio, se encuentren á las doce en punto en la plaza de la Concordia, asistirán á la primera manifestación de la mayor de las revoluciones presentes y futuras:

“La palabra *revolucion* no debe asustar á nadie, pues no se trata de una revolucion política, ó al ménos sus consecuencias políticas y sociales, ya

“que deben ser con el tiempo de mucha trascendencia, no se producirán de una manera inmediata y directa.

“También produjeron en los destinos del mundo revoluciones inmensas la invención de la imprenta, de la pólvora y del vapor, y el descubrimiento de América. Del género de dichas revoluciones es la que se anuncia.

“Verdad es que todas ellas reunidas son una bagatela comparadas con la que se prepara.

“Los que vean su primera manifestación podrán consignar entre sus grandes recuerdos personales una fecha la más memorable en los anales de la humanidad.

“Esta manifestación empezará á las doce en punto en la plaza de la Concordia, y continuará hasta las cinco en los Campos Elíseos, en el jardín de las Tullerías, en los paseos públicos, en los baluartes y muelles, y en todos los demás puntos en que se pueda acumular la muchedumbre al aire libre.

“La autoridad hará muy bien en tomar medidas de orden para evitar desgracias. Tomará también, si lo considera conveniente, las debidas precauciones para prevenir acontecimientos posibles, si bien lo único que puede temer es una afluencia excesiva.

“Los que funden su amor propio en efectar incredulidad respecto de lo que se dice en este anuncio, los que crean ver en él la ilusión de un loco ó algun ridículo engaño, no tienen que hacer más que fijar su atención en la manera inesplicable con que se ha repartido este escrito, para convencerse de que en la presente ocasión no serán los más perspicaces los menos crédulos.

“Aténganse á las pruebas incontestables que, á las doce en punto del día primero de Junio, se darán en la plaza de la Concordia.”

Esta hoja volante se encontró esparcida por todo París, cinco ó seis semanas ántes del primero de Junio, después de una noche oscura y lluviosa. Empleáronse en la distribución todos los medios, hasta los más incomprensibles.

Muchos la recibieron por el correo, y algunos dentro de un sobre sin sello de franqueo. Otros recogieron ejemplares en los patios de las casas, en los balcones, en los alféizares de las ventanas, en los tejados de las boardillas, en las escaleras, dentro de las chimeneas, no siendo en ellas preciso el fuego por lo primaveral de la temperatura. Desde el amanecer recogieron muchos ejemplares los barrenderos y traperos. Los había en todos los monumentos que ofrecían alguna abertura que no había sido cerrada de noche, en los mercados, en las

iglesias, en los teatros, en los salones de la Bolsa y de la Audiencia, [y en los bailes públicos, y en las estaciones de los caminos de hierro. Se les veía entrelazados con las ramas y el follaje de los árboles, se les veía metidos en las agujas de los pararrayos, y enganchados por todas partes y á todas las alturas, donde quiera que había un clavo, una escarpia, una prominencia, un ángulo saliente, una persiana, un techo. Muchos flotaban sobre las aguas del Sena, arrojados por el viento de las cornisas y techumbres. En la plaza de la Concordia, estaba de ellos cubierto el obelisco [de Luxor. Alrededor y á diferentes alturas, hasta llegar á la cúspide, colgaban de una especie de coronas de cuerdas ejemplares enhebrados que agitaba el viento. Trabajo costó despojar de aquellos insólitos adornos al venerable monumento, y si bien se procedió á la operacion desde muy temprano, siendo necesarias al efecto largas escaleras de mano, no se pudo evitar que muchos testigos la presenciasen. Los que, no obstante el mal tiempo, habían pasado en la calle la noche precedente, contaban que les habían caído ejemplares en los paraguas. Aquel día, y en otros sucesivos se cogieron en Paris y en los alrededores pájaros diferentes, palomas, gorriones y golondrinas, que llevaban el escrito atado al cuello con un hilo. Largo tiempo

después se veían aun revolotear no pocos. Hasta en Bélgica, Córcega y Argel se cazaron algunos.

Todo esto era más que suficiente para excitar la curiosidad pública y llamar la atención de la policía.

El público no se ocupaba tanto del contenido de la hoja, como de la manera con que se había hecho el reparto. Recordábase la historia de una casa que en 1848 se llenó de piedras en una sola noche, sin que se haya podido hallar hasta ahora una explicación satisfactoria del fenómeno. Todos se afanaban en explicarse tan sorprendente maravilla; pero todos, como suele decirse, se quedaban en ayunas. Solo en un punto estaban de acuerdo, y era en que los repartidores debían ser numerosos y habían dado una gran prueba de discreción y destreza..... ¿Qué fin se proponían, y qué había en el fondo de todo aquello? Según la opinión más acreditada, todo se reducía á una gran burla de un petardista de buen humor que quería reírse de la credulidad pública. No obstante la reflexión bastante plausible que contenía el escrito, nadie se hubiera atrevido á afectar que creía en algo real. Se reconocía perfectamente que la chanza no valía el trabajo y el dinero que debía haber costado. ¿Pero acaso un bromista repara en peligros? Referíanse muchas anécdotas de escritos

echados á las habitaciones por las ventanas abiertas, y hacíaase también mención de cristales rotos y de una mano cubierta con un guante que algunos decían haber entrevisto, pero no se daba ningún crédito á semejantes cuentos. Los más sagaces suponían que era aquello un reclamo industrial, cuyo autor esperaba que se hubiese hablado de él suficientemente para darse á conocer, ántes de anunciar un nuevo insecticida ó una pomada anticulvítica. En cuanto á ir el primero de Junio á la plaza de la Concordia, no había uno que no dijese que no daría un paso que le había de acreditar necesariamente de demasiado crédulo.

Pero en el fondo, y sin decirlo, los más excépticos se prometían *in petto* asomarse á su ventana como tuviese vistas á alguno de los lugares en que se ofrecía la escena. Los que no gozaban de esta ventaja, meditaban un pretexto plausible para hallarse fuera de su casa y atravesar, si era posible, la plaza de la Concordia el 1º de Junio á cosa de las doce. Y cada cual, en vista de la incredulidad de todos los demás, se figuraba ser el único á quien se había ocurrido semejante idea.

La policía y la autoridad participaban de las impresiones del público, pero se sentían algo más preocupadas. Detrás de aquella pretendida farsa podía muy bien haber alguna segunda intención

política, tal vez un complot. ¿No era quizás un medio ingenioso para atraer á un punto dado una muchedumbre enorme y provocar movimientos populares? Se resolvió ponerse en guardia por lo que pudiera tronar, pero disimuladamente, para no comprometer la dignidad del poder, pareciendo dar importancia á lo que podía muy bien ser no más que una fruslería. Se decidió igualmente no omitir medio alguno para tratar de averiguar el misterio. Se ordenó hacer dos sumarias, una de ellas por medio de la policía y la otra judicial.

El expediente por medio de la policía no requería pretesto alguno. Los comisarios recibieron orden de reunir todos los datos que pudiesen recoger sus agentes, y enviarlos á la prefectura para centralizarlos. En cuanto á la sumaria judicial, estaba suficientemente justificada por las circunstancias del enigmático reparto. Y, ámen de todo, era un reparto no autorizado, pues el impreso no había sido presentado á la autoridad competente, no llevaba nombre de impresor, y hacía sospechar que procedía de alguna prensa autógrafa clandestina. Es posible que no contuviese ningún delito perfectamente caracterizado, pues si bien carecía de timbre, no podía decirse en rigor que se ocupase de materias políticas y de economía social. Pero se hablaba de cristales rotos, lo que consti-

tuía una serie de hechos verdaderamente punibles. Había en todo más de lo necesario para motivar una sumaria en averiguación de los autores, más ó ménos justificables bajo diferentes puntos de vista.

La información de la policía produjo una balumba de documentos. Los agentes recogieron concienzudamente todos los cuchicheos que llegaron á sus oídos. Los *dícese* se multiplicaban incesantemente. No se hablaba de otra cosa en los salones, en las tertulias, en los cafés, en las fondas, en la Bolsa, en la Audiencia; pero donde especialmente se propalaban las especies más inverosímiles, era en los cuartos de los porteros y en las tiendas de comestibles. Desgraciadamente, era casi siempre imposible remontarse á la fuente de la noticia. Ocioso sería referir todos los incidentes que habían engendrado la imaginación, los cuales iban creciendo á medida que pasaban de una boca á otra. Algunos se reproducían con variantes, pero con una persistencia singular, en puntos muy distantes unos de otros.

Un estudiante, que vivía en un cuarto muy alto del barrio chino, contaba que á cosa de las dos de la mañana, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó para coger un libro, y de repente se rompió con estrépito un cristal de su ventana, y cayó al

suelo otro objeto. No le permitió la oscuridad distinguir más. Se precipitó hacia la ventana, la abrió, y nada percibió fuera. Entonces encendió una vela, y encontró un objeto redondo envuelto en un papel en que se leían estas palabras: *por el cristal roto*. El objeto redondo que contenía el papel era una moneda de cinco francos. El papel era un ejemplar autografiado del famoso anuncio.

En los barrios de Mouffetard, de la Bastilla, de la Opera y de los Campos Elíseos, en el de San German, en Montmartre, en Vaugirard y en Montrouge, algunos decían haberles despertado con sobresalto el ruido de un cristal roto, y que en seguida habían hallado junto á la ventana una moneda de cinco francos envuelta del mismo modo que la del estudiante. Otros, entrando por la mañana en su salón, en su gabinete ó en su comedor habían encontrado también, previa la rotura de un cristal, un objeto análogo. Examinada detenidamente la forma de las roturas de los cristales, parecía imposible que estuviesen estas producidas por el solo choque de la moneda de cinco francos.

Era digno de notarse que los cristales rotos, pertenecientes indistintamente á ventanas que daban á la calle ó al patio, no correspondían en ningún caso á habitaciones que estuviesen alumbradas al verificarse la rotura. Era indudable que los

autores del reparto nocturno, que debían ser muchos, habían puesto mucho cuidado en evitar que se les viera. Sin embargo, había quienes afirmaban haber notado algo, y, vista la gravedad del hecho, se les obligó á declarar ante la autoridad judicial.

El encargado de la sumaria era un magistrado de reconocida confianza, á quien se entregaron los voluminosos informes recogidos en la prefectura de policía. Dejó á un lado todo lo que presentaba un carácter demasiado fabuloso, como, por ejemplo, las declaraciones inadmisibles de personas que pretendían haber distinguido en los aires un bulto negro, de figura casi humana, entre otros dos bultos informes á quienes sostenían ó que le sostenían, gesticulando como un sér fantástico, y moviéndose con una rapidez que ya que no igualase á la de una bala de cañón excedía á la de un venejo. El juez no hizo caso más que de los hechos que ofrecían alguna verosimilitud ó al ménos alguna posibilidad. Oyó á todos los que habían tenido cristales rotos y recibidos monedas de cinco francos, siendo estas provisionalmente retenidas como cuerpos del delito. Pero ni el año de la acusación ni otra señal alguna característica pudo suministrar indicios útiles. Se recogieron doscientas próximamente, lo que representaba para el solo objeto del reparto un gasto de 1,000 francos. Los

impresos enviados por el correo, que pasaban de dos mil, aunque no era posible determinar el número de una manera precisa, habían costado solo en sellos más de 200 francos, sin contar el gasto de exceso de peso de unas cincuenta cartas. Por las investigaciones practicadas en correos se pudo saber únicamente que las cartas habían sido presentadas al franqueo por un individuo de quien ningún empleado hizo el menor caso. Dijo llamarse *Nagrien*, lo que es un nombre supuesto, y supuestas eran también las señas que dió de su casa. Se probó que las roturas de los cristales se habían verificado casi simultáneamente ó á intervalos muy cortos en barrios muy distantes unos de otros, de lo que parecía lícito deducir que los repartidores no bajaban de cincuenta y eran tal vez más de ciento, sin contar el número mucho mayor aun de los que habían ido distribuyendo impresos por todas partes. Muy caro debió costar aquel personal, y mucho dinero se tuvo que invertir en autografías ejecutadas clandestinamente. Por lo demás, á nada condujeron las multiplicadas revisiones de los caracteres autografiados, la letra de los sobres de las cartas recibidas por el correo, la clase del papel empleado, las cuerdas y cordeles colgados del obelisco y demás reconocimientos peculiares. Completamente infructuosas fueron las

averiguaciones que se hicieron en los almacenes de papel, en las cordelerías y en los puestos de pájaros. Se apuntaron con la mayor minuciosidad las declaraciones de algunos sujetos de que hemos ya hecho mencion, los cuales decian haber visto algo más que los otros.

Seis personas que al salir del teatro habian cenado y jugado en casa de uno de ellos, en una pieza bastante reducida de un cuarto cuarto, á cosa de las tres de la mañana abrieron la ventana para que se renovase el aire saturado de humo de tabaco, y un instante despues cayó dentro de la habitacion una multitud de anuncios. Nada se vió en el exterior, y solo uno de los concurrentes dijo que habia creído distinguir en el tejado de la casa de en frente una sombra negra que se deslizaba detras de una chimenea. Llamóse á declarar á todos los vecinos de dicha casa, y solo se supo que al dia siguiente uno de ellos habia encontrado algunos ejemplares en las dos chimeneas de su cuarto.

En otro barrio un médico habia sido llamado por la noche para ir á visitar un enfermo. Una feliz casualidad quiso que su criado, que tenia una luz en la mano, abriese la puerta del dormitorio de su amo en el acto de romperse con estrépito un cristal de la ventana. El médico y su criado afirmaron categóricamente que al trasluz del traspas-

rente habian visto una mano con un guante grueso, parecido á los que se usan en las salas de armas, que, despues de romper el cristal, dejó caer un objeto en su habitacion y desapareció luego. Fuera de la casa no vieron nada.

Otras dos personas, que eran marido y mujer, hallándose dispiertas en el momento de romperse un cristal de su cuarto, dijeron tambien que habian visto, aunque algo más vagamente, una mano con guante, gracias al resplandor proyectado en la ventana por el mechero de gas de un farol de la calle.

Otras muchas declaraciones se tomaron que no hay necesidad de referir, sin que fuese posible prender á nadie como acusado de una complicidad ó participacion cualquiera. Todos aquellos sobre quienes habia recaído momentáneamente alguna sospecha se justificaron de la manera más satisfactoria, y hubo que sobreseer en la causa.

Las conclusiones que de sus pesquisas sacaron el prefecto de policía por una parte y por otra el juez, fueron las siguientes:

Que nada se podia afirmar acerca de la naturaleza del objeto de aquel reparto de impresos, si bien dicho objeto era evidentemente grave y debia desecharse la idea de una simple broma;

Que los repartidores habian sido demasiado numerosos;

Que se habian tomado demasiado trabajo y habian dado pruebas de una habilidad demasiado profunda;

Que la distribucion habia debido ocasionar gastos demasiado considerables;

Que se habia guardado demasiado bien el secreto.

En cuanto á la explicacion de los medios empleados, era por entónces imposible. Probablemente se encontrarian más adelante. Pero urgia mucho estar prevenido á todo evento.

Algo llegó el público á traslucir de todo esto. Se supo que habia una informacion, en la cual se tomaba declaracion á muchos testigos. La incredulidad general disminuyó bastante.

Cada periódico habia referido y comentado las cosas á su manera, como es costumbre. El primer dia todos ellos solo se permitieron algunas indicaciones chuscas sobre el reparto nocturno, que calificaron de muy extraño, pero sin darle ninguna importancia, aconsejando todos á sus lectores que se pusiesen en guardia contra las exageraciones y fábulas mezcladas al parecer con la mayor parte de las narraciones. Estas al dia siguiente se multiplicaron de tal manera, que hubo necesidad de

dar algunos pormenores, y todos los periódicos reprodujeron el texto del anuncio, acompañándolo cada cual de su correspondiente comentario, dictado generalmente por un perfecto excepticismo. Pasados algunos dias, nadie quizás hubiera vuelto á hablar del asunto, si á un diario no le hubiera ocurrido tomarlo por lo sério, con lo que provocó una carcajada unánime. El inocento y cándido periódico se llamaba *El Universal*. Al cuarto dia publicó un largo artículo en que enumeraba todas las circunstancias, tan numerosas como inexplicables, que estaban al parecer bien averiguadas, partiendo de ellas para sostener que hombres capaces de haber rechazado tan gran prodigio no podian ser farsantes ni charlatanes vulgares, que lo más prudente era, ya que no creer ciegamente en algun portentoso descubrimiento, aguardar al ménos el 1º de Junio ántes de echarlo todo á barato. En cuanto á él, confesaba muy alto que se sentia más dispuesto á creer que á dudar. Hasta llegaba á aventurar una hipótesis. Le parecia probable que se habia hallado un medio de dar direccion á los globos. Segun todas las apariencias, los repartidores nocturnos eran aeronautas dirigidos y amestrados por el inventor. Y tal vez el 1º de Junio se verian navegar por encima de Paris centenares de globos obedeciendo todos los impulsos que tu-

viesen á bien comunicarles los conductores que tripulasen los esquifes.

El *Universal* quedó abrumado bajo el peso de pullas y sarcasmos, ya que no de buenas razones. El que más formalmente se dignó discutir con él, solo le hizo observar que una invencion semejante habría requerido una multitud de experimentos que no podian quedar profundamente ignorados. No se podian suponer ménos de trescientos repartidores. ¿Cómo admitir que trescientos globos, susceptibles de ser dirigidos, hubiesen podido construirse sin que nada se trasluciese? ¿Cómo suponer que hubiesen podido ser hinchados de antemano, lo que es una operacion bastante larga y que requiere un personal numeroso, y luego practicar sus evoluciones en Paris durante toda una noche, sin que nadie percibiese uno solo de ellos? Además, ¿no estaba científicamente demostrado que el globo aerostático susceptible de ser dirigido es una pura quimera, no pudiéndose hallar en el aire suficiente resistencia, y siendo necesario dar á los globos dimensiones que no guardan proporcion alguna con ningun motor aéreo posible? Todo esto fué dicho incidentalmente en medio de innumerables epigramas. *El Universal* no dió su brazo á torcer, ni hizo caso alguno del ridículo en que se pretendia envolverle, oponiendo á los di-

charachos argumentos sólidos que dieron en qué pensar á muchos incrédulos. Ganó en la polémica numerosos suscritores. Al mismo tiempo se hicieron públicos algunos pormenores de la sumaria en que habian figurado ya tantos testigos. Se desechó desde luego la hipótesis de un gran número de globos susceptibles de ser dirigidos, no siendo posible conciliarla con la infructuosidad de las pesquisas de los tribunales y de la policía. Pero empezó á sospecharse que habia en todo aquello algo de muy formal, puesto que se ponian en juego medios de investigacion tan poderosos. Los que más lo tomaban todo á broma empezaron á pasarse á las filas de *El Universal*, el cual no tuvo inconveniente en declarar que no se aferraba á su hipótesis de multitud de globos, y se limitaba á sostener contra todos sus adversarios que algo extraordinario sobrevendria el 1º de Junio. Los demás periódicos no las tenian ya todas consigo. ¿No habrian representado un papel muy desairado, si el acontecimiento daba la razon á un contendiente, como empezaba ya á parecer ménos imposible? Todos se dispusieron á un habilidoso cambio de frente para el caso en que hubiese necesidad de rendirse á la evidencia.

Llegaron luego los ecos de la impresion producida en las provincias, la cual en un principio no

fué más que la repercusión de la que en París tomó las apariencias de un completo excepticismo. Pero muy pronto varió todo de aspecto. En las provincias hay más tiempo de leer y reflexionar, y *El Universal* adquirió en ellas muchos prosélitos. La generalidad se abandonó sin ninguna vergüenza hipócrita á los ardores de una violenta curiosidad. Muchos hicieron su maleta para hallarse en París el 1º de Junio. Las compañías de ferrocarriles pensaron en organizar trenes de placer á precios módicos, y los hubieran organizado indudablemente si á ello no se hubiera opuesto la discreción del gobierno.

Sin embargo, faltaban aun diez dias para terminar Mayo, y ya la gente empezaba á estar cansada de oír hablar siempre de una misma cosa. No hay objeto de conversacion que á fuerza de manosearlo no se haga al fin pesado. Dejose de hablar casi enteramente del misterioso anuncio de que se hallaba ya saturada la atención pública, y se hizo de moda declarar que toda alusion al 1º del próximo Junio ó al reparto nocturno era de mal gusto é irritaba los nervios más aguerridos. Hubiérase dicho tres dias ántes del 1º de Junio que nadie habia de dar un paso para buscar la llave del enigma, cuando una nueva circunstancia despertó de repente las preocupaciones adormecidas.

Hubo un segundo reparto nocturno, no ya de una hoja autografiada, sino de medallas de hoja de lata, algo mayores que una moneda de cinco francos, las cuales se distribuyeron con la misma profusion que el anterior anuncio, pero sin rotura de cristales ni mano cubierta de guante percibida por algunos. En dichas medallas estaban grabadas groseramente, pero en caracteres muy inteligibles, las siguientes palabras:

DOMINGO

1º DE JUNIO,

á las doce

PLAZA DE LA CONCORDIA.

Además se observó una cosa singular encima de la casa en que estaban las oficinas de *El Universal*. Este periódico ostentaba en el alero del tejado entre dos chimeneas una muestra de palastro en que se leía su título, con gruesos caracteres que podian verse desde muy lejos. Durante la noche se habia puesto encima de la muestra una gran bandera blanca, sin más lema que el siguiente, escrito en letras que tenian dos metros de altura:

¿ANIMO?

Se averiguó perfectamente que nadie durante

la noche había podido subir al tejado. Por último, el obelisco de la plaza de la Concordia se había emperegilado con un nuevo adorno que consistía en una especie de gorro de dormir delienzo blanco que formaba cuatro caras, leyéndose en cada una de ellas:

AQUI

DOMINGO

1º DE JUNIO

á las doce.

Esta vez no se contentó la gente con preocuparse, sino que empezó á no avergonzarse de su preocupación. Los estudiantes, los trabajadores, el pueblo de los arrabales, sobreponiéndose á todo respeto humano, se abandonaron francamente á una curiosidad que se hizo contagiosa. En el *Jockey-club* y en todas las reuniones se hicieron grandes apuestas en pro ó en contra de la realidad del acontecimiento que se esperaba. Hasta los bolsistas se persuadieron de que el 1º de Junio influiría en uno ú otro sentido en los fondos públicos, y se dividieron en alcistas y bajistas. Las mujeres expresaron enérgicamente su deseo de ir á ver la función, con gran contentamiento de los maridos, que hallaron en la curiosidad de sus caras mi-

tades un pretesto para satisfacer la suya. La gente del pueblo, sobre todo, se dispuso para invadir en masa la plaza de la Concordia. En cuanto á los individuos de las demás clases, los había que no tenían gran miedo á los apretones de la multitud, y se resolvieron á arrostrarlos. Los que temían ser estrujados se procuraron ventanas en los baluartes ó en los muelles. La calle Real era el blanco de todas las ambiciones. Uno de sus vecinos, que no debía ser rana, tuvo la feliz ocurrencia de poner el 29 de Mayo pegado á la pared de su casa un cartel que decía: *Se alquilan ventanas para el 1º de Junio*. El ejemplo fué inmediatamente seguido y se propagó, como el incendio de un reguero de pólvora á los baluartes, la calle de Rívoli y los malecones. Todas las localidades se alquilaron á precios fabulosos, que revelaban una curiosidad llevada á su paroxismo. A las cinco de la tarde del 31 de Mayo no quedaban ya más que algunos carteles en los barrios más lejanos de la plaza de la Concordia.

Era indudable que la concurrencia sería enorme, y acerca del particular no cabía á la autoridad la menor duda. Todas las tropas se pusieron sobre las armas en sus cuarteles, y se reforzaron y amunicionaron las guarniciones vecinas. La artillería se puso en disposición de funcionar, con las piezas ata-

lajadas en los patios de sus cuarteles. Verdades que todas estas precauciones se tomaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París á pié y á caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decia que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se habia salido con la suya.

PARÉNTESIS.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrian á algunos parecer imposibles y á otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicacion científica de una manera bastante inteligible, como van á ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podria parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

II.

LA INVENCION.

Me costó algun trabajo percibir con claridad y o mismo la primera idea de mi invencion.

Una especie de intuicion vaga me decia que seguia un camino extraviado, obstinándose en querer dar direccion, por medio de motores comunes, á los vehículos aéreos, ménos ó más pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas ó hélices destinados á producir la locomocion, tanto más necesaria habia de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razon del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigian provision de agua y combustible. No se puede aumentar la po-

lajadas en los patios de sus cuarteles. Verdades que todas estas precauciones se tomaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París á pié y á caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decia que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se habia salido con la suya.

PARÉNTESIS.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrian á algunos parecer imposibles y á otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicacion científica de una manera bastante inteligible, como van á ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podria parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

II.

LA INVENCION.

Me costó algun trabajo percibir con claridad y o mismo la primera idea de mi invencion.

Una especie de intuicion vaga me decia que seguia un camino extraviado, obstinándose en querer dar direccion, por medio de motores comunes, á los vehículos aéreos, ménos ó más pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas ó hélices destinados á producir la locomocion, tanto más necesaria habia de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razon del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigian provision de agua y combustible. No se puede aumentar la po-

tencia de los medios sino aumentando, en una proporcion mayor aun, la dificultad del resultado. La concepcion de *globos susceptibles de ser dirigidos*, ó de un vehículo cualquiera que recibiese el impulso de alguno de los motores conocidos, implicaba contradiccion en mi concepto, constituia un verdadero círculo vicioso, una imposibilidad, hija del absurdo. Se requeria otra concepcion primordial, radicalmente distinta.

Reflexioné acerca de los motores hasta entonces mal conocidos, mal estudiados, ó, por mejor decir, no descubiertos, que podria suministrar la naturaleza.

Se me ocurrió desde luego la *gravitacion*. La gravitacion es evidentemente una gran fuerza, una fuerza enorme, que funciona sin mecanismo, lo que es una condicion precisa. ¡Qué energía en el descenso de un peñasco que cae desde la altura de un centenar de metros! ¡Qué poder en las fuerzas que determinan el movimiento de los cuerpos celestes!

Pero la gravitacion no es una fuerza que puede dirigirse. Tiene para nosotros un centro de direccion único, el centro mismo del globo, en cuya superficie pueden realizarse los fenómenos que están á nuestro alcance.

La gravitacion era un motor exactamente inverso al que necesitaba.

Esta idea de exactamente inverso fué un rayo de luz. ¿La gravitacion no tenia su contrario?

Debia tenerlo. El doble fenómeno de atraccion y repulsion se observa en las combinaciones químicas y en la composicion de los cuerpos. La ciencia tendia ya á referir todos los fenómenos físicos que presenta la materia á una causa única: el movimiento molecular, del cual el calor, el sonido, la luz y la electricidad no son más que manifestaciones distintas, si bien iba demasiado léjos desconociendo el dualismo de esta primera causa que pretendia referir á la unidad absoluta, explicando los fenómenos repulsivos por los mismos impulsos exteriores de átomos de éter con que explicaba los fenómenos atractivos, y rebajando á la categoría de la hipótesis condenadas la concepcion de las dos electricidades, *positiva y negativa*.

En aquella época no se conocia la electricidad, de la cual, sin embargo, nos serviamos. Se tenia el telégrafo eléctrico, invencion que hoy parece hasta trivial, pero que entonces pasaba por el *nec plus ultra* del génio de la ciencia práctica. Se sospechaba confusamente que habia alguna relacion entre la electricidad y la imantacion, pero nadie sabia darse exacta cuenta de la identidad de aque-

llos fenómenos, de que la chispa eléctrica, el magnetismo, el galvanismo, la imantacion, la gravitacion y las afinidades químicas no son más que manifestaciones diversas. Acasó se diga que es un mérito muy escaso el que he contraído, descubriendo que la gravitacion y la electricidad son una sola y misma cosa, descubrimiento que hasta entónces habia permanecido en el estado de pura hipótesis, apenas sospechada y de ninguna manera demostrada. ¡Siempre la historia del huevo de Cristóbal Colon! Todo problema parece fácil de resolver cuando está ya resuelto.

Nadie puede figurarse cuántos esfuerzos, cuántas meditaciones, cuántos trabajos, cuántos experimentos, cuántos dolores y cuánta perseverancia me costó llegar á esta fórmula: la gravitacion no es más que uno de los modos de manifestacion de la electricidad.

La electricidad es, si así puede decirse, la gravitacion elevada á su mayor potencia. Es una especie de frenesí, de locura, de atraccion.

Presenta los dos inversos, que se expresan con las palabras de electricidad positiva y negativa. De la misma manera, la gravitacion propiamente dicha, ó positiva, tiene por inverso la gravitacion negativa, ó anti-gravitacion.

Su doble accion produce el movimiento de los

cuerpos celestes, y esta teoría completa el descubrimiento de Newton. La gravitacion no explica más que la mitad del fenómeno, como, por ejemplo, la fuerza que sujeta la tierra á cierta distancia de los que le atrae. Pero para darse la razon de que la tierra atraida por el sol no se junte con este, habia necesidad de suponer una fuerza de impulsión original producida de una vez para siempre y resolviéndose en fuerza centrífuga. No se conocia la naturaleza de esta fuerza, que no es original sino continúa, y tiende á alejar la tierra del sol hácia el cual la gravitacion tiende á atraerla. Esta fuerza es la anti-gravitacion, ó gravitacion negativa, ó fuerza de repulsion, una de las formas de la electricidad negativa. Las dos gravitaciones, positiva y negativa, obran á la vez, en sentido inverso una de otra, siguiendo un ángulo cuya resultante, que á cada instante varia, produce la revolucion de cada planeta alrededor de su sol y de cada satélite alrededor de su planeta.

El motor existe en la naturaleza. No se trataba más que de apoderarse de él, de moderarlo, de volverlo manejable y utilizable.

Esta era la parte más árdua de mi empresa. ¡Cuántas orgías, cuántos experimentos, cuántas tentativas infructuosas, ántes de llegar á la creacion de los dos cuerpos electro-metálico-químicos

á que he dado el nombre de *pos* y *neg* abreviando los vocablos *positivo* y *negativo*! ¡El *pos*, amarillo como el oro, sólido como el platino, fusible á una temperatura que tan difícil es de obtener! ¡El *neg*, blanco como la plata, ligero como el aluminio, poroso como la piedra pómez! Aislados, se conducen como todos los demás cuerpos, caen á tierra y obedecen las leyes de la sola gravitacion. Su juxta-posicion es quien les da sus cualidades particulares, así como los discos sobrepuestos de zinc, cobre y bayeta convenientemente humedecida determinan el desprendimiento de la electricidad en la pila de Volta.

Es tambien electricidad lo que se desprende del *pos* y el *neg* juxta-puestos: electricidad positiva ó atractiva por el *pos*, electricidad negativa ó repulsiva por el *neg*. El primero está solicitado por la gravitacion, y el segundo por la antigravitacion.

Hé aquí las comprobaciones á que me condujeron mis experimentos:

Construí una bola compuesta de un hemisferio de *neg*. Cuando el *pos* se volvía hácia tierra, la bola caía. Cuando se volvía hácia tierra el *neg*, la bola se elevaba con mucha fuerza. Como era natural, mi primer aparato salió muy imperfecto. Fué sin embargo suficiente para darme la seguridad del éxito definitivo.

Reconocí que las dos electricidades gravitantes, positiva y negativa, se desprendían de una manera constante, la una por el *pos* la otra por el *neg*. Pero este desprendimiento no producía ningún efecto en ninguno de los dos cuerpos cuya superficie no estaba vuelta hácia la tierra. La fuerza, fuese atractiva ó repulsiva, se anulaba por falta de objetivo, si no se hallaba en presencia de la masa terrestre. Sucedia á poca diferencia lo que sucedería á un cuerpo pesado que supusiésemos perdido en el espacio lejos de todo cuerpo celeste. Quedaría sometido á la fuerza de gravitacion, y sin embargo no caería á parte alguna, por no haber nada que pusiese en accion dicha fuerza. Tomando del testimonio jurídico un término de comparacion, tendria, si así puede decirse, el goze de la facultad gravitante, pero no el ejercicio.

Sucedia, pues, que cuando volvía la bola con el *pos* hácia abajo, se desprendía siempre por el *neg* una electricidad repulsiva, pero, no hallando objetivo en el espacio, ningún efecto producía. Al contrario, desprendiéndose por el *pos* la electricidad atractiva, la bola era atraída á tierra con violencia. Quise comprobar si este efecto de caída era únicamente el resultado de la pesadez. Había dado un peso de mil quinientos gramos á mi hemisferio de *pos*, y de quinientos gramos á mi he-

misferio de neg. La bola, pues, no obedeciendo más que á la gravitacion ordinaria, pesaba dos kilogramos. La coloqué en el platillo de una balanza con el pos hácia abajo. Despues, aumenté sucesivamente el peso con el otro platillo, y no pude conseguir que subiese el platillo en que estaba la bola no obstante poner en el opuesto un peso total de cincuenta kilogramos. La bola se adheria con una fuerza invencible, como esos pesos huecos que un jugador de manos levanta con un solo dedo, siendo ineficaces todos los esfuerzos para levantarlo luego que se habia establecido la comunicacion eléctrica. Las dimensiones de mis balanzas no me permitieron llevar más adelante mi experimento, pero quedé muy satisfecho del resultado obtenido. No tuve que hacer más que ladear mucho la bola para hacer cesar la adherencia.

Cuando la bola estaba vuelta con el neg hácia abajo, se elevaba con mucha fuerza y golpeaba con violencia el techo, del cual quedaba suspendida. Entónces se producía el efecto inverso. Era entónces la electricidad gravitante atractiva la que, desprendiéndose por el pos vuelto hácia arriba, no hallaba objetivo en el espacio y no producía efecto en ningun sentido. Al contrario, la electricidad gravitante repulsiva, desprendiéndose por

el neg, hallaba un objetivo en la masa terrestre y alejaba de ella con violencia la bola, como si la hubiera empujado un resorte tendido despues de haberle dado un punto de resistencia.

Quise medir tambien el grado de adherencia de la bola en el techo, y me fué imposible vencerla á pesar de todos los pesos que de ella suspendí. No necesitaba más, y aplacé para más adelante la graduacion exacta de la fuerza dinámica del sistema, ya en el sentido atractivo, ya en el repulsivo. Ladée la bola, y entónces la desprendí fácilmente del techo.

El problema estaba resuelto en sus tres cuartas partes; tenia un motor dotado de una fuerza enorme, que hacia subir ó bajar *ad libitum*. Una bola del tamaño de la cabeza me bastaba para elevar pesos considerables, pero esto no era un gran progreso sobre los globos. Era necesario hallar el medio de moderar la fuerza ascencional para no ser arrastrado á alturas demasiado elevadas, y transformarla en fuerza lateral para dirigir el aparato.

Fácilmente se obtuvo el primer resultado. La adherencia completa del pos y del neg producía el máximo de desprendimiento de la electricidad gravitante, positiva ó negativa. Comprendí que separándolos ligeramente, no se suprimiría el fe-

nómeno pero se aminoraría. Seguía manifestándose, aunque muy débilmente, colocando los dos cuerpos á una distancia de dos centímetros. Así, dispuestos, permanecían en el aire casi en el mismo punto en que se les colocaba, sin subir ni bajar sino con un movimiento imperceptible y con la mayor lentitud, según se dirigía hacia tierra el pos ó el neg. Era ya dueño de la fuerza motriz, pudiendo aumentarla ó disminuirla como mejor me pareciese.

Faltaba dirigirla, y practiqué al efecto numerosas tentativas, de cuyos pormenores no me ocuparé, para llegar inmediatamente al procedimiento que me suministró la solución.

Compuse la bola de una parte intermedia en neg y dos partes extremas en pos. Era un disco entre dos hemisferios. Se produjo un fenómeno bastante curioso.

La juxta-posición del hemisferio inferior con el disco intermedio engendraba la electricidad gravitante positiva y tendía á hacer bajar la bola hacia tierra. Pero al mismo tiempo la juxta-posición del disco en el hemisferio superior, desarrollaba la electricidad gravitante negativa y tendía á hacer subir la bola sin que el hemisferio inferior le opusiese obstáculo alguno, lo que me admiró mucho. El doble fenómeno se producía si

multáneamente. La bola era solicitada por dos fuerzas, la atractiva y la repulsiva, directamente contrarias. Obedecía de las dos á la que superpujaba á la otra, subiendo ó bajando con más ó ménos fuerza, según las proporciones que yo daba sucesivamente á las distintas partes de la bola, solo que no pude conseguir nunca pararlas con bastante exactitud para que el sistema permaneciese completamente inmóvil en el punto preciso en que la colocaba en el aire.

Tuve después la idea de dar al disco intermedio una forma especial como si estuviese cortado el bicel, procurando que fuese muy grueso por un lado y que el otro terminase en filo como una hoja cortante. El efecto producido fué maravilloso.

Las dos fuerzas contrarias se producían sin cesar, pero oblicuamente. Su resultante era horizontal. Llegué á construir una bola que coloqué sobre mi chimenea, con el lado grueso del disco vuelto hacia la pared de enfrente. Partió como una bala de fusil contra la pared, rompiendo el papel y arrancando algún yeso.

Fácil me fué moderar esta fuerza construyendo bolas cuyas diversas partes distaban más ó ménos unas de otras.

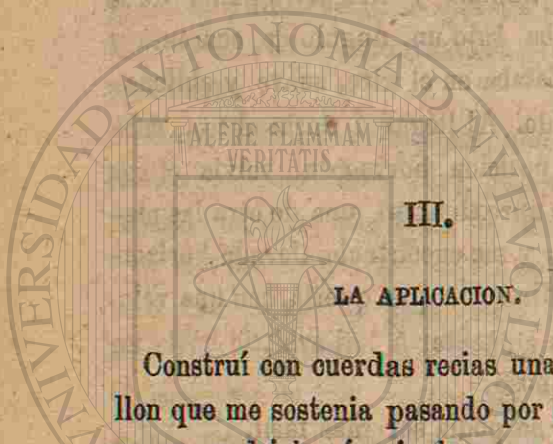
Había pasado muchos años en busca de este re-

sultado, pero por último, el problema de la locomoción aérea quedó resuelto en principio. Tenía el motor y el medio de moderarlo y la facultad de dirigirlo. No me faltaba más que perfeccionar algunas minuciosidades, lo que era fácil. Hé aquí el resultado de las modificaciones que idée sucesivamente:

Varié la forma del sistema, que era esférico, y lo volví esfero-cónico. Diré, para expresar gráficamente mi idea, que tenía la forma de una pera ó de una breva en lugar de ser la de una manzana ó una naranja. La pera estaba destinada á conservar habitualmente una posición casi horizontal. Se componía de tres partes, las cuales eran más voluminosas por el lado opuesto á la punta, adelgazándose á medida que á ella se aproximaba. En medio estaba el pos, y encima y debajo el neg. Un mecanismo muy sencillo me permitía acercar ó separar á mi arbitrio estas partes una de otra, volviendo ligeramente en uno ú otro sentido, como se vuelve una llave, un teje que salía de la pera y bajaba verticalmente. El mismo ege, por medio de movimientos circulares análogos á los que se comunican á un manubrio ó á la caña de un timon, servía para volver la punta de la pera en el sentido que se quería, é igualmente para subir ó bajar arbitrariamente.

Si me suponía colgado del sistema, me veía viajando por el aire con tanta facilidad y rapidez como el pájaro más agíl. Empezaba volviendo el ege de suerte que no dejase al aparato más que una acción muy mínima y dirigía la punta de la pera hácia arriba bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados. Estaba en el aire, suave y oblicuamente suspendido. Al llegar á cierta altura, daba á la pera una posición horizontal, volvía el ege de modo que se aproximasen una de otra las piezas del aparato, y me encontraba llevado horizontalmente en la dirección que quería, con una velocidad que podía aumentar á mi arbitrio hasta un máximo vertiginoso.

La ejecución no podía ser más fácil.



III.

LA APLICACION.

Construí con cuerdas recias una especie de sillón que me sostenia pasando por los sobacos una correa, y dejaba á mis brazos y mis piernas en completa libertad para ejercer sus movimientos. Las cuerdas, convergiendo unas hácia otras, se reunieron encima de mi cabeza en un punto cónico de suspension que adapté en un principio á un gancho sólidamente clavado en el techo. Modifiqué sucesivamente los puntos de union de mi sillón aéreo hasta que obtuve un perfecto equilibrio al mismo tiempo que una posicion cómoda. La que preferí era poco más ó ménos la de un hombre sentado en una butaca á la Voltaire, y ligeramente echada hácia atras. Pero noté que la posicion más cómoda que pueda imaginarse se hace

penosa y hasta insoportable al cabo de algunas horas, si no se la puede modificar algun tanto. Esta observacion me condujo á completar mi sillón con cuerdas pasadas transversalmente bajo mis piés, en las cuales podia apoyarme y ponerme casi en pié. Tan pronto estaba sentado como casi echado, como suspendido por debajo de los brazos, como levantado enteramente, cargando el peso del cuerpo ya sobre una pierna, ya sobre otra, y podia cruzarlas, y recostarme del modo que más me convenia. Noté tambien que con un solo punto de suspension, no podia evitar completamente un ligero movimiento de rotacion, que se producía ya en un sentido, ya en otro, al impulso de la causa más insignificante, por lo que dí á mi asiento dos puntos de suspension en vez de uno. Una separacion entre los dos, de ménos de un decímetro, fué suficiente para impedir todo movimiento de rotacion, ó al ménos para que el sistema volviese á tomar instantáneamente su posicion normal.

Me ejercité largo tiempo en la gimnasia especial que requería mi sillón aéreo, donde llegué á sentarme con tanta seguridad y comodidad como en la mejor butaca de muelles. Creí entónces que podia dedicarme á experimentos definitivos. Suspendí sólidamente mi asiento de cuerdas de los dos lados de la especie de pera que he descrito, á

la cual dí ese nombre, de que me valdré en lo sucesivo.

Se sabe ya á lo que llamo el pos y el neg. Todo sistema en que su juxta-posicion produce los efectos que he descrito, se llama *negópos*. Los *negópos* pueden tener diferentes formas. Ya se ha visto que, despues de ensayar la esférica adopté definitivamente la esfero-cónica. Pero todos son *negópos* con la tierra y los planetas, aunque compuestos de distinta manera que por una superposicion de pos y neg. La aguja imantada es tambien un verdadero *negópos*, pero en estado completamente rudimentario. Es el único que se conocia ántes de mi invencion, sin que nadie se diese cuenta de su manera de funcionar. Se ignora que la atraccion de la aguja hácia el polo se debe á una combinacion de las dos fuerzas gravitante y anti-gravitante, producidas en condiciones particulares que les dan una direccion determinada, por lo que se llama imantacion, pero con tan poca eficacia que la menor resistencia impide á este *negópos* embrional obedecer á la fuerza que le solicita.

El *negópos* simple es el primero que he descrito, compuesto únicamente de dos partes, una en pos y otra en neg. El *negópos* complejo, ó com-

pleto, ó *negópos* por excelencia, es el que se compone de tres partes dispuestas de modo que permiten obtener todos los resultados requeridos, ya se halle el pos entre dos piezas de neg, ya el neg entre dos piezas de pos. En ambos casos los efectos producidos son idénticos, pero inversos. En el primero el *negópos* en forma de pera se dirige hácia la punta, y en el segundo hácia el otro extremo. Cuando me valgo de la palabra *negópos* sola, sin adjetivo ni explicacion, designo el *negópos* esfero-cónico, compuesto de una pieza de pos entre dos de neg. Del sustantivo *negópos* hago derivar el adjetivo *negoporiano* y *negoposiano*, y digo sistema *negoporiano*, efecto *negoposiano*, fuerzas *negoporianas*, locomocion *negoposiana*. La expresion de *locomocion* ó *navegacion aérea* seria más general, pues designaria una locomocion aérea, cualquiera, obtenida por el *negópos* ó por otro cualquier sistema que se encuentre, y que, entre paréntesis, NO SE ENCONTRARÁ, porque es INENCONTRABLE. Llamo sillón *negoposiano*, barquilla *negoposiana*, vehículo *negoposiano*, etc., á los varios aparatos que se pueden suspender del *negópos*.

A estas pocas palabras se reduce mi vocabulario especial. Necesidad habia de crearlas, pues objetos nuevos reclaman denominaciones nuevas. Pero las indicadas, con los vocablos del lenguaje

corriente, bastan para expresar todas las ideas relativas á mi descubrimiento.

Vuelvo á mis experimentos.

Suspendí mi sillón de los dos lados del negópos, despues de haber aflojado el aparato de manera que solo produjese un efecto casi insensible. Bien se comprende lo que significa eso de aflojar el aparato. El negópos se afloja ó se activa separando ó acercando sus diversas partes, de lo que resulta, como se sabe, una disminucion ó aumento de las fuerzas negoposianas.

Me coloqué en seguida en mi asiento negoposiano, y dirigí la punta del negópos hácia el techo, bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados, en cuya direccion fuí subiendo en un principio con lentitud y despues con velocidades distintas. Sin embargo, mi mecanismo funcionaba imperfectamente. Corregí sus más esenciales defectos, y algunos dias despues volaba en mi habitacion con la misma soltura que un pájaro en su pajarera.

Con todo, no habia llegado aun la ocasion de manifestar públicamente mi descubrimiento. Quería darle ántes una perfeccion completa.

Tenia el defecto de no moverse más que oblicua ú horizontalmente, y no servia para subir ó bajar en direccion vertical. Cuando la punta del negópos se volvía verticalmente hácia arriba ó há-

cia abajo, las fuerzas negoposianas dejaban de desenvolverse y el sistema se venia al suelo como otro cualquier cuerpo pesado. Cuando la punta tenia una direccion lateral ú oblicua, la forma de las piezas de pos y de neg, que componian el negópos, desarrollaba fuerzas que obraban bajo ángulos cuya resultante no era jamas vertical.

Allané este inconveniente separando únicamente la parte superior de la parte intermedia, más hácia delante que hácia atras del negópos. Con esta modificacion no se producía más que una fuerza descendente muy escasa, la cual, combinándose bajo un ángulo dado con una fuerza ascendente muy enérgica y ligeramente oblicua, daba por resultante una fuerza ascensional vertical sumamente poderosa. Procediendo á la inversa, se conseguía el movimiento vertical descendente, para lo cual bastaba aflojar el negópos hasta suprimir enteramente su eficacia. Entónces obedecía á la ley de gravitacion y caía con una velocidad que me era dado moderar á mi arbitrio.

Perfeccionado mi mecanismo, me fué posible combinarlo de modo que, comunicando los más sencillos movimientos al ege de que he hablado, obtenia siempre todos los resultados apetecidos. En lo que tenia de esencial, la invencion era completa.

Ambicionaba algo más bajo el punto de vista de la elegancia. Hubiera querido poder simplificar el sistema hasta el punto de embutirme yo mismo en él si así puede decirse, ocultándolo enteramente bajo mi traje. Tal era el efecto que me proponía. Un hombre vestido como todos los demás se pasea tranquilamente sin que nada en su actitud y movimientos haga sospechar que se halla cinchado por debajo de los vestidos de pies á cabeza, y que oculta en cualquier parte, en el sombrero por ejemplo, un objeto en forma de pera. Como quien no hace nada, se mete la mano en el bolsillo ó en la solapa del gaban, da vueltas á un pequeño manubrio que nadie puede ver, y echa á volar por el aire, describiendo las más caprichosas curvas, más rápido en sus movimientos que los pájaros á quienes caza al vuelo.

No pude obtener este resultado completo, pero me acerqué á él bastante.

El negópos pudo colocarse encima de mi cabeza de modo que el sombrero lo tapaba enteramente. Las cuerdas que bajaban de los puntos de suspension podían disimularse por medio de una peluca, patillas postizas, el cuello del gaban y una bufanda ó tapa-becas. En cuanto á las que directamente sostenían el cuerpo, nada más sencillo

que ocultarlas bajo el vestido. El extremo del ege negoposiano se colocaba bajo el gaban al alcance de la mano izquierda que bastaba para la manobra, quedando la derecha enteramente libre.

Preciso es confesar que resultaba de todo esto cierto embarazo extraño, cierta rigidez que no era posible dejase de notarse. La cabeza especialmente se hallaba muy envarada. Además, había necesidad de conservar la posición de un hombre puesto casi de pié, sin poder tomar la de una persona sentada y casi echada en una poltrona.

Imaginé otro sistema que me obligó á variar radicalmente la forma del negópos. Hice de él una especie de collar que se aplicaba á los hombros y á la parte superior del pecho, á la manera del alzacuello de una armadura antigua. Se componía de tres aros, muy gruesos anteriormente y posteriormente muy delgados. El principio era igual al del negópos esfero-cónico. El aro inferior y el superior eran de neg y el intermediario de pos. Podían acercarse ó separarse por medio de un mecanismo que ponía también en juego un ege cuyo manubrio estaba al alcance de la mano izquierda. Las cuerdas partían del triple collar y sostenían el cuerpo en una actitud cómoda, que se acercaba algo más que la precedente á la posición del que

está sentado. La cabeza quedaba libre, lo que era una gran ventaja.

El negópos de collar se ocultaba fácilmente bajo un cuello de gaban, una corbata algo ancha y un tapabocas, lo que daba al aeronauta el aspecto del que pretende disimular que está afectado de boeios ó de alguna enfermedad cutánea que reside en el cuello. Pero no pude hallar nada mejor, y me pareció que el aparato se aproximaba bastante á mis miras, por lo que renuncié á mayores perfecciones.

Los que no han observado el perpendicularismo que conserva un cuerpo suspendido cuando el punto de suspension es el único que se halla en movimiento, creerán sin duda que la fuerza de impulsión, obrando encima de los hombros, debía arrastrar hácia delante la cabeza y la parte superior del cuerpo y dejar el resto de éste en una posición inclinada. No hay nada de esto, á no ser que el impulso sea muy brusco ó se aumente con demasiada rapidez. Pero yo me hallaba siempre casi en pié, y no sentado, por lo que resolví no hacer uso del negópos de collar sino como medio de suspension y dar el impulso por medio de un segundo negópos esfero-cónico, dispuesto delante del cuerpo á la manera de un cinto, á que se adherían sólidamente las cuerdas. Así obtuve una

segunda ventaja, que no era de despreciar. Los dos negópos podían sustituirse recíprocamente, de suerte que si por una causa cualquiera dejaba el uno de funcionar, no por eso era inevitable mi caída. Quedaba colgado del otro con el cual podía gobernarme. La mano izquierda bastaba para la maniobra de los dos.

Basta lo que precede para dar cabal idea de los incidentes tan extraños y ruidosos con que se manifestó mi descubrimiento. Antes de dar á conocer mi obra, quise hacerme cargo de todas las aplicaciones de que era susceptible.

Una de estas aplicaciones, la más considerable tal vez, era la locomoción aérea. Pero otros había cuya importancia mereca tomarse en consideración.

Acababa de descubrir un motor nuevo, una potencia indefinida, y tan económica que el gasto que se necesitaba para ponerla en acción era casi nulo.

La construcción de un negópos me salía bastante cara. El pos venia á costarme la mitad de su peso de oro, y el neg algo más que su peso de plata. Los dos negópos que empleaba para la locomoción individual no bajaban de 5,000 francos, lo que era mucho para mis experimentos, pero muy poca cosa en comparación del resultado obtenido.

Además estaba muy seguro de que cuando, en lugar de fabricar penosamente por mí mismo en mi laboratorio, pudiera organizar una fabricación en grande escala, el precio vendría á reducirse considerablemente. El establecimiento del motor era, pues, poco costoso y sus funciones no acarreaban gasto alguno. Desde luego se adivinan los inmensos resultados que se podían obtener aplicándolo á todas las máquinas que utiliza la industria. Además de la simplificación de las máquinas mismas, se conseguía la supresión de todos los gastos de combustible.

No se trataba más que de organizar el negópos como motor, lo que era fácil.

Construí un negópos simple, de forma casi elíptica, con los extremos achatados de cierta manera. Lo coloqué entre dos montantes provistos de muescas, deslizándose en cada una de ellas una de sus puntas. El aparato estaba colocado horizontalmente, con el neg hacia abajo. Precipitóse hacia tierra resbalando por las muescas, las cuales en su parte inferior estaban dotadas de botones de detención debidamente dispuestos. En el momento de tropezar con este obstáculo los extremos aplastados, se verificó un movimiento de revolución, por el cual el neg se halló á su vez vuelto abajo. Entonces el negópos volvió á subir con mucha

fuerza entre sus dos montantes hasta que puntos de detención análogos, colocados en la parte superior, le hicieron volverse otra vez hacia abajo y bajar de nuevo. Omito la descripción de los medios circunstanciados de que me valí para mantener el aparato, de manera que sus evoluciones se verificasen con regularidad sin que el negópos pudiese girar más que de la manera conveniente, ni salirse de las muescas, etc. He dicho lo bastante para hacer comprender cómo obtuve un movimiento alternativo, análogo al de los émbolos de las máquinas de vapor, con la diferencia de que el volumen de mi aparato era infinitamente menor, al mismo tiempo que era infinitamente superior su fuerza. Y para colmo de dicha, había descubierto al mismo tiempo el movimiento continuo, continuo al ménos hasta que se desgastase el aparato, lo que no podía ménos de suceder sino después de mucho tiempo.

Pero el descubrimiento del movimiento continuo era solo cuestión de curiosidad, que todo lo más podría utilizarse para los progresos de la relojería.

Lo que tenía un inmenso alcance era el descubrimiento de un motor susceptible de ser aplicado á todas las máquinas imaginables. Tenía en mis

manos una revolucion industrial, cuya menor consecuencia, luego que me diese la gana de explotarla, era la adquisicion de millones y tal vez de centenares de millones.

Sin embargo, estos resultados palidecian al lado de los que me parecia estar ya tocando como consecuencia de la locomocion aérea.

Bien determinadas mis ideas, respecto de la aplicacion de mi descubrimiento á la maquinaria, cesé de ocuparme del aparato [bajo este punto de vista, y no pensé más que en disponerlo todo para las primeras manifestaciones con que quise dar un golpe teatral, sin ejemplo en los pasados tiempos.

IV.

LOS PREPARATIVOS.

Para conseguir mi objeto, me habia trazado de antemano cierto método de vida. Vivía muy aislado tan pronto en Paris como en una propiedad que adquirí, pasando por muy huraño, y consiguiendo, á fuerza de irregularidad en mis costumbres, que nadie hiciese caso de mi ausencia ni de mi presencia. Además, ejercitándome mucho habia logrado escribir con la mano izquierda tan de corrido como con la mano derecha, y mi segundo carácter de letra, que nadie conocia, era absolutamente distinto del primero, que conocia todo el mundo. Así pude, aunque muy difícilmente, porque no queria hacer declaracion alguna á la autoridad, procurarme una prensa autógrafa, que es-

manos una revolucion industrial, cuya menor consecuencia, luego que me diese la gana de explotarla, era la adquisicion de millones y tal vez de centenares de millones.

Sin embargo, estos resultados palidecian al lado de los que me parecia estar ya tocando como consecuencia de la locomocion aérea.

Bien determinadas mis ideas, respecto de la aplicacion de mi descubrimiento á la maquinaria, cesé de ocuparme del aparato [bajo este punto de vista, y no pensé más que en disponerlo todo para las primeras manifestaciones con que quise dar un golpe teatral, sin ejemplo en los pasados tiempos.

IV.

LOS PREPARATIVOS.

Para conseguir mi objeto, me habia trazado de antemano cierto método de vida. Vivía muy aislado tan pronto en Paris como en una propiedad que adquirí, pasando por muy huraño, y consiguiendo, á fuerza de irregularidad en mis costumbres, que nadie hiciese caso de mi ausencia ni de mi presencia. Además, ejercitándome mucho habia logrado escribir con la mano izquierda tan de corrido como con la mano derecha, y mi segundo carácter de letra, que nadie conocia, era absolutamente distinto del primero, que conocia todo el mundo. Así pude, aunque muy difícilmente, porque no queria hacer declaracion alguna á la autoridad, procurarme una prensa autógrafa, que es-

tablecí con mucho misterio en mi casa de campo, en una torrecilla que comunicaba con mi laboratorio, donde no entraba nadie más que yo. Pasó por alto numerosos pormenores, dispuestos en conformidad con mis proyectos, bastando los que preceden para que se comprenda de qué modo pude realizarlos.

Acaso se me pregunte qué motivos tuve para tomar tantas precauciones y rodearme de misterios como si cometiese un crimen. ¿No hubiera podido solicitar privilegios de invención y explotar mi descubrimiento sin recurrir á medios tortuosos?

Las razones de mi conducta me parecían poderosas. No podía tomar privilegios de invención sin explicar mi descubrimiento en algunas memorias descriptivas, con las cuales lo hubiera revelado, de modo que cualquiera hubiera podido usurpármelo. Impedir el plagio por medio de un proceso, hubiera sido una tontería. ¿Cómo proceder entre gentes que podían huir por los aires? Tomando privilegios de invención, ponía mi descubrimiento en manos de todo el mundo. No era, sin embargo, mi interés material quien principalmente me prohibía divulgar mi secreto. Era evidente que desde el momento en que se conociese mi procedimiento, ya no habría Estados, ni países, ni nacio-

nes distintas. Todas las barreras que separan á los pueblos, quedaban suprimidas de un solo golpe, lo que á la larga podía ser muy bueno; pero por de pronto hubiera sido un gran mal abandonar de repente una revolucion tal á todos los azares de lo desconocido y á todas las empresas de los aventureros. Un país que se hubiese prevalido de ella ántes que los otros, podía hacerse dueño del mundo. ¿Y quién sabe si Francia, léjos de hallar, como yo quería, una causa de grandeza en la obra de uno de sus hijos, no hubiera sido la primera víctima de esta obra, descendiendo al último lugar entre las naciones? Yo, al contrario, quería que mi país tomase la delantera á todos los otros, lo que requería un sigilo profundamente guardado hasta haberme puesto de acuerdo con el gobierno acerca de las medidas que habían de tomarse de antemano.

Una revelacion imprudente y prematura podía tener consecuencias aun más funestas. Podía hacer imposible toda posicion social y entregar las sociedades á los más peligrosos malhechores. El robo, el saqueo, el asesinato, el incendio, las más odiosas violencias se podían poner á cubierto de todas las represiones. No había ya seguridad, ni propiedad, ni proteccion para los débiles, ni organizacion social de ningun género. Aquello hu-

biera sido el caos, la ruina universal, la violencia del mundo, una desorganizacion espantosa.

Era, pues, preciso tomar numerosas medidas de precaucion ántes de descubrir mi secreto, y no dejarlo traslucir en lo más mínimo ántes de llegar la ocasion oportuna. Y yo no podia evitar completamente toda posibilidad de indiscrecion sino suprimiendo radical y absolutamente á los amigos que habrian podido adivinar algo, y á los ayudantes, á los operarios, á los criados, que habrian tal vez concebido algunas sospechas acerca de mi objeto. Todo lo hice por mí mismo. Tenia una fragua, un torno para metales, un crisol, todo lo necesario para las manipulaciones químicas, todas las herramientas que mis proyectos requerian. Confiaba, sin embargo, durante mis experimentos la construccion de varias piezas á herreros, maquinistas, cordeleros, etc. Pero no les confiaba más que aquellas piezas que no podian inspirar ninguna sospecha, y como habia tomado un privilegio de invencion por un freno que habian adoptado algunas compañías de ferrocarriles, nunca se supuso que me ocupase yo de otra cosa que de invenciones relativas á camino de hierro, y particularmente de nuevos sistemas de frenos.

Quería tambien que la invencion se manifestase desde luego de una manera patente é incontestable.

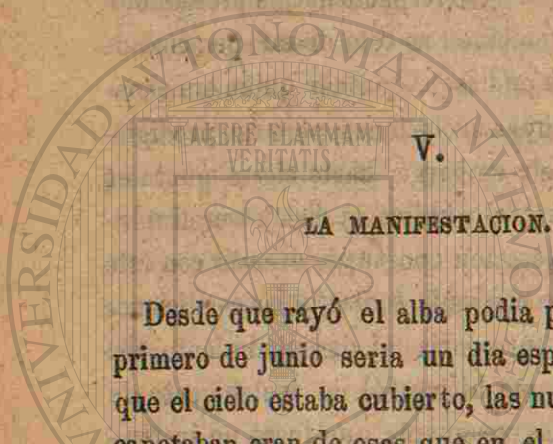
ble. Si hubiese empezado á hablar de ella, ya al público por medio de anuncios, ya al gobierno en comunicaciones más ó ménos secretas, es probable que el asunto no se hubiera tomado por lo sério, y hasta hubiera corrido el peligro de pasar por oco. No podia evitar este percance sino haciendo lseguir inmediatamente á mis comunicaciones experimentos decisivos. Pero en esto veia otros inconvenientes. Desde el momento en que se supiese que poseia un secreto semejante, quedaba expuesto á que se ejerciese sobre mí una presion constante para obligarme á entregarlo al gobierno ó al público, y me hubiera visto tal vez forzado á desprenderme, de él bajo condiciones que no me habrian convenido. Y al expresarme así, no me refiero á mis intereses personales, que constituian la menor de mis preocupaciones que era menester tomar ántes de desencadenar en el mundo las consecuencias incalculables de un descubrimiento de tanta trascendencia. Hasta posible era que se emplease conmigo la violencia para arrancarme mi secreto, manantial de poder y de fortuna mucho más tentador que los pedazos de tierra que convierten los filibusteros en teatro de sus fechorías, mucho más tentador que las presas que codician los piratas y los bandidos mucho más tentador que las provincias que provocan la ambicion de los conquistadores, con

frecuencia, poco escrupulosos en la eleccion de sus medios.

Queria, pues, quedar en posesion de mi secreto hasta el momento que considerase oportuno, despues que el mundo hubiese apreciado su importancia, despues que se hubiesen calculado sus consecuencias, despues que se hubiesen tomado las medidas necesarias para que Francia hallase en mi descubrimiento una fuente de grandeza y no un azote para la humanidad.

A estas consideraciones se agregaban accesoriamente otra relativas á mis intereses personales. Era sin duda muy justo que yo sacase alguna ventaja de mi invencion, y sobre todo que nadie me arrebatase el mérito que hubiese contraido. Si bien no creia en la posibilidad de que otros descubriesen perfeccionamientos esenciales, podia suceder que se modificasen algunos accidentes del aparato que diesen á éste, como alguna vez se ha visto, el nombre del modificador. Yo no podia consentir que mi invento quedase relegado á un segundo término. No queria que un dia se borrara de la memoria de los pueblos, para no quedar más que en la de los eruditos. ¿Semejante sentimiento se puede calificar de vanagloria? En cuanto á mí, opino que si revelaba algun orgullo, era al ménos el orgullo más legítimo y mejor jus-

tificado. El resumen, el plan que mereció mi predileccion se reducía á lo siguiente: llamar vivamente la atencion por medio de ruidosas manifestaciones de mi descubrimiento; guardar el más absoluto secreto, no solo respecto de mis procedimientos, sino que tambien respecto de mi persona, de suerte que no se pudiese sospechar quién era el navegante aéreo cuyas evoluciones parecian prodigiosas; ponerme, sin embargo, hasta cierto punto en comunicacion con el público, y hasta con el mismo gobierno en ocasion oportuna, discutir con éste las medidas que convenia tomar, y las condiciones bajo las cuales entregaria mi descubrimiento, del cual no queria que hiciese él un instrumento de despotismo, pues yo queria que fuese un instrumento de libertad, quedando siempre bastante dueño de la situacion para hacer prevalecer mi voluntad si sobrevenia alguna discusion que rompiese nuestra buena inteligencia; revelar en seguida mi nombre, pero solo en ocasion oportuna y despues de haber organizado en varios países puntos de refugio invencibles para ponerme á salvo de todas las impertinencias, violencias é intrigas: aguardar, en fin, para comunicar mi secreto al público ó al gobierno, que se hubiesen tomado las medidas necesarias y ejecutado las condiciones convenidas, y que se grabara mi nombre en mi descubrimiento de una manera indeleble, que nunca pudiese borrar la mano del tiempo.



V.

LA MANIFESTACION.

Desde que rayó el alba podía preverse que el primero de junio seria un día espléndido. Aunque el cielo estaba cubierto, las nubes que lo encapotaban eran de esas que en el clima de Paris responden mejor de la seguridad del tiempo que un sol que nace demasiado radiante. El viento, sin ser fuerte, era bueno y fresco.

En la plaza de la Concordia la circulacion habia sido numerosa desde la víspera. Afluyó gente de todas las avenidas, esperando notar algunos preparativos que indicasen el misterioso acontecimiento anunciado para el día siguiente. Muchos concurrentes permanecieron en la plaza hasta muy entrada la noche. Gran número de esos que viven de industrias desconocidas, de esos que ofrecen

fuego á los fumadores y recogen colillas de cigarros, acudieron despues de salir de los teatros á la plaza de la Concordia, donde se estacionaron, con la esperanza de poder ceder un puesto *mediantibus illis*. Entre seis y siete de la mañana empezó á aparecer la plebe, y á cosa de las ocho la juventud de las escuelas. A las nueve era la multitud tan compacta en la plaza de la Concordia, que se dió orden de no dejar penetrar en ella á nadie más y de dejar salir á quien quisiera. Como sucede en semejantes casos, el contagio lo invadia todo. Los curiosos atraen á los curiosos. Los que más seguros oreian estar de no salir de su casa se sienten como arrastrados á pesar suyo, y por la sola razon de que el torrente crece, ellos contribuyen á aumentarlo. Se acumuló la muchedumbre en los Campos Elíseos, en el jardin de las Tullerías, en el puente de la Concordia, en los muelles, en la calle Real, en la calle de Rivoli, y en los baluartes. A las diez se circulaba difícilmente por el baluarte de la Magdalena. A las diez y media apenas se podia transitar por la calle de la Paz. A las once era imposible llegar á la calle de la Chaussée d'Antin. En las ventanas se agolpaba más gente de la que podian contener.

Las conversaciones, las suposiciones, las chanzonetas se sucedian incesantemente. ¿Qué se em-

piece! ¡qué se levante el telón! ¡música! ¡música! gritaban los pilluelos de París. José Prudhomme decía:—La autoridad no debería permitir que se hiciese agolpar la gente de una manera tan peligrosa y sin decir con qué objeto. Un curioso, tendiendo su vista por el espacio, exclamó: ¡Aah! Y le contestaron con hurrahs, silbidos y aplausos. Hubo algunos estrujones, pero sin ningún accidente serio. A las doce menos cuarto la curiosidad se convirtió en una ansiedad vehemente, mezclándose con el vago terror que experimenta siempre el que espera algo desconocido. Cesaron las chanzas, no encontrando ya ningún eco. Reinó un silencio extraño. Nada es tan grande como este silencio de la muchedumbre, solemne y casi lúgubre. Todos los que tenían reloj miraron la hora. Eran las doce menos cinco minutos, y nada aparecía en la plaza de la Concordia. El público empezó á temer que le habían engañado. Un descontento sordo, próximo á convertirse en saña, se apoderó de todos los ánimos. Los más flemáticos y de carácter más apacible se pusieron rabiosos y feroces á la idea de que se les había chasqueado ignominiosamente.

El sol atravesó las nubes, que en gran parte se habían ya disipado, y resplandeció en el zenit en un vasto espacio de cielo azul. De repente se oye-

ren algunos gritos: ¡Mirad.....! Los ojos más penetrantes habían percibido un punto negro perdido de vista en el espacio. Aquel punto negro crecía visiblemente. En pocos segundos aumentó de tal modo que se pudo distinguir como una forma humana que bajaba á plomo sobre el obelisco. Estalló una aclamación formidable que rompió el silencio como el relámpago rompe la nube. Resonaba aun cuando se veía ya distintamente un hombre, con la cara medio tapada, en pie sobre la cúspide del obelisco. Un nuevo clamor se levantó, mezclado con aplausos y bravos. El hombre que llevaba un sombrerito redondo, se descubrió, y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, saludó á la muchedumbre. ¡Sacó en seguida su reloj y lo señaló con el dedo. Cada cual miró el suyo. Eran las doce menos un minuto. Los aplausos y los gritos redoblaron. El hombre volvió á meterse el reloj en el bolsillo, y todos los concurrentes se pusieron á observarle con la mayor atención.

Estaba vestido de negro. Una especie de gaban ó sobretodo abotonado le llegaba del cuello á las rodillas. Los faldones del gaban estaban sujetos al pantalón de modo que no pudieran flotar al aire. Las piernas y el pantalón estaban metidos dentro de unas botas anchas y flexibles, que eran

bastante grandes para que se comprendiese que tenían debajo otro calzado. El cuello del sobretodo estaba levantado y rodeado de una corbata ancha de lana blanca. El cuello parecía grueso y se notaba en él cierta rigidez, lo mismo que en los hombros. Una melena rubia, no muy larga pero espesa, ocultaba la nuca y las orejas. La barba entera, más rubia, aun, cubría las mejillas y los labios. Tapaba la parte superior del rostro una media careta parecida á las que usan las bailarinas en los bailes de la Opera. El sombrerito redondo, negro como el resto del traje, estaba provisto de barbuquejo. Cubrían las manos guantes gruesos que parecían acolchados. Véase que, apesar de la estacion, aquel hombre se habia prevenido contra el frio. Tenia la mano izquierda oculta dentro del sobretodo, del cual solo la habia sacado un instante para indicar la hora del reloj, volviéndola á colocar inmediatamente en la actitud en que se suele representar á Napoleon I y á ciertos oradores.

Hizo un ademan, y á las doce en punto se elevó verticalmente en los aires con la rapidez de una flecha. Al llegar á una altura bastante considerable, se detuvo y se cernió encima de la multitud, describiendo lentamente un círculo que se ensanchaba en espiral. Parecía estar casi en pié,

un poco inclinado hácia atrás y con las piernas muy ligeramente encogidas. La mano izquierda permanecía oculta bajo su traje. Despues el círculo se estrechó poco á poco, al mismo tiempo que la rapidez del navegante, ó, por mejor decir, del nadador aéreo, aumentaba progresivamente practicando un descenso. Al llegar algo debajo de la punta del obelisco, describió en torno con una rapidez vertiginosa algunos círculos estrechos, se puso en pié en su actitud primera y saludó de nuevo á la multitud á derecha é izquierda y en todas direcciones.

Imposible seria dar una idea de los bravos, aplausos, aclamaciones y gritos con que fué acogido. Echábanse al aire millares de sombreros. Algunos parecían locos de entusiasmo, y los más impresionables se enjugaban los ojos, sorprendidos de haber sentido brotar una lágrima. Habia circulado la noticia con una rapidez eléctrica hasta las últimas filas de la multitud acumulada en Paris. ¡Un hombre en el aire! decía cada cual al de su lado, y le faltó muy poco para que los empujones hácia la plaza de la Concordia produjesen una sofocacion general. En vano las personas sensatas exclamaban que iba á venir puesto que lo habia prometido, y que todos le podrian ver sin moverse de su sitio. La curiosidad deliraba y nada oía.

Los municipales y guardias de Paris empezaban á ceder bajo la presion de la muchedumbre, no obstante habérseles agregado tropas de infantería cuando se vió aumentar la afluencia hasta tal extremo. El primer resultado de aquel prodigioso descubrimiento iba á ser una hecatombe inmensa de gentes ahogadas, aplastadas, pisoteadas.

Afortunadamente el hombre aéreo no se detuvo mucho tiempo en el obelisco. Volvió á tomar su vuelo á la altura próximamente de un cuarto tercero, y entró por la calle Real y luego por los baluartes. Avanzaba con una velocidad moderada, á poca diferencia como la de un caballo á galope tendido, y así se le podía examinar perfectamente sin que nadie pudiese intentar seguirle, lo que hubiera producido en la turba espantosos reflujos. Avanzó de este modo por los baluartes hasta la plaza de la Bastilla, descendió el Sena hasta el puente de Jena, ganó el Arco de Triunfo de la Estrella, volvió por la Avenida de los Campos Elíseos á la plaza de la Concordia, recorrió la calle de Rívoli hasta la casa del Ayuntamiento, llegó por los muelles hasta el *Pont-au-Change* que atravesó lo mismo que la *Cité*, siguió el baluarte de San Miguel hasta el jardin de Luxemburgo, donde hizo algunas evoluciones, recorrió los ba-

luartes exteriores hasta los Inválidos, remontó el Sena hasta el puente de Solferino, y se cernió encima de las alamedas del jardin de las Tullerías.

Esto fué suficiente para aplacar lo que habia de excesivo y demasiado punzante en la curiosidad pública. Se comprendió que seria imposible seguir evoluciones semejantes, y que sin moverse de su sitio tenian todos más probabilidades de volver á ver lo que ya habian visto. La multitud total aumentó, porque, muy pronto no quedó en las casas una sola persona, que no fuese inválida, exceptuando los vecinos que tenian ventanas que daban á las calles principales. Pero se diseminó más y más y se encontró ménos oprimida. Nada se perdió en ello, y todos pudieron ver á su gusto algun incidente de aquel espectáculo inaudito.

En el jardin de las Tullerías, por ejemplo, el hombre aéreo, al acercarse á un castaño, espantó dos palomas que en él habia, y se echó á perseguirlas. Las excedia muy sensiblemente en velocidad, pero no parecia volverse con bastante facilidad para seguir los esguinces que en su azoramiento describian ellas bruscamente. Notóse tambien que él no trataba de cogerlas más que con la mano derecha, conservando siempre la izquierda debajo del traje. El público se complacia sobremanaera siguiendo las peripecias de aquella

caza de nueva especie. No tardó el cazador en coger una paloma, y luego cogió la otra. ¡Qué aplausos y qué gritos! El aeronauta victorioso se sentó en el brazo horizontal de la estatua de *Alejandro combatiendo*, cerca del estanque que hay delante del palacio; sacó su mano izquierda, se quitó los guantes, y ató juntas las cuatro patas de las dos aves. Volvióse á poner los guantes, su mano izquierda recobró su actitud ordinaria, echó á volar otra vez, y se cernió á la distancia de un metro encima de una señora elegante, á cuyos piés dejó caer con galantería su presa batiendo las alas.

Siguió su carrera encima del Sena, de los paseos, de los baluartes y de las calles anchas, pero sin guardar una marcha regular y uniforme. Se levantaba, se bajaba, se separaba ya á la derecha, ya á la izquierda, describía espirales ascendentes y descendentes, y tan pronto se cernía casi inmóvil, espectáculo más arrebatador que el de las evoluciones más rápidas, tan pronto se lanzaba en línea recta con una velocidad increíble. Se divirtió en el Chateau-d'Eau cogiendo una golondrina al vuelo, y otra cogió también en la plaza del Panteon. En el jardín botánico bajó sin permiso de nadie á la parte reservada y cogió una multitud de flores con qué formó un ramillete ántes que los

guardas, vacilando respecto de lo que debían hacer, hubiesen tenido tiempo de impedirselo. Un instante despues estaba ya ofreciendo el ramillete á un grupo de hermosas jóvenes puestas en observacion en una guardilla del baluarte de Sebastopol. La que fué más lista para apoderarse de él dió las gracias al aeronauta con la más franca de sus sonrisas y con un atrevido beso lanzado al aire con la punta de sus dedos. En el café del Gren-Balcon, en el baluarte de los Italianos, habia muchos concurrentes colocados, para ver mejor, en los primeros puestos. Se acercó al balcon todo lo posible, se apoderó de un vaso lleno de cerveza, se alejó uno ó dos metros, lo apuró de un solo trago, volvió á dejarlo encima de la misma mesa de que lo habia tomado, echó encima de ella un luis, y se alejó saludando. Se detuvo, se cernió un instante, sacó del bolsillo un cigarro, se acercó á un fumador á quien pidió con mucha finera le diera el suyo, se lo devolvió despues de haber encendido, y prosiguió su vuelo fumando. Fué á sentarse y á acabar de fumar su cigarro en la punta del para-rayos en la torre meridional de Nuestra Señora, lo que hizo decir á algunos chuscos que no debia aquel asiento ser de los más cómodos. Las personas graves respondieron que se ignoraba qué armadura defensiva llevaba debajo,

y que, además, teniendo la facultad de sostenerse en el aire, no debía hacer peso sobre la punta. Algunos pretendieron también haberle visto poner antes en la punta para embotarla un objeto que no pudieron distinguir, sin duda para preservar de un fracaso sus pantalones.

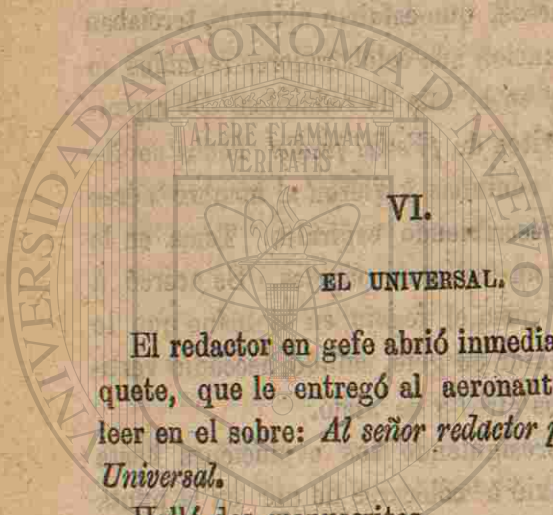
Lo que parece más prodigioso es que, después de tantas idas y venidas, no habían dado aun las cuatro. Iban á salir los periódicos de la tarde y se comprende que no podían hablar más que del acontecimiento que había sacado de sus casillas á todos los parisienses. Los periodistas habían tomado resueltamente su partido, haciendo de las tripas corazón para ponerse á cubierto, por medio de algunos equilibrios y habilidades redactoriles, del mal trance en que les ponía su incredulidad pasada. *El Universal* era el único que tenía el derecho de cantar victoria.

Su redacción, toda reunida en las oficinas, proclamaba con frenético entusiasmo el trunfo de su redactor principal. Este trabajaba ordinariamente en un gabinete bastante elegante, aunque pequeño, precedido de una biblioteca y de la sala de redacción, donde se hallaba una gran mesa, á cuyo alrededor se colocaban varios redactores. Esta habitación, que era un cuarto segundo, daba á dos anchas calles, pues la casa formaba esquina. Cuan-

do los redactores habían concluido sus tareas, tenían un rato de conversacion. Aquel día poco antes de las cuatro, el redactor principal, sentado en su gabinete, platicaba con dos ó tres personas, y por las puertas, que estaban abiertas, terciaban en su conversacion sus colaboradores reunidos en la biblioteca y en la sala de redacción. De repente oyéronse gritos de ¡*Vedle! vedle!* Todos se dirigieron á las ventanas y vieron al hombre aéreo que bajaba describiendo espirales. Tenía en la mano derecha un rollo de papeles. Se acercó á una ventana, puso el legajo en la mano que le tendió el redactor en jefe, saludó, ascendió verticalmente en los aires y se alejó.

Se le vió prosiguiendo sus evoluciones hasta las cinco. Volvió á colocarse de pié en la punta del obelisco, sacó el reloj y lo indicó con el dedo á la multitud compacta que había en la plaza. Eran las cinco menos cinco minutos. Se sentó en la cúspide del obelisco, volvió á levantarse, saludó hacia los cuatro puntos cardinales, se lanzó verticalmente á las cinco en punto, y con una rapidez prodigiosa desapareció en el espacio.

Había terminado la manifestacion. Se convino generalmente en que se realizó cuanto se había anunciado y mucho más de lo que los menos desconfiados suponían.



El redactor en jefe abrió inmediatamente el paquete, que le entregó al aeronauta, después de leer en el sobre: *Al señor redactor principal de El Universal.*

Halló dos manuscritos.

Uno de ellos era una carta concebida en los siguientes términos:

“Señor redactor principal:

El Universal ha sido el único periódico que ha dado pruebas de sagacidad y perspicacia. Recibid por ello mis plácemes y las gracias más sinceras.

Hallareis natural que me dirija á vos con preferencia á todos vuestros colegas, para proponeros una reciprocidad de servicios.

Creo, en efecto, poder contribuir poderosamente

á la prosperidad de vuestro periódico, ofreciendoos dirigir únicamente á él todas las comunicaciones relativas al descubrimiento, cuya primera manifestación pública se ha manifestado en el día de hoy. Si esto os conviene, vuestro periódico será un verdadero *Avisador* de la locomoción aérea, el único autorizado y exactamente informado. Mis comunicaciones serán frecuentes, y, si no me hago ilusiones interesantes para el público. El número de vuestros lectores aumentará, en mi concepto, mucho y muy rápidamente.

En cambio os pido que consintais en que vuestra redacción sea el centro y el intermediario de todas las comunicaciones que haga ó que reciba, públicas y privadas. Se pondrá en conocimiento del público que, para mi uso, hay establecida una estafeta en vuestras oficinas y que se me remitirá exactamente cuanto por este conducto se me dirija. No os pido que transmitais las cartas que tenga que escribir yo mismo, para las cuales me valdré del correo. Pero deseo que en vuestro periódico inserteis, sin excepción alguna, todas las comunicaciones cuya publicidad desee. Además, suplico á todos vuestros colaboradores que separen, para hacerlo llegar á mis manos, cuanto se inserte en los periódicos relativo á mi invento.

Os agradeceré que me designeis una persona

perteneciente á la administracion ó redaccion de vuestro periódico, en quien pueda tener una confianza absoluta, y que se preste á ser mi intermediario, mi representante y mi mandatario para todo lo que en la ejecucion de mi descubrimiento pueda ofrecer un carácter administrativo. Si, por ejemplo, yo tuviere que abrir una suscripcion, él se encargaria de recibir los fondos para entregármelos, y de emplear, en conformidad con mis instrucciones, los que yo le remitiere. Si tuviese á bien fundar una sociedad, él prepararia las bases, las actas y los estatutos, y practicaria, por indicacion mia, las gestiones necesarias. Si hubiese necesidad de un local, él lo alquilaria; si de un objeto cualquiera, él se encargaria de comprarlo ó hacerlo construir; si de trabajadores ó auxiliares, él los contrataria, etc. No es necesario decir que recibiria siempre adelantados los fondos necesarios para todos los gastos que ocurriesen, y seria generosamente indemnizado de los viajes que pudiese requerir su cometido. Me entenderia con él sobre la cuestion de honorarios, que serian considerables, y aumentarían á medida que necesitase un concurso más activo, sin que este concurso pudiese en ningun caso absolver de tal manera su tiempo que le inhabilitase para trabajar en el periódico.

Guardaria estrictamente, lo mismo con él que con vos mismo y con todo el mundo, el más riguroso incógnito.

Si estas proposiciones os convienen en principio, os bastará publicar mañana el artículo adjunto. Si no os acomodan, considerad esta carta como si no la hubiéseis recibido.

Si el artículo adjunto, que podeis vos honrar con vuestra firma, se publica mañana, me apresuraré en transmitirlos las explicaciones necesarias para el establecimiento de nuestro buzón y la seguridad de nuestras comunicaciones.

La primera que os dirija será una relacion, esrupulosamente exacta de la manifestacion del 1º de Junio, pero sin ninguna revelacion de mi procedimiento y mi persona. El momento de divulgar mi secreto no ha llegado todavía.

Me permitireis firmar esta carta y las que os dirija en lo sucesivo con un nombre supuesto, sin por esto considerarlas anónimas. La inicial X, que puede ser una abreviatura del nombre Xavier, es la incógnita de los algebristas, y expresa en realidad lo desconocido. En cuanto al nombre de Nágrien, se compone de letras entresacadas al azar de las palabras. *Navigeteur aérien* (Navegante aéreo), que serán la única firma de mis comunicaciones al público por medio de vuestro periódico.

Incluyo en esta carta la cantidad de 2,000 francos, que os suplico considereis como irrevocablemente adquirida, lo mismo si rehusais que si aceptais mis proposiciones. Hareis de ella el uso que mejor os parezca, ya sea aplicándola á los gastos de instalacion de nuestra estafeta, ya sea en intereses de vuestro periódico, ó ya lo querais invertir en alguna buena obra. No os la envio con otro objeto que el de daros una prueba palpable, y probablemente innecesaria, de la formalidad de mis proposiciones.

Vuestro, con la mayor consideracion, etc.

X. Nagrien."

En efecto, clavados en la carta con un alfiler habia 2,000 francos.

El redactor en jefe no vaciló ni un solo instante. Era hombre de muy buen sentido y de mucha experiencia, de buen golpe de vista y determinacion pronta. En el ofrecimiento que se le hacia vió una verdadera ganga para su periódico, á cuya prosperidad estaba entregado en cuerpo y alma, sin contar las ventajas personales que debia reportarle por carambola. Leyó la carta á todos los redactores juntos, y todos fueron de su parecer. Aceptaron el trato por aclamacion. Pero ¿quién habia de ser el administrador de la locomocion aérea? Se propuso que se decidiera por

votacion, y se procedió á ella inmediatamente. Despues de un primer escrutinio, en que cada cual se dió el voto á sí mismo, recayó en una segunda votacion unanimidad de votos en el administrador del periódico, antiguo cajero de una casa de banca, hombre sumamente inteligente, muy versado en los negocios y de una probidad á toda prueba.

El Universal del dia siguiente, publicó en sus columnas, en grandes caracteres interlineados, el siguiente artículo como primer fondo:

Ponemos en conocimiento del público que *El Universal* es desde hoy el *Avisador* de la locomocion aérea.

El será el único que reciba las comunicaciones del autor de este prodigioso descubrimiento, firmadas con las palabras: *El Navegante aéreo*.

Estas comunicaciones serán frecuentes, y todas ellas sumamente interesantes para nuestros lectores. Llevarán un sello de exactitud y, si así puede decirse, de autenticidad, que nadie sería capaz de dar á sus reseñas y trabajos sobre el mismo objeto.

Las primeras comunicaciones empezarán á aparecer dentro de dos dias. Estas primeras comunicaciones no serán más que la explicacion de lo que no se haya podido aclarar bastante en las dis-

tribuciones de escritos y medallas que tanto han llamado la atención, y vendrá luego una relación tan exacta como circunstanciada del gran acontecimiento de 1º de Junio.

Los anuncios, informes y explicaciones relativos á la locomoción aérea abundarán en nuestro periódico, sin que en nada perjudique esto á su redacción habitual. Nuestro periódico será lo que era, con algo más.

Pero este algo más consistirá en todo lo que se refiere únicamente á un descubrimiento destinado á transformar la faz del mundo.

Dirigiéndose á nuestras oficinas, sin que haya otro conducto, será dado transmitir al navegante aéreo todas las comunicaciones posibles, que se enviarán con tanta exactitud como discreción, sin que nadie las abra más que él.

Debemos añadir en honor de la verdad que, hasta que trascorra un poco tiempo, no se hará revelación alguna acerca de los procedimientos de locomoción, ni tampoco acerca de la persona del navegante aéreo, sobre cuyo particular no tiene hasta ahora el menor indicio el redactor principal de este periódico ni sus colaboradores. El navegante aéreo ha tomado eficaces medidas para ponerse en comunicación con nosotros, pero conservando un riguroso incógnito.

Ofrece al público leer con la mejor detención cuantas cartas se le dirijan sin excepción alguna y contestar por el correo ó en las columnas de este periódico á todas las que merezcan respuestas. Suplica á las personas que le dirijan alguna carta que escriban con claridad su nombre y señas. Leerá hasta las cartas anónimas, pero no las contestará.

En ocasión oportuna expondrá en nuestro periódico sus ideas personales sobre la mejor marcha que deba seguirse para que todo el mundo, y ántes Francia que las demás naciones, saquen partido de su descubrimiento.

Anunciaremos próximamente otra manifestación pública de la locomoción aérea, más interesante aun que la del 1º de Junio. Prevenimos al público que en lo sucesivo nada se verificará sobre este asunto sin que nosotros lo anunciemos de antemano.

El presente anuncio se reproducirá mañana.

Firmaba el artículo el redactor principal. Se enviaron los dos números en que apareció á infinidad de personas de París y sobre todo de provincias, y un resumen de su contenido se fijó en todas las esquinas. El efecto fué instantáneo. Ya todo París conocía el incidente de la carta entre-

gada al redactor principal en presencia del inmenso gentío agolpado en las calles. El éxito excedió de una manera fabulosa á cuanto hubiera podido soñarse. Afluyeron las suscripciones, de suerte que de un día á otro se dobló, quintuplicó y hasta decuplicó la tirada. Se relegaron estrictamente á la última página los anuncios, que afortunadamente no estaban contratados, y aunque se triplicó su precio, hubo que rechazar las tres cuartas partes.

El 3 de Junio recibió el redactor principal por el correo ordinario una larga carta, firmada X. Nagrien, que contenía indicaciones cuidadosamente circunstanciadas. Se fijó una especie de buzón doble encima de una chimenea inútil que había en la sala de redacción, la cual era una pieza que se formó reuniendo dos por medio del derribo de un tabique á que se procedió al establecerse el periódico. El redactor principal y el administrador tenían cada cual una llave de una especie de caja de hierro colocada debajo de las jambas de la chimenea. El navegante aéreo tenía la de un cofre análogo situado en lo alto del tubo, y había un mecanismo muy sencillo para hacer subir y bajar sus comunicaciones respectivas.

Los informes dados por el periódico y los carteles no defraudaron la curiosidad del público, el

cual no tardó en saber como pudo el navegante aéreo distribuir por sí solo los numerosos escritos que tantos comentarios habían provocado. La prodigiosa rapidez de su locomoción le había permitido desde las ocho y media de la noche hasta las tres y media de la mañana recorrer París en todas direcciones. Lo que había podido hacer en siete horas de una noche oscura se explicaba perfectamente por lo que se le había visto hacer el 1º de Junio en cinco horas de día. Había, además, tomado sus disposiciones para tener á mano los tres mil ejemplares bajo sobre que la víspera se echaron á todos los buzones y los cincuenta que se expidieron sin franquear; para reunir los pájaros portadores del escrito que no soltó hasta llegada la noche, y para disponer el adorno del obelisco de modo que pudiera colocarlo de un solo golpe como un cura se pone la casulla. La noche ántes había escondido cuarenta talegos enormes, llenos de ejemplares prensados, en los rincones inaccesibles de los tejados, dos de ellos en cada distrito. A pesar de su peso le había sido fácil trasportarlos dos á dos, suspendidos de los órganos de locomoción, variarlos sucesivamente como varia el labrador los sacos del grano que está sembrando, y atar al paso ejemplares á los para-rayos, puntas, ganchos y prominencias que veía á su alcan-

ce y arrojarlos por las chimeneas y por todas las aberturas de los edificios públicos. Tenia llenos los bolsillos de monedas de cinco francos cuidadosamente envueltas y las repartió entre doscientas habitaciones rompiendo cristales con la mano metida en un guante de esgrima. Seguia á estas explicaciones una memoria circunstanciada de la manifestacion del 1º de Junio, aumentada ya por el rumor popular con tantas exageraciones que se habia convertido en leyenda completamente milagrosa.

Al mismo tiempo el administrador recibia instrucciones que desempeñaba con tanto celo como inteligencia, y no decimos cuáles eran para no parecer difusos. Bastará conocer los efectos.

VII.

UN PASEO POR FRANCIA.

EL UNIVERSAL del 18 de Junio publicó un anuncio concebido como sigue:

La segunda manifestacion pública de la locomocion aérea empezará el próximo Domingo 22 de Junio.

Su objeto principal será demostrar la velocidad á que puede llegar este género de locomocion y mostrar á las provincias lo que ha visto Paris.

El navegante aéreo quedará reconocido á las compañías de caminos de hierro si se quieren tomar la molestia de ir anotando sus operaciones para dar á estas un carácter incontestable de certeza y autenticidad. En los relojes de las estaciones contarán de una manera precisa los instantes de su llegada y partida, en razon á la uniformi-

ce y arrojarlos por las chimeneas y por todas las aberturas de los edificios públicos. Tenia llenos los bolsillos de monedas de cinco francos cuidadosamente envueltas y las repartió entre doscientas habitaciones rompiendo cristales con la mano metida en un guante de esgrima. Seguia á estas explicaciones una memoria circunstanciada de la manifestacion del 1º de Junio, aumentada ya por el rumor popular con tantas exageraciones que se habia convertido en leyenda completamente milagrosa.

Al mismo tiempo el administrador recibia instrucciones que desempeñaba con tanto celo como inteligencia, y no decimos cuáles eran para no parecer difusos. Bastará conocer los efectos.

VII.

UN PASEO POR FRANCIA.

EL UNIVERSAL del 18 de Junio publicó un anuncio concebido como sigue:

La segunda manifestacion pública de la locomocion aérea empezará el próximo Domingo 22 de Junio.

Su objeto principal será demostrar la velocidad á que puede llegar este género de locomocion y mostrar á las provincias lo que ha visto Paris.

El navegante aéreo quedará reconocido á las compañías de caminos de hierro si se quieren tomar la molestia de ir anotando sus operaciones para dar á estas un carácter incontestable de certeza y autenticidad. En los relojes de las estaciones contarán de una manera precisa los instantes de su llegada y partida, en razon á la uniformi-

dad de horas adoptada por las diferentes líneas de caminos de hierro.

El navegante no puede decir con anticipacion de una manera precisa á qué hora llegará á cada estacion, pero puede decir la hora de su salida. Seria necesario que desde el momento en que dejara la ciudad, el gefe de la estacion y algunos empleados se fijasen en esta circunstancia para informarse del instante preciso de su llegada.

Hé aquí los datos que puede anticipar acerca de su itinerario.

Domingo 22 de Junio, á las siete de la mañana, partida del obelisco. Evoluciones sobre Paris. A las ocho partida de la estacion del ferrocarril de Lem.

Llegada á Dijon. Evoluciones. A las diez, partida para Leon.

Llegada á Leon. Desaparicion momentánea. Reaparicion á las once y media. Evoluciones. A la una partida para Marsella.

Llegada á Marsella. Evoluciones. A las cuatro partida para Nimes.

Llegada á Nimes. Evoluciones. A las seis, partida para Narbona.

Llegada á Narbona. Desaparicion momentánea. El Lunes 23, á las siete de la mañana evoluciones en Narbona. A las ocho, partida para Tolosa.

El itinerario continuaba de este modo indicando como estaciones necesarias Tolosa, Bayona, Burdeos, Tours, Nantes, Rennes, Rouen, Lila, Estrasburgo, Nancy y Paris.

Preciso es decir que las compañías de caminos de hierro estuvieron léjos de acoger con entusiasmo la peticion que se les dirigió. ¿No las habia acaso de arruinar aquel fatal navegante aéreo como habian ellas arruinado á las empresas de diligencias? Verdad es que tan misterioso modo de locomocion no se habia revelado más que como aplicable al trasporte de una sola persona á la vez y se ignoraba si su dificultad, su precio y sus peligros hacian de él un objeto de pura curiosidad que no podia tener una aplicacion usual y práctica. Pero tambien era posible que fuese tan practicable como poco costoso. Podia muy bien ser tan á propósito para trasportar barquillas y hasta verdaderos buques aéreos como una persona sola. Si así fuera, los caminos de hierro quedarian muy pronto abandonados, arruinados los accionistas y un inmenso personal cesante. Si bien no habia sobrenido aun una baja sensible, no se compraban ya sus títulos, los cuales se negociaban á la par por la única razon de que sus poseedores no preveian de bastante léjos para deshacerse de ellos y venderlos á cualquier precio. Pero los más pru-

dentes empezaban á preguntarse si no sería conveniente negociarlos de cualquier modo.

Sin embargo, las compañías comprendieron que para el porvenir de la invencion, era indiferente que la acogiesen con más ó ménos simpatía. De nada serviría su mala voluntad, ni podria tener otro resultado que poner en ridículo sus mezquinos sentimientos. Además, eran las que más interesadas estaban en saber á punto fijo lo que debian temer de una futura concurrencia. Bajo este punto de vista, la comprobacion exacta del grado de velocidad presentaba una importancia de primer orden. Tomaron, pues, un partido y dirigieron á sus agentes instrucciones prescribiéndoles que apuntasen con la más rigurosa precision la hora, el minuto y hasta el segundo de la llegada y partida en cada estacion, y que redactasen informes circunstanciados de cuanto ocurriese digno de notarse.

El viaje empezó el 22 de Junio á la hora anunciada. Despues del efecto producido por la primera manifestacion, fácilmente se adivina cuál debió ser en Paris el apresuramiento de la multitud desde las siete de la mañana. *El Universal* penetraba ya en los más recónditos rincones de Francia, y, además, ningun periódico sin exponerse á perder sus últimos suscritores, habia podido

librarse de reproducir ó extraer las publicaciones cuyas primicias tenia un feliz colega. Así es que no habia nadie que no supiese en qué ciudades debia presentarse el navegante aéreo. Todas las demás, lo mismo que las aldeas, quedaron completamente desiertas. Llegaron viajeros de Alemania, Suiza, Italia, España, Inglaterra y Bélgica. Dijon, Leon, Marsella y todas las ciudades donde se habia prometido una corta detencion no habian visto nunca un gentío semejante. Inútil seria entrar en pormenores sobre las precauciones que, por medio de su administrador, habia tomado X. Nagrien para sus comidas y alojamiento en que pernoctar sin arriesgarse á hacer traicion á su incógnito. Lo que importaba era la comprobacion de la velocidad.

El gefe de estacion de Paris y todos los empleados á quienes su servicio permitia agruparse en torno suyo dieron fe de que el navegante aéreo, que llegó á la estacion algunos minutos ántes de las ocho, llevaba, á más de la media careta de su primera aparicion, una máscara de cristal, con objeto sin duda de resguardar su cara y sus ojos de la impresion del aire cortado con rapidez suma. Evolucionó algun tiempo, y partió de Paris á las ocho en punto, dándose inmediatamente aviso por telégrafo á la estacion de Dijon.

Allí se le vió aparecer y avanzar directamente hácia el reloj, cuyo cuadrante indicó con la mano. Eran las nueve y veinticuatro minutos. Por los maquinistas y fogoneros, los viajeros de los trenes que habia cruzado ó dejado atras y por los empleados de las estaciones intermedias, se puso más adelante que no habia dejado de seguir la línea del camino de hierro, y por consiguiente habria ganado diez ó doce minutos si hubiera viajado á vuelo de pájaro.

Pudo permanecer en Dijon más de media hora y volver á partir, como lo habia anunciado, á las diez en punto. Llegó á Leon á las diez y cincuenta minutos. En cincuenta minutos habia recorrido 197 kilómetros.

El viaje continuó del mismo modo.

El resultado era una velocidad media de 240 kilómetros ó 60 leguas por hora, 4 kilómetros ó una legua por minuto, el cuádruplo próximamente de la *gran velocidad* usual de los caminos de hierro, el sétimo á poca diferencia de la velocidad de la bala al salir del cañon, que anda de 400 á 500 metros por segundo, que vienen á ser 25 ó 30 kilómetros por minuto, y unas 400 leguas por hora.

Se podria ir de Paris á Londres en una hora y quince minutos; á Madrid en cinco horas y vein-

ticuatro minutos; á Viena en cinco horas y cinco minutos; á Berlin en tres horas y cuarenta y cinco minutos; á San Petersburgo, en once horas y quince minutos; á Moscou en doce horas y diez y seis minutos.

Se podria dar la vuelta al globo en seis dias, once horas y cuarenta minutos, con lo que se ahorraria casi la sexta parte de la velocidad de la superficie de la tierra girando alrededor de su eje. Si partiendo de un punto del Ecuador el domingo por la mañana, por ejemplo, se dirigiese el aeronauta hácia el Oeste, estaria de vuelta en el mismo punto el sábado por la tarde, si bien habria ganado un dia en el camino, lo mismo que en todo viaje en este sentido alrededor del Ecuador. Seria viérnes para el viajero en el momento de su regreso, y sábado para los habitantes del punto de partida y de llegada, los cuales habrian visto ponerse el sol seis veces, al paso que el viajero no le habria visto ponerse más que cinco.

El Universal publicó una relacion circunstanciada del viaje, y puso á las compañías de ferrocarriles en el caso de contradecir ó afirmar la exactitud, segun las comprobaciones de sus agentes. Las compañías en un principio se resistieron á contestar; pero *El Universal* volvió á la carga con tanta insistencia, que tuvieron al fin que diri-

girle algunos breves apuntes, declarando que en efecto los datos que habian adquirido, no se diferenciaban mucho de los que el periódico habia publicado.

La alarma de las empresas iba en aumento, y se manifestó en sus títulos una baja algo más marcada. No era aun gran cosa, pero bastaria tal vez que se viese en el aire una barquilla dirigida por aquel maldito inventor para que el pánico acarrearase un *sálvese quien pueda* general.

Un nuevo artículo de *El Universal*, renovando sus temores para el porvenir, les daba, sin embargo, por el momento algun respiro, pues anunciaba que el próximo experimento público, en razon de los preparativos que requería, no podria verificarse hasta último de Agosto.

VIII.

EL BUQUE.

El administrador, encargado con anterioridad de una triple mision, hizo construir en conformidad con los planos, dibujos é instrucciones que se dirigieron, un aparato que llamaremos buque, á falta de una expresion más exacta, y cuya descripción se hallará más adelante.

Tomó en alquiler, detras de los cerros de Mendon, una casita cercada, cuya tapia, que era bastante extensa, hizo levantar hasta una altura de seis metros. Sombreaaba dicha tapia una colina no interrumpida de corpulentos árboles.

Contrató tres hombres, que escogió con el mayor cuidado. Fueron muchos los que se le presentaron, especialmente aeronautas y marinos, al lle-

girle algunos breves apuntes, declarando que en efecto los datos que habian adquirido, no se diferenciaban mucho de los que el periódico habia publicado.

La alarma de las empresas iba en aumento, y se manifestó en sus títulos una baja algo más marcada. No era aun gran cosa, pero bastaria tal vez que se viese en el aire una barquilla dirigida por aquel maldito inventor para que el pánico acarrearase un *sálvese quien pueda* general.

Un nuevo artículo de *El Universal*, renovando sus temores para el porvenir, les daba, sin embargo, por el momento algun respiro, pues anunciaba que el próximo experimento público, en razon de los preparativos que requeria, no podria verificarse hasta último de Agosto.

VIII.

EL BUQUE.

El administrador, encargado con anterioridad de una triple mision, hizo construir en conformidad con los planos, dibujos é instrucciones que se dirigieron, un aparato que llamaremos buque, á falta de una expresion más exacta, y cuya descripción se hallará más adelante.

Tomó en alquiler, detras de los cerros de Mendon, una casita cercada, cuya tapia, que era bastante extensa, hizo levantar hasta una altura de seis metros. Sombreaaba dicha tapia una colina no interrumpida de corpulentos árboles.

Contrató tres hombres, que escogió con el mayor cuidado. Fueron muchos los que se le presentaron, especialmente aeronautas y marinos, al lle-

gar á su noticia los anuncios que publicó *El Universal*. Algunos pretendientes no solicitaban impelidos por la necesidad de ganarse la subsistencia, sino movidos por una ardiente curiosidad ó por su carácter aventurero. Se negó á admitir, por razon de su edad, á un antiguo coronel de caballería, del temple de aquellos que á los cuarenta años haria Napoleon I mariscales de Francia. Dió la preferencia á un maquinista de caminos de hierro, soldado de mucho valor y sangre fria. Colocó bajo sus órdenes dos marineros, de los cuales el uno habia servido en la armada y estaba condecorado á consecuencia de varias brillantes acciones, y el otro, muy distinguido tambien, era una verdadera celebridad en la marina mercante, por las muchas medallas de salvacion que se le habian conferido. Estos tres individuos estaban dotados de una fuerza hercúlea y eran hábiles gimnastas. El primero recibió el título de conductor, y los otros dos el de ayudantes, debiendo el navegante aéreo desempeñar en persona las funciones de capitán de su buque.

Cuando estuvo todo preparado, el conductor y los ayudantes se ejercitaron en sus nuevas funciones, principalmente durante la noche, en el cerceo que estaba oculto á todas las miradas. La maniobra, en la parte que les correspondia, era, á

decir verdad, casi nula. Su utilidad real se reducía en cierto modo á inspirar con su presencia bastante confianza á los pasajeros, para que éstos no se dejasen sobrecoger por vanos temores. No se les reveló absolutamente nada respecto á los procedimientos y á la persona del inventor, al cual no vieron nunca sino con la cara tapada, yendo y viniendo sobre la parte superior del aparato, que se ponía y quitaba cuando bien le parecia. Esta parte del aparato contenia los órganos de locomocion, y sin ella el buque permanecia en tierra como una masa inerte. El conductor y sus ayudantes se adiestraron principalmente en ajustar y desmontar los engarces y en navegar á algunos metros del suelo para familiarizarse con aquel género de locomocion.

Todo esto duró quince ó veinte dias más de lo que se deseaba, y hasta el 29 de Agosto no publicó *El Universal* el siguiente anuncio:

El domingo, 3 de Setiembre, un buque aéreo navegará encima de Paris y de su término, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Este buque se halla dispuesto á recibir unos cincuenta pasajeros. Pero esta vez no llevará más que el navegante aéreo, un conductor y dos ayudantes, pues sus evoluciones no tienen más objeto que demostrar la posibilidad de la navegacion

aérea, á las personas que deseen participar del viaje sucesivo, que se verificará el Domingo 10 de Setiembre.

Desde el 4 al 9 de Setiembre el buque, si bien destituido de sus órganos de locomoción, estará expuesto en un local dependiente de las oficinas de *El Universal*. Las personas que gusten visitarlo pagarán dos francos de entrada.

El experimento del 10 de Setiembre está organizado como sigue:

Se ponen á disposición del público treinta y cuatro asientos del buque, al precio de 1,200 francos cada uno.

Los que deseen embarcarse deberán inscribirse antes del 8 de Setiembre, en las oficinas de *El Universal* y dejar el importe de su asiento en manos del administrador del periódico, que les entregará el correspondiente recibo, y depositará diariamente los fondos en la caja pública que tenga á bien designar la autoridad.

Para la distribución definitiva de los billetes, el navegante aéreo dará la preferencia á las categorías siguientes:

Al gobierno, en la persona de cualquiera de sus miembros revestido de las funciones más elevadas. Si se presentan varios individuos de la

misma clase, por ejemplo, varios ministros, decidirá la suerte;

Al ejército, en la persona del militar de más alta graduación, teniendo la preferencia un mariscal de Francia sobre un general de división, y así sucesivamente;

La marina del Estado, siguiendo el mismo orden de preferencia;

Los principales ramos de la ciencia, siendo los preferidos los miembros del Instituto, representados por:

Un físico,

Un químico,

Un astrónomo,

Un geógrafo,

Un estadista,

Un economista,

Un médico,

La literatura, con preferencia para un miembro de la Academia francesa;

El periodismo, representado por un redactor de un periódico que no sea *El Universal*, al que está reservado un asiento;

Las artes, representadas por un pintor, siendo preferido un miembro del Instituto;

La industria, representada por:

Un constructor de buques;

Un constructor de máquinas;

Un administrador ó director de alguna compañía de caminos de hierro;

Un aeronauta.

Diez y siete asientos, ó en número mayor si no se hallan representadas todas las categorías que se han indicado, serán distribuidos por la suerte entre las personas que se hayan inscrito.

Se reservarán doce asientos gratuitos á músicos organizados en orquesta, dando la preferencia á una música militar, si se presenta.

Otros dos asientos gratuitos se reservarán á dos simples trabajadores que designen por votación los peritos de los oficios.

En la mañana del 9 se dirigirán billetes definitivos á las personas admitidas, con instrucciones útiles para el embarque y el viaje. Las cantidades entregadas por los que no hayan podido tener asiento les serán inmediatamente devueltas con solo presentar sus recibos.

El viaje se verificará conforme al itinerario siguiente:

El día 10, á las nueve en punto de la mañana, embarque. Evoluciones encima de Paris y de sus afueras, y partida para Strasburgo, de modo que se desembarque en dicha ciudad á las seis.

El 11, á las nueve de la mañana, embarque en

Strasburgo, evoluciones encima de la ciudad y partida para Lila, donde se desembarcará á las seis. Del mismo modo continuará el viaje por Lila, Rouen, Nantes, Burdeos, Bayona, Tolosa, Marsella, Leon y Paris, donde se estará de vuelta el miércoles 19 de Setiembre á las seis de la tarde.

Este anuncio suscitó inmediatamente un *tolle tolle* general, diciéndose en todas partes que no se había visto nunca una fatuidad semejante. Las preferencias con tanta soberbia otorgadas á ministros, mariscales de Francia y almirantes, como si los más encopetados personajes debiesen disputarse el favor de entregarse con los ojos cerrados á un aventurero cuyo incógnito nada bueno anunciaba; el precio de 1.200 francos por asiento, lo que daba un total de 40.800 francos por un viaje de diez dias, corriendo por cuenta de los embarcados los gastos de comida y alojamiento durante la noche; aquella música reclamada para conferirse el aeronauta á sí mismo un triunfo estrepitoso, todo demostraba tanto orgullo como codicia. X. Nagrien creyó de su deber contestar en *El Universal* á estas censuras, diciendo que no por orgullo, sino por deferencia, manifestaba, ántes de divulgar su descubrimiento, una predilección marcada á la autoridad, al ejército, á la marina, á la ciencia, á la industria, á la literatura, á las artes, para

que estudiasen los efectos adquiridos y las consecuencias probables. Respecto al precio de los asientos, dijo que no cometería la bajeza de justificarse del cargo de avaricioso que se le hacía sacando á relucir los centenares de miles de francos que le habían costado sus experimentos y la práctica de un descubrimiento, del cual podría sacar millones siempre que quisiera. Los que creían que era caro un viaje semejante llevado á cabo por primera vez atravesando los aires, que no lo hicieran si no querían hacerlo, y lo mismo los que no abrigaban una confianza absoluta.

Catorce dias mediaron desde el anuncio al primer experimento anunciado y veintin dias desde el anuncio al principio del experimento segundo. Este intervalo permitía llegar á Paris y á los demás puntos donde debía presentarse el buque, no solo á los que residían en Francia, sino que también á los habitantes de varios países extranjeros. Donde quiera se había resuelto desde mucho tiempo partir al primer anuncio de una exhibición nueva. No había quien á últimos de Agosto no estuviese en disposición de tomar el portante. Muchos, sobre todo en los países lejanos y particularmente los Estados-Unidos, creyeron que lo más seguro era ponerse en marcha ántes de aguardar la señal. Al darse ésta, se apoderó

de todo el mundo un verdadero frenesí. Organizáronse en todas partes trenes extraordinarios. El material móvil de los caminos de hierro llegó á ser insuficiente. Las compañías no bajaron sus precios, y ya que se hallaban tal vez en vísperas de su ruina, pudieron al ménos realizar beneficios bastante notables. Se agotaron todos los medios de locomoción, siendo sobre todo notable la afluencia de los ingleses.

El 3 de Setiembre la curiosidad pública no presentaba el mismo carácter que el 1º de Junio. No se hallaba ya mezclada de duda, de incertidumbre y de la inflexible ansiedad con que se espera siempre lo desconocido. Era más tranquila, pero no ménos ardiente. Se sabía lo que se iba á ver, más no por eso se deseaba ménos verlo. La multitud, engrosada por una enorme concurrencia de extranjeros, era más numerosa pero no convergía hácia un centro determinado. Estaba diseminada por todas partes, dirigiéndose muchas personas con preferencia á los puntos en que se les figuraba que sería ménos considerable. La autoridad había tomado medidas de precaución, pero como no temía ningún complot, no puso la tropa sobre las armas.

A las ocho se vió avanzar magestuosamente el buque aéreo por la avenida de los Campos Elíseos,

á una altura que permitía observarle bastante exactamente. Presentaba el aspecto general de una tienda prolongada cuyo lienzo se hubiera levantado hasta las dos terceras partes de su altura, teniendo las cuerdas muy tirantes. Era el piso de forma elipsoidal, angosto hácia adelante y ancho en su porción posterior. Hallábase rodeado de una balaustrada en que se veían unos cincuenta asientos vacíos, separados por intervalos de más de un metro y que parecían sumamente cómodos. Delante de cada asiento había una mesita, y encima estantes, perchas y lámparas de globos esmerilados. El vértice del aparato reproducía en menor escala su forma general, y terminaba en una esfera de metal bruñido, que parecía cobre. Debajo de la esfera, en una reducida plataforma rodeada también de una balaustrada, de la cual partían cuerdas y barras de metal que tenían al parecer suspendida la parte inferior del buque, había una especie de sillón, de la forma llamada *á la Bonaparte*, que daba vueltas alrededor de un eje como un taburete de pianista. Allí estaba sentado el navegante aéreo, vestido como el día de su primera aparición. Dos palancas encorvadas, que arrancaban de debajo de su asiento, remataban en manubrios al alcance de sus manos. Otra palanca bajaba de la esfera superior y terminaba lo mismo

que las otras. La pequeña plataforma tenía anterior y posteriormente dos grandes lentes que podían girar en todos sentidos en torno de sus sustentáculos fijos. El aeronauta además, tenía en la mano un catalejo. Una mesa en forma de herradura, que parecía provista de cajones, estaba colocada delante de él, con la escotadura hácia atrás. Fijos en la parte anterior de la mesa se veían cuatro objetos en que los espectadores provistos de anteojos ó gemelos de teatro, creyeron reconocer un cronómetro, un barómetro, un termómetro y una brújula.

En el piso inferior había colocados tres hombres, dos en la parte anterior, en una especie de estrado, y otro en la posterior, en otro estrado más alto. Todos tenían á su alcance un gran lente giratorio y un anteojo en la mano, un asiento detras y al lado una escala de cuerda tendida, enganchada en los bordes de la plataforma superior. El que estaba detras tenía además una mesa de herradura igual á la de arriba y provista de los mismos objetos. Tubos acústicos, con sus correspondientes pabellones de portavoz, ponían en comunicación a parte superior con la inferior y ésta con aquella.

Se distinguían delante del piso inferior dos cañones de pequeño calibre, con la boca dirigida al

espacio en ángulo de cuarenta y cinco grados. Cuando hubo llegado el buque encima del obelisco, los que estaban en la parte anterior se acercaron á las piezas y se oyeron dos cañonazos, que se repitieron de media en media hora mientras duraron las evoluciones. El buque aéreo, que á primera vista no era más que un vehículo, podía convertirse en una terrible máquina de guerra.

Las evoluciones fueron á poca diferencia iguales á las que el navegante aéreo habia practicado solo el 1º de Junio. La más notable particularidad que ofrecieron fué la siguiente: El aeronauta se levantó varias veces de su asiento despues de imprimir al buque una marcha lenta y regular, para describir alrededor mil evoluciones aéreas, adelantándose, quedándose atras, uniéndose á él, dando vueltas por encima y por debajo. Se observó que el buque, si bien adquiria de cuando en cuando una velocidad considerable, no llegaba ésta nunca á la mayor con que se habia visto al navegante aéreo moverse solo. Notóse tambien que los varios movimientos del buque dependian de la accion de las palancas con manubrio.

El aparato estuvo expuesto desde el dia siguiente en un local desocupado, que era como un accesorio de la casa en que se hallaban situadas las oficinas de *El Universal*. Dicho local recibia la

luz de lo alto por una grande abertura en que habia una vidriera que se quitó expresamente para introducir el buque. Pareció muy pequeño á la multitud que se agolpó á la puerta para verlo. Fué necesario establecer en el interior una corriente regular, gracias á la cual pudieron entrar diariamente de diez á doce mil personas á las que se dejaba tiempo suficiente para verlo. Durante los seis dias que duró la exhibicion, se recaudaron unos 140,000 francos.

La curiosidad de los visitantes no quedó satisfecha más que á medias, si bien no se puede decir que hubiese habido engaño despues de lo que se habia anunciado explícitamente. La parte superior del buque se reducía á una balaustrada circular, á la cual podian adaptarse, siguiendo un sencillo sistema que se explicó al público, los órganos de locomocion, el piso superior, el asiento del capitan, su mesa, etc. El conductor y los dos dependientes eran por lo comun los encargados de a maniobra. Pero el capitan, si queria, podia hacer funcionar el buque por sí solo y sin ayuda de nadie. De su voluntad dependia desprenderse de todo y quedarse solo en el aire, sin que en los despojos del buque, hecho pedazos en su caída, se pudiese encontrar el más mínimo indicio de los procedimientos de locomocion. Tan formidable po-

der, en manos de un desconocido, hizo vacilar á muchos que estaban dispuestos á pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto á los pormenores de instalacion, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componia de un metal que parecia hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenia perfectamente equilibrado. Tambien eran de metal las barras de suspension, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducian en otras fijadas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guardados de cristales, podian envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenia á su disposicion para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre ejes, podian trasformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habian quitado de las cureñas, y éstas eran análogas á las de los cañones de marina. Notóse que no habia solamente dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

IX.

LA PRUEBA DECISIVA.

La primera persona que soltó sus 1,200 francos, pidiendo asiento, pertenecia al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecia á la alta sociedad, y se habia hecho célebre por sus extravagancias, por la exageracion de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo y no destituida de talento, se le aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querian imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más ó

der, en manos de un desconocido, hizo vacilar á muchos que estaban dispuestos á pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto á los pormenores de instalacion, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componia de un metal que parecia hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenia perfectamente equilibrado. Tambien eran de metal las barras de suspension, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducian en otras fijas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guardados de cristales, podian envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenia á su disposicion para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre ejes, podian trasformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habian quitado de las cureñas, y éstas eran análogas á las de los cañones de marina. Notóse que no habia solamente dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

IX.

LA PRUEBA DECISIVA.

La primera persona que soltó sus 1,200 francos, pidiendo asiento, pertenecia al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecia á la alta sociedad, y se habia hecho célebre por sus extravagancias, por la exageracion de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo y no destituida de talento, se le aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querian imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más ó

ménos autorizadas por sus maridos. El administrador las manifestó que había consultado al navegante aéreo, cuya respuesta esperaba. Al mismo tiempo afluan peticiones de todos los *sportemen* miembros de club y sociedades jóvenes que en el mundo elegante llevaban ó tenían la pretension de llevar la batuta. El ejemplo femenino fué de mucha importancia. Los de la juventud dorada se hubieran creído deshonrados, ó hubieran temido pasar por pobretones que no tenían 1,200 francos, ó por cobardes que temían romperse la crisma, si no hubieran hecho como todo el mundo. Muchos extranjeros tomaron billete. Habiéndose ya puesto en camino, que era lo principal, no era justo que no procurasen sacar de su viaje el mayor partido posible. Muy pronto no hubo una sola persona que pudiendo disponer de 1,200 francos, no quisiera correr la aventura. En el cuartel latino y en los talleres hubo la idea de formar grupos de cincuenta, ciento y hasta quinientos individuos, contribuyendo cada uno con una corta cantidad para suscribirse en nombre del grupo, y sortear el billete en el caso de obtenerlo. El primer día, la administracion no recibió más que 80.000 francos. En el segundo recibió 900,000 y la progresion fué aumentando en todos los días sucesivos. Cuando se cerró la suscripcion, una suma total de

65.308,800 francos, entregados por 54,484 suscritores, se hallaba depositada en la caja de las consignaciones, que el gobierno designó con bastante condescendencia.

Esta condescendencia no resultaba precisamente de una simpatía ciega favorable á la invencion y al inventor desconocido, sin ninguna segunda intencion. El gobierno no se había dado aun exacta cuenta de todas las consecuencias que podia producir tan trascendental descubrimiento. Sin duda hubiera querido apoderarse de él, pero no sabía cómo salir airoso de su empeño. El peor de los medios hubiera sido una hostilidad más ó ménos abierta, con la cual se hubiera espuesto á que el inventor desapareciese de la noche á la mañana, y pusiese á disposicion de los extranjeros su talento y su secreto, ó á que tal vez se sirviese de éste para fomentar movimientos revolucionarios, ó á que tal vez, pues se ignoraba de lo que era capaz, organizase una partida de filibusteros y de piratas aéreos con que hubiera puesto en jaque todas las fuerzas que la organizacion social hubiera podido oponerle. Importaba, pues, no precipitarse, antes de conocerle, á tratarle, como enemigo. Gran cosa hubiera sido saber de qué pié cojeaba el inventor, ¿pero cómo? Se acarició la idea de reanudar la informacion que se había

abierto con motivo de la distribucion nocturna, pudiéndose añadir para justificarla un nuevo cargo á los anteriores, cual era la detencion de armas y municiones de guerra denunciada por los cañonazos que habian acompañado las evoluciones del buque aéreo.

Tambien podia el gobierno sacar partido de los artículos firmados simplemente con la calificacion de *el navegante aéreo*, que habia insertado *El Universal*, y perseguirlos por contravencion á la ley de las firmas. Pero volviendo á la informacion, el gobierno hubiera ejercido un acto de verdadera hostilidad, expuesto á ser muy mal acogido. El primer interrogatorio del redactor principal ó del administrador de *El Universal* podia convertir al navegante aéreo en un enemigo declarado. Además, era probable que la informacion no condujera á nada, porque se habian al parecer tomado las debidas precauciones, y todo inducia á creer que los hombres de *El Universal* eran sinceros cuando declaraban que no sabian una palabra acerca de la individualidad de su corresponsal misterioso. Procurar apoderarse de su persona por medio de una emboscada, cuando iba por la noche á tomar ó dejar sus comunicaciones escritas en lo alto de una chimenea, era materialmente imposible y moralmente odioso. Lo único que pareció practicabl

fué ordenar que por los más sagaces esbirros y agentes de policía se practicasen asíduas pesquisas, y entre tanto no poner mala cara al descubridor hasta nueva orden. El navegante aéreo seguia al parecer un plan cuidadosamente meditado. Lo poco que habia dicho acerca de su propósito de que de su descubrimiento se aprovecharse principalmente Francia, y acerca tambien del sentimiento de deferencia que le habia inducido á reservar asientos á la autoridad y á las sociedades sábias, no anunciaba ninguna actitud hostil, si bien el gobierno se sentia herido en su amor propio por haberse prescindido de él, sin haber solicitado directamente su poderoso apoyo y alta benevolencia. Se tomó definitivamente la resolucio de seguir esperando, hasta que nuevas circunstancias diesen algunos indicios acerca del mejor partido que podia tomarse. Era posible que el viaje anunciado derramase alguna luz, y convenia aprovechar la ocasion.

Adoptada esta resolucio, se aceptaron los acontecimientos, si no sin repugnancia, al ménos con una buena voluntad aparente. Se tuvo la galantería de poner á disposicio de las corporaciones sábias el precio de los asientos que les estaban reservados. Habiéndose ofrecido todos los ministros á emprender el viaje, fueron designados el de

Obras públicas, el de la Guerra en su cualidad de mariscal de Francia, y el de Marina como almirante. Se organizó una pequeña banda militar que se compuso de doce músicos, la más ruidosa y la mejor posible, que ensayó trozos de música de carácter de triunfo. *El Moniteur* publicó una nota que dió á conocer estas disposiciones. La misma nota anunciaba que el gobierno pagaría los gastos, en las localidades en que la municipalidad no se brindase á sufragarlos, de una comida ofrecida á todos los viajeros al llegar á las ciudades indicadas como estaciones, de su alojamiento durante la noche y de su almuerzo al día siguiente.

Pero no fueron simples comidas lo que organizaron las municipalidades, sino verdaderas fiestas. Banquetes ofrecidos al navegante aéreo, á sus compañeros de viaje y á las principales notabilidades de cada ciudad, en seguida bailes, iluminaciones, fuegos artificiales, hospedaje espléndido á los viajeros, nada se omitía en los programas. *El Universal* publicó un artículo en que el navegante aéreo declinaba los honores que se le ofrecían, dando por ellos las más expresivas gracias. Creería faltar á todos los respetos presentándose enmascarado en los banquetes y fiestas. Pero importaba mucho á la libertad de sus actos, al porvenir de su descubrimiento y á su país, que

debía ser el primero que de él se aprovechase, guardar un riguroso incógnito hasta haber combinado, de acuerdo con el gobierno, importantes medidas. Creía, además, no exponerse á que sus compañeros de viaje desaprobasen su conducta, aceptando los agasajos en su nombre, y prefería mil veces á los brándis de que su persona había de ser objeto, los que se hicieran por el porvenir de su invención y la prosperidad de Francia, que encontraría en su descubrimiento un nuevo manantial de prosperidad y grandeza.

En el mismo artículo, publicado el 8 de Setiembre, se escusaba de no admitir mujeres para aquel primer viaje, al devolverles su dinero con gran sentimiento de todas ellas. Al mismo tiempo que tributaba el debido homenaje á la intrepidez con que se habían ofrecido á tomar parte en un experimento que si bien no presentaba ningun peligro, era una provocación á elementos desconocidos que nadie reta sin ser muy audaz, no quería exponerlas á las conmociones de un viaje tan rápido llevado á cabo por primera vez en el espacio. Quería que ántes, por las relaciones de testigos oculares, supiesen lo que era semejante travesía. Tendría mucho gusto en admitir á las señoras que le honrasen con su presencia para el viaje siguiente, que debía verificarse dentro de seis ú ocho meses

pues todo este tiempo se necesitaba para construir un buque que pudiera contener quinientos pasajeros. Este seria un viaje al extranjero y probablemente alrededor del mundo.

El 10 de Setiembre, á las nueve en punto, el buque aéreo con todos sus pasajeros se levantó lentamente por encima del cobertizo abierto del local en que habia estado expuesto á la curiosidad pública. El capitán, montado en el pequeño aparato que servia al grande de complemento, habia llegado, para enlazarlo con éste, diez minutos ántes. Al llegar á unos cincuenta metros más arriba de los tejados más altos, resonaron sucesivamente seis cañonazos. Despues navegó el buque por encima de Paris con una lentitud magestuosa, poblando los aires de armonía la música militar á que contestaban los bravos de la muchedumbre. Los pasajeros contemplaban con admiracion el espléndido espectáculo que se desplegaba bajo sus piés, extendiéndose por el horizonte dilatado. Pocos habia entre ellos que hubiesen practicado ascensiones aerostáticas. Se navegaba lentamente. La rapidez no aumentó hasta que se dirigió el buque á diversos puntos de las afueras de Paris, pero por grande que fuese, era casi insensible para los viajeros. Cuando éstos contemplaban el espacio, veian al parecer moverse lentamente los

objetos, á excepcion de los que se hallaban muy cercanos. Además, el navegante aéreo procuraba variar todo lo posible la posicion del buque para favorecer todas las observaciones. Ni un solo instante abandonó su puesto para volar aisladamente, de lo que en su interior se alegraron todos mucho, pues estando él allí se sentian más tranquilizados hasta los más intrépidos. Se sabia que el secreto no era conocido ni del conductor ni de sus dependientes. Cuando emprendió su marcha hácia Strasburgo, se elevó considerablemente. Los viajeros experimentaron una viva sensacion de frio, y pareció que el viento se desencadenaba furioso, pero que no se adelantaba nada. El imperceptible mecimiento causado al buque por su método de suspension en la parte superior no tenia ni la más remota semejanza con el movimiento de un carruaje de muelles ó ballestas, ni con los balances de un buque en el mar, ni con la trepidacion de los wagones en los ferrocarriles. Era casi la inmovilidad de una butaca en un gabinete. Al llegar á Strasburgo, nadie sabia hacerse cargo de que se hubieran andado más de dos kilómetros por minuto.

Eran las seis en punto. Se dispararon seis cañonazos. La banda militar tocó algunas marchas durante las evoluciones que se practicaron encima de

la gente, de que parecía rebosar la gente que cubría todo el pavimento. Se descendió á los jardines de la prefectura. Apenas el buque tocó la tierra, los dos dependientes se dirigieron á las escalas de cuerda y desataron las amarras que sujetaban el pequeño aparato superior, el cual subió rápidamente por los aires, llevándose al capitán. No se sabe qué disposiciones había tomado para comer y hospedarse, y no se le volvió á ver hasta el día siguiente, diez minutos ántes del embarque.

En todas partes las fiestas fueron brillantes y el entusiasmo llegó á su colmo. La multitud se agolpaba alrededor de los viajeros, y se consideraba dichoso el que podía oír de su boca algunos pormenores de sus observaciones. En Strasburgo, después del banquete, los ministros de la Guerra y de Marina tomaban café con el prefecto en medio de un grupo.

—Mi querido almirante, dijo el primero al segundo, podemos felicitarnos de que este acontecimiento no sobreviniese veinte años ántes, pues de otra suerte ni vos ni yo tendríamos el bastón de mando.

—En cuanto á mí, tal vez, respondió el almirante, porque voy viendo que dentro de poco nuestras cáscaras de nuez solo servirán para hacer leña y nuestras velas se destinarán á envol-

ver fardos. Pero si la marina ha muerto, la artillería sigue viviendo.

—¿Quién sabe? replicó el mariscal. Además, yo no soy artillero, sino ingeniero. Fortificad plazas de guerra contra aparatos que os enviarán los proyectiles en forma de granizo. Desafío al mismo Vauban á que haga ahora una demostración de la *plaza ideal*. ¿Qué opina acerca del particular el señor ingeniero en jefe?

—La interpelación se dirigía á uno de los pasajeros, director de una compañía de caminos de hierro.

—Soy de parecer, respondió, que nuestros accionistas están arruinados.

—Y los directores de los caminos de hierro van á ser tan inútiles como los capitanes de viajes trasatlánticos.

—¡Oh! eso me tiene sin cuidado. Necesidad habrá siempre de alguno para fabricar y gobernar estas máquinas, como la hay ahora de fabricar locomotoras y gobernar buques. ¿Sabeis cuál es la gente de la cual en lo sucesivo no se sabrá qué hacer?

—Los gendarmes, respondió el prefecto.

—A no ser, observó el académico, que se les envíe por los aires á perseguir malhechores, como Geronte quería que se hiciese justicia en el mar.

—Los ladrones *volarán* (1) y los gendarmes también, se permitió decir un estudiante bohemio que había ganado su billete á la suerte, gracias á 5 francos que puso con otros en la rifa que se abrió al efecto.

—Otros habrá más inútiles que los gendarmes, replicó el ingeniero en jefe.

—¿Quiénes son esos otros? preguntó el prefecto.

—Preguntádselo á uno de vuestros convidados, á un inspector de aduanas que está, segun creo, en la pieza inmediata.

—Pues bien, exclamó el economista, ¡viva el libre cambio!

A eso de las cinco se desencadenó entre Nantes y Burdeos un huracan espantoso. Los ánimos estaban intranquilos, sobre todo, despues de una observacion del físico, miembro del Instituto, sobre la materia con que se había construido el buque, casi todo de metal. Mucho riesgo se corria de atraer algun rayo en medio de las nubes cargadas de electricidad, parecidas á densas nieblas, que envolvian á los pasajeros. El conductor dió á éstos aviso de que se colocasen alrededor del

[1] *Volaront*, dice el original frances, lo que significa *volarán* y también *robarán*. El castellano hace desaparecer el equívoco.

porta-voz para oír una explicacion del capitan. Este les manifestó que no debía la tempestad inspirarles la menor zozobra, en atencion á que el aparato había recibido una especie de cimentacion, cuyo secreto él solo poseia, que le daba tanta energía para rechazar la electricidad como la que tiene el hierro ordinario para atraerla. Más adelante debía revelar este secreto al mismo tiempo que los procedimientos de locomocion. Poco comprendieron de aquella explicacion los viajeros, y á pesar de la fe que tenían en un hombre que tantas maravillas había producido, estuvieron todos muy contentos de verse una hora despues guarecidos en Burdeos en la casa de ayuntamiento.

Las observaciones particulares de los pasajeros no les permitieron formar conjetura alguna acerca de los procedimientos de locomocion y de la persona del inventor. Se calculó exactamente la velocidad media, que era de treinta y cinco leguas por hora, un poco más de la mitad de la que había podido alcanzar el navegante aéreo en su primera vuelta alrededor de Francia y el doble próximamente de la gran velocidad ordinaria de los caminos de hierro. Era una velocidad enorme, y, sin embargo, no era el máximo de lo que podía obtenerse.

El Universal, cuyo principal redactor y cuyo

administrador habian obtenido gratuitamente dos asientos que tenian muy merecidos, publicó una série de artículos cuyo conjunto venia á ser una memoria circunstanciada de aquel viaje, que se podia considerar como un experimento decisivo. La prueba estaba hecha de la manera más irrefragable. Solo faltaba estudiar las consecuencias probables de aquel descubrimiento, y *El Universal* anunció que iba á emprender este estudio por su cuenta y sin la intervencion del navegante aéreo. Solicitó con ahinco de la autoridad, de las corporaciones sábias y de todos los pasajeros que publicasen sus observaciones, y suplicó á todos los publicistas que procurasen profundizar la cuestion durante los seis ú ocho meses que debian trascurrir ántes del gran viaje anunciado. El inventor aguardaba, para poner al público en aptitud de sacar partido de su descubrimiento, que se hubiesen calculado las consecuencias que de él debian resultar, y que el gobierno le diese á conocer las medidas que se le ocurriese adoptar para impedir que un gran bien se trasformase en un gran mal, y para que la Francia hallase en la nueva invencion un nuevo manantial de superioridad sobre todas las naciones rivales.

Para facilitar estos estudios, *El Universal* sugirió algunos datos transmitidos por el inventor.

Los órganos de locomocion de que se valia para viajar aisladamente por los aires, le habian costado 5.000 francos, pero calculaba que podrian llegar á fabricarse con 1.000 ó con 1.200 francos. Su eficacia debia durar un centenar de años, sin ningun gasto de conservacion.

El buque aéreo le habia costado 42.000 francos y los órganos de locomocion 20.000 francos, lo que formaba una suma total de 62.000 francos, que se reduciria á ménos de 40.000, cuando haciéndose usual, la fabricacion se hubiese perfeccionado. La duracion del aparato podia considerarse como indefinida, sin necesitar más gastos que algunos de conservacion muy insignificantes. Estas ganancias aumentarán con las dimensiones del buque, aunque en una proporcion menor.

La locomocion, propiamente dicha, no costaba absolutamente nada, porque el aparato funcionaba en virtud de una eficacia propia.

La velocidad podia exceder en mucho á todas las velocidades de vehículos conocidos. Pudiera decirse que no tenia más límite que las exigencias de la organizacion humana, á lo cual no es dado traspasar cierto grado de velocidad en la atmósfera. A la medicina y á la experiencia correspondia fijar con exactitud este grado.

Admitiendo que un buque aéreo construido pa-

ra quinientos pasajeros cuesta 100.000 francos nada más fácil que hacerle recorrer 1.200 kilómetros por día sin contar las noches. Con solo hacer pagar á cada viajero un céntimo por kilómetro, resulta, sin contar los trasportes de bagajes y mercaderías, una ganancia de 6.000 francos diarios ó 2.000.000 de francos anuales. Con un personal prodigamente retribuido, señalando, por ejemplo, 40.000 francos al capitán, 20.000 al conductor y 50.000 á cinco dependientes, queda un beneficio neto de 20.000 anuales, después de separar 80.000 francos para gastos de conservación contabilidad y embarcadero, y para pagar los intereses del capital y amortizarlo. El propietario de diez buques se embolsaría anualmente 20.000.000 y los viajeros pagarían ocho ó diez veces menos que en camino de hierro, para ir dos, tres ó cuatro veces más de prisa, sin ningún peligro de descarrilamiento, naufragios ú otros accidentes.

Por último, el procedimiento podría aplicarse, como motor, á todas las máquinas posibles, y hacerlas mover, sin más gastos que los de instalación, resultando una revolución industrial que aumentaría el bienestar general con la disminución del precio de fábrica de todo, sin hablar de los centenares de millones de beneficios que podría procurar al inventor.

X.

POLÉMICA.

No había necesidad de las excitaciones de *El Universal* para que se publicasen sendas reflexiones sobre el inaudito descubrimiento. Los comentarios abundaron desde la manifestación primera, y se multiplicaron, como era natural, á cada nuevo experimento. Con ellos se mezcló la poesía. El obelisco de Luxor, monumento único en el mundo, simbolizando á la vez el pasado más remoto y el porvenir con sus más magníficas perspectivas, se convirtió en un tema clásico de odas y de himnos. Se organizó una especie de agitación para exigir que su pedestal fuese reemplazado por otro, en que se grabase la memoria del inmortal acontecimiento de 1º de Junio, fecha

ra quinientos pasajeros cuesta 100.000 francos nada más fácil que hacerle recorrer 1.200 kilómetros por día sin contar las noches. Con solo hacer pagar á cada viajero un céntimo por kilómetro, resulta, sin contar los trasportes de bagajes y mercaderías, una ganancia de 6.000 francos diarios ó 2.000.000 de francos anuales. Con un personal prodigamente retribuido, señalando, por ejemplo, 40.000 francos al capitán, 20.000 al conductor y 50.000 á cinco dependientes, queda un beneficio neto de 20.000 anuales, después de separar 80.000 francos para gastos de conservación contabilidad y embarcadero, y para pagar los intereses del capital y amortizarlo. El propietario de diez buques se embolsaría anualmente 20.000.000 y los viajeros pagarían ocho ó diez veces menos que en camino de hierro, para ir dos, tres ó cuatro veces más de prisa, sin ningún peligro de descarrilamiento, naufragios ú otros accidentes.

Por último, el procedimiento podría aplicarse, como motor, á todas las máquinas posibles, y hacerlas mover, sin más gastos que los de instalación, resultando una revolución industrial que aumentaría el bienestar general con la disminución del precio de fábrica de todo, sin hablar de los centenares de millones de beneficios que podría procurar al inventor.

X.

POLÉMICA.

No había necesidad de las excitaciones de *El Universal* para que se publicasen sendas reflexiones sobre el inaudito descubrimiento. Los comentarios abundaron desde la manifestación primera, y se multiplicaron, como era natural, á cada nuevo experimento. Con ellos se mezcló la poesía. El obelisco de Luxor, monumento único en el mundo, simbolizando á la vez el pasado más remoto y el porvenir con sus más magníficas perspectivas, se convirtió en un tema clásico de odas y de himnos. Se organizó una especie de agitación para exigir que su pedestal fuese reemplazado por otro, en que se grabase la memoria del inmortal acontecimiento de 1º de Junio, fecha

desde entónces la más memorable. Se publicaron sobre la cuestion del dia algunas obras notables y muchas insoportables estupideces. Los folletos y los periódicos reflejaban generalmente el entusiasmo y la admiracion del público, con que, sin embargo, se mezclaba una especie de oposicion sorda que la reflexion acrecia y que los poderosos intereses que se sentian comprometidos fomentaban bajo mano.

La ruina de los caminos de hierro era un hecho realizado. Los millones de millones invertidos en tan gigantescas empresas se desvanecian como por encanto, arruinaban á los accionistas, dejaban sin pan ejércitos de empleados, escalaban las posesiones de sus altos funcionarios, ponian fuera de combate un inmenso material y envolvian en la atmósfera cien industrias accesorias.

Otro tanto puede decirse de la marina mercante y de todas las artes que á ella se refieren. No habia un armador ni un constructor de buques que no presintiese su ruina. Análogos temores experimentaban todas las empresas de trasporte, terrestres, fluviales y marítimas. Tambien la marina del Estado iba á quedar repentinamente anclada, y sus oficiales y marineros, perdiendo su razon de ser, se quedaban sin carrera. No les quedaba otro recurso que dedicarse ellos tambien á la navega-

cion aérea, que requeriria un personal mucho más restringido, ó recibir del Estado un sueldo parecido á una limosna, sin esperanza de ascensos, en lo sucesivo imposibles. Tampoco se construirian más carreteras ni puentes, bastando unas cuantas sendas de mala muerte para los peatones; ni se abririan canales, como no fuesen de riego; ni habria puertos de mar, puesto que no habia marina. Se abolirian completamente los ingenieros de puentes y calzadas, y los vigilantes, y los peones camineros, y los destajistas y contratistas. El carbon de piedra no se usaria ya más que para combustible, y la industria carbonífera desaparecería. Veríanse seriamente amenazados los cocheros y los caleseros, los carreteros y hasta los traficantes y domaderos de caballos.

El comercio del mundo iba á experimentar una transformacion brutal. Tal vez á la larga el inmenso desarrollo que tomase seria un beneficio. Pero entretanto se iban á alterar todas las relaciones, á deshacerse todos los centros mercantiles, á abolirse de hecho todas las aduanas y portazgos, lo que, de paso, mataba una infinidad de industrias, incapaces de resistir una exageracion semejante del libre cambio, comprometia las rentas de los Estados y de las ciudades, y suprimia los medios de subsistencia de numerosos emplea-

dos, sin hablar de otra revolucion industrial que produciria el uso para las máquinas de una nueva fuerza motriz que arruinaria todas las fábricas existentes. En resumen, el comercio y la industria, tales como estaban constituidos, quedarian desde luego completamente arruinados para mayor bien de la posteridad, á ménos que no fuese para su mayor mal.

Y no eran solamente los intereses materiales los que tendian á coaligarse contra la invencion. Los partidos políticos la miraban con malos ojos. En un principio los liberales la aplaudieron con entusiasmo. ¿No traia acaso al mundo aquella invencion la libertad, toda la libertad, la libertad absoluta, sin cortapisas posibles? Pero no tardaron en preguntarse si eso podria ser tambien un instrumento de tiranía. Los pueblos no pueden pasar la vida en el aire para sustraerse á los desmanes de los déspotas, los cuales podrian organizar ejércitos aéreos y absorber en su provecho, por medio de leyes rigurosas sancionadas por penas severas, el monopolio del nuevo género de locomocion. La actitud tomada por el inventor contribuia á hacer prevalecer sobre la simpatía la antipatía y la desconfianza. No habia hablado de la autoridad sino con deferencia de mal agüero. Parecia estar pronto á entregar su secreto al go-

bierno luego que éste hubiese tomado las medidas necesarias para asegurarse el monopolio. No se veia que se preocupase mucho de volver su invencion favorable á la libertad del mundo.

Temores en sentido opuesto mantenian perplejos á los gubernamentalistas y al gobierno. Pero entre los partidarios del principio de autoridad, los habia que no titubeaban en considerar la invencion como una inspiracion satánica, próxima á desencadenar en el mundo el mayor desorden, y que merecia, por lo tanto, se fulminase contra ella toda la reprobacion divina y humana.

Compréndese que se trata de cierto catolicismo, tal como en aquella época lejana lo comprendieron algunos. Podia admitirse en rigor que los gobiernos y las sociedades hallarian, aunque con grandes dificultades, medios de ponerse á cubierto de la anarquía material y del desorden exterior. Pero las sanas doctrinas serian de todo punto impotentes para librarse de una anarquía intelectual mucho más temible. La libertad de pensar, la libertad de escribir, la libertad de propaganda y todas las libertades, diabólicas á cual más, tenian un instrumento inencible. La imprenta no habia hecho la décima parte del mal que iba á producir la locomocion aérea. Bien ó mal, habia sido posible defenderse contra la imprenta, en tanto que

subsistieron fronteras y la policía fué posible. ¿Cómo defenderse contra el libre cambio de ideas funcionando en el espacio con más holgura aun que el libre cambio de mercancías? La congregación del Indice, la inquisición, la represión de los delitos de imprenta, los reglamentos de la profesión de impresor, no eran ya más que armas emmohecidas, curiosidades para los anticuarios, tan impotentes contra el libre pensamiento como los escudos de los griegos y romanos contra la metralla. ¿De qué servía anatematizar las libertades vomitadas por el infierno? Tanto valiera anatematizar la libertad de andar, teniendo el hombre piernas. La fuerza de las cosas prevalecería sobre las excomuniones más solemnes, y la religión estaba perdida, á no ser que el navegante aéreo fuese el Antecristo en persona y que su invención anunciase el fin del mundo, lo que no hubiera sorprendido á nadie.

Los clericales estaban tanto más dispuestos á abandonarse á la idea de que el inventor anónimo era un descreído, cuanto que habian observado ciertas circunstancias extraordinarias al trasluz del prisma de la prevención. Sin ninguna necesidad habia escogido siempre el Domingo para sus ensayos públicos, lo que era una prueba evidente de que no solo dejaba él de cumplir los deberes

religiosos, [sino que inducía á la multitud á que tampoco los cumpliera. Y precisamente en aquel año cayó el 1º de Junio, que era el día de la manifestación, en fiesta de Pentecostés, á la cual ni siquiera hizo alusión en su anuncio. No habia solicitado para su buque las bendiciones de la Iglesia, ni reservado asiento alguno á sus dignatarios, como los habia reservado para la autoridad, la ciencia y hasta el periodismo. Era mal interpretada hasta la franqueza y falta de aprensión, consideradas irrespetuosas para un lugar santo, con que se habia sentado, fumando un cigarro, en uno de los pararrayos de Nuestra Señora. Evidentemente aquel hombre era un libre pensador, y no se debía vacilar en condenarle como un enemigo y en ver en su descubrimiento un azote.

A todo lo dicho se añadan ciertos sentimientos que no era decente confesar y que no se confesaban, pero que sordamente contribuían no poco á las diferentes causas de antipatía y recelo. La generalidad se resentía del incógnito guardado por el inventor. Decíase de él que coqueteaba con la gloria como una mujer hermosa con el amor, y que regateaba demasiado sus revelaciones. Olíbasele porque no se le habia podido sorprender su secreto, no obstante las encarnizadas investigaciones á que se dedicaban con más ó ménos misterio

los sábios, los inventores y los más prácticos industriales. Humillaba á todos la insoportable superioridad de aquel desconocido. Tanto poder en un hombre, que tenia solo en sus manos los destinos del mundo, pasaba como una usarpacion. No habia en la tierra un solo personaje cuya importancia no fuese eclipsada por la suya. El solo absorbía la atencion del universo.

A pesar de todo, no hubo bastante audacia para retar abiertamente el sentimiento del público, cuya admiracion se sobreponia á todas las consideraciones. Los espectáculos de que habia sido testigo le habian causado una impresion demasiado profunda. Se procedió por insinuaciones. Las consecuencias probables de la invencion se estudiaron bajo todos los aspectos, y no fué posible desconocer su grandeza. Hubo que limitarse á acumular los *sí* y los *pero*, las objeciones y las reticencias. Con la admiracion pública se mezcló un verdadero terror. Cuanto más se reflexionaba en aquella maravilla, más imposible parecia adivinar por qué nuevas vías iba á precipitarse el mundo. ¿No correria á su pérdida? ¿No iba á empezar de nuevo el reinado de la violencia, cien veces peor que en los peores dias de la edad media? ¿No se hallaba la humanidad en vísperas de zozobrar en el caos?

El navegante aéreo no tomó parte alguna en la polémica. Pero *El Universal*, cuyos redactores se hallaban animados de una fe profunda, hizo frente con la mayor resolucion á los adversarios más ó ménos declarados del gran descubrimiento. Descubrió los intereses ocultos que intentaban batirlo en brecha. Atrajo á su causa la mayor parte de liberales, demostrándoles que de la nueva invencion no podia resultar más que el progreso y que no habia poder en el mundo capaz de confiscarla en su provecho cuando se habria divulgado. Obligó á los ultra-clericales á declararse abiertamente sus adversarios y á exponer sus razones, que fueron acogidas con un favor muy mediano. Probó que la guerra se haria imposible; que las naciones penetrarian la una en la otra hasta el punto de no formar más que un solo pueblo; que repartiéndose las riquezas propias de cada país por toda la superficie del globo, la facilidad de emigrar á vastos territorios incultos y fecundos extinguiria el pauperismo y aumentaria el bienestar general, al mismo tiempo que la difusion de las luces, el comercio de ideas, suprimiria en todas partes la ignorancia y la barbarie. Contra todos proclamó, sostuvo y defendió á brazo partido el siguiente axioma: El mal no ha salido nunca del bien, ni de un desastre de un progreso, ni una catás-

trofe de una invencion. Por el solo hecho, decia, de haber Dios inspirado al hombre la idea de un gran descubrimiento, debemos aceptarla con tanta fe como gratitud bien persuadidos de que está en los destinos de la humanidad y de que todo progreso es para ella un nuevo manantial de prosperidad y bienandanza.

Uno de sus artículos recibió una respuesta de las más extrañas que puedan imaginarse. Emanaba de un periódico que tenia por redactor principal el hombre más excéntrico de toda la prensa parisiense; trataba todas las cuestiones por el lado paradójico, y sostenia, con gran contentamiento del público, las tesis más absurdas. Verdad es que nunca se conquistó un adepto, pero se deslizaba con tal destreza por debajo de la refutación, que era siempre el que cerraba las polémicas y tenia siempre á su favor la gente que ria.

Hé aquí el artículo que publicó sobre la locomoción aérea.

XI.

PARADOJA.

La locomoción aérea no existe.

No existe, porque es imposible que exista.

No se me diga que se ha visto al navegante aéreo y su buque. No es esta la cuestion.

Yo tambien los he visto. Pero esto no es más que un hecho, ¿y qué es un hecho?

NADA.

¿Qué es la lógica?

TODO.

Y la lógica va siempre de un punto de partida á un punto de llegada.

El punto de partida es que el hombre, no teniendo alas, no ha sido creado para volar.

El punto de llegada es que la locomoción aérea NO EXISTE.

Cuantos han buscado medios para dirigir los

trofe de una invencion. Por el solo hecho, decia, de haber Dios inspirado al hombre la idea de un gran descubrimiento, debemos aceptarla con tanta fe como gratitud bien persuadidos de que está en los destinos de la humanidad y de que todo progreso es para ella un nuevo manantial de prosperidad y bienandanza.

Uno de sus artículos recibió una respuesta de las más extrañas que puedan imaginarse. Emanaba de un periódico que tenia por redactor principal el hombre más excéntrico de toda la prensa parisiense; trataba todas las cuestiones por el lado paradójico, y sostenia, con gran contentamiento del público, las tesis más absurdas. Verdad es que nunca se conquistó un adepto, pero se deslizaba con tal destreza por debajo de la refutación, que era siempre el que cerraba las polémicas y tenia siempre á su favor la gente que ria.

Hé aquí el artículo que publicó sobre la locomoción aérea.

XI.

PARADOJA.

La locomoción aérea no existe.

No existe, porque es imposible que exista.

No se me diga que se ha visto al navegante aéreo y su buque. No es esta la cuestion.

Yo tambien los he visto. Pero esto no es más que un hecho, ¿y qué es un hecho?

NADA.

¿Qué es la lógica?

TODO.

Y la lógica va siempre de un punto de partida á un punto de llegada.

El punto de partida es que el hombre, no teniendo alas, no ha sido creado para volar.

El punto de llegada es que la locomoción aérea NO EXISTE.

Cuantos han buscado medios para dirigir los

globos han sido unos insensatos, ó al ménos gentes que no raciocinaban.

Y aumenta este imposible la necesidad de dar al vehículo dimensiones suficientes para llevar la máquina.

De consiguiente la locomoción aérea NO EXISTE.

Se ha demostrado que con ella no habría fronteras. Las fronteras son tal vez un mal, pero un mal necesario. El hombre, siendo sociable, tiene necesidad de agruparse. De aquí las naciones. Sin naciones no hay humanidad.

Ni habría tampoco gobierno. Y preciso es que el hombre sea gobernado. La ley es tal vez sensible, pero es una ley esencial y constitutiva de la humanidad civilizada.

Tampoco habría policía. Vendría el absoluto reinado de la violencia. *Todo sería del más fuerte.*

La fuga sería el único recurso del débil. ¿Pero qué sería entonces del trabajo? El trabajo es incompatible con la fuga perpetua.

Y sin trabajo no es posible la existencia humana, así como sin policía no es posible la existencia social.

Ni el débil ni el fuerte trabajarían porque vendría siempre otro más fuerte para arrebatarles el fruto de su trabajo.

El hombre se convertiría en ave de rapiña.

Faltarían, pues, las condiciones más esenciales de toda existencia social: EL TRABAJO Y LA PROTECCION.

Diga *El Universal*: ¿cómo nos defenderíamos del bandolerismo? Nos va á presentar el cuadro de

una gendarmería por los aires y casas con ventanas enrejadas, guarnecidas con una formidable artillería, á no ser que se abran á cincuenta piés bajo tierra.

¿Semejante género de arquitectura está en el destino humano?

Y aun así, difícil será á la gendarmería volante y á la fortificación de las haciendas impedir que se robe un buey en Normandía para ir á asarlo en América.

La policía de los mares no es ya una cosa fácil

Se han necesitado siglos para hacer frente á la piratería y á la trata de negros.

Y no se ha conseguido completamente el objeto.

Y la policía de los mares no es, sin embargo, más que difícil.

La policía de los aires sería absolutamente imposible.

¿Cómo impediría *El Universal* que una bandada de filibusteros llegase una noche de la China ó de la Plata é impusiese á la primera ciudad que se le antojase una contribución onerosa, sopena de bombardeo inmediato?

¿Cómo impediría que los traficantes de esclavos arrebatasen negros en las costas de Africa y blancos en las costas de Provenza?

Con la locomocion aérea habria necesidad de un monstruoso baturrillo de leyes draconianas y de una organizacion de fuerzas públicas de que no es posible formarse idea, y aun así serian impotentes.

No habria, pues, libertad. Y la libertad es tambien una condicion esencial de la existencia humana.

¿El Universal seria capaz de creer que con una facilidad de locomocion tan disolvente, subsistiria mucho tiempo algun vestigio de matrimonio, de familia, de hogar, y de las pocas virtudes domésticas que nos quedan?

Bien pronto el hombre no seria más que un macho y la mujer no seria más que una hembra, y la especie humana, impotente para echar raíces en tierra, sin familia, sin propiedad, sin más ley que la fuerza, retrogradaria á paso de carga hácia la BESTIALIDAD.

Otros han enumerado todas las consecuencias, ciertas ó probables, de la locomocion aérea, y de ellas han concluido que se nos preparaba un porvenir espléndido segun unos, temible segun otros, y que, en concepto de todos, debe transformar el mundo.

Las premisas son exactas. No lo es la conclusion.

Este porvenir, espléndido si se quiere, traspasa-

saria los destinos del hombre, á quien le es tan posible transformar las condiciones de su existencia como robar el fuego del cielo.

Este porvenir, terrible en mi opinion, acarrearía el cataclismo final de la humanidad.

Todas las consecuencias de la locomocion aérea, que están previstas ó es posible prever, se hallan en contradiccion manifiesta con las condiciones fundamentales de toda civilizacion.

Y la CREACION no sufre CONTRADICCIONES.

Admite el progreso, pero en el sentido del desarrollo de lo que ella ha creado.

No admite el progreso en un sentido *contradictorio*.

La conclusion que hay que sacar de las premisas no está, pues, en la investigacion de las consecuencias que produciria la locomocion aérea.

La conclusion es que la locomocion NO EXISTE.

El destino humano tiene límites que el hombre no puede traspasar.

Hay un punto en que las condiciones de la existencia humana dicen al génio del hombre: *Nec plus ultra*.

Convengo en que este punto está *indeterminado*.

Pero sostengo que la locomocion aérea está colocada *más allá*.

Conozco la objecion vulgar:

“¿Qué hubiera dicho un ateniense, aun en el
“siglo de Pericles, á quien hubiesen afirmado
“que habia de llegar un dia en que andarian co-
“ches sin caballos con una velocidad de veinte le-
“guas por hora?

“¿Qué habria dicho un sábio de la Edad Me-
“dia, á quien hubieran afirmado que habia de
“llegar un dia en que los hombres en unos cuan-
“tos minutos se pondrian en correspondencia del
“uno al otro extremo del mundo?

“¿Qué habrian dicho Rafael ó Andrés del Sar-
“to, si se les hubiese afirmado que habia de lle-
“gar un dia en que se ejecutarían por sí solos
“retratos y paisajes, siendo el pintor el sol?”

Respondo á los que así se expresan tratándose
de la locomocion aérea, que no se han dado cuen-
ta de la *distancia* INFINITA que separa la impor-
tancia de este descubrimiento de la de todos jun-
tos los descubrimientos precedentes, incluso el
de la pólvora, el de la imprenta, el de la brújula,
el del vapor, el de la electricidad, y hasta el de
los Montgolfiere.

Creo en los progresos, *hasta en los indefinidos*,
de la ciencia médica.

No creo sin embargo, que lleguen nunca á ha-
cer al hombre inmortal.

Creo en los progresos, *hasta en los indefinidos*,
de las ciencias industriales.

No creo que lleguen jamas á hacer de un hom-
bre un pájaro.

Los antiguos habian instintivamente compren-
dido y poéticamente expresado esta imposibilidad
por medio de la fábula de Icaro.

Pero yo predigo que no se volverá á hablar
más del navegante aéreo, porque no ha hecho más
que soñar, y todo el mundo ha soñado como él.

Si se atreve á reaparecer, será arrastrado al
espacio con su secreto, sin que nadie vuelva á
encontrarlo porque *no puede existir*, y, por consi-
guiente, *no existe*.

EL HECHO NO ES NADA.

LA LÓGICA LO ES TODO.

XII.

EL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO.

El precedente artículo presenta, como se ve, la más extraña amalgama de absurdos, de buen sentido, de lógica, de paradoja, de errores, de verdades y de contradicciones. Tal como es, sin la ridícula negación de un hecho que todo el mundo había presenciado, habría podido pasar como todos los salidos de la misma pluma, y hasta dar que reflexionar á muchas gentes, que no habrían tal vez encontrado su tesis enteramente fuera de razón. Pero estaba tan patentemente desmentido por el hecho, que resultaba ser todo él un absurdo, y *El Universal* ni siquiera se tomó la molestia de hacerle caso. No contestó nada. En cuanto al gobierno, no había tomado la menor parte en la

polémica, y la dejó desenvolverse libremente, comprendiendo que se aclararía tanto más cuanto mayor fuese la libertad con que se discutiese.

En el fondo estaba muy perplejo.

A la sazón se hallaba á su frente, sin que sea necesario decir que le daba su forma, un hombre á quien no embriagaba su posición, pues no había ambicionado el poder, que, por la sencillez de sus gustos, era para él una carga de que de buena gana se hubiera desprendido. Pero, aunque liberal por temperamento, se había formado del poder una idea que le era propia. Lo consideraba como un depósito que no le era lícito amen- guar ni aun en provecho de las ideas que le eran más simpáticas. Simple ciudadano, habría podido reclamar con más ó menos insistencia tales ó cuales concesiones. Jefe del Estado, sus ideas eran inmutables, y el ejercicio de la autoridad no tenía para él nada de seductor. Pero creía que en conciencia su responsabilidad estaba empeñada en no ceder en lo más mínimo. Figurémonos un Washington, depositario del poder del Gran Turco, que hubiese jurado transmitirlo intacto á los que vinieron tras él. Liberal por sentimiento y por ideas, trataba casi á la libertad como si fuera su enemiga.

Y se preguntaba lo que seria para el poder la invencion nueva.

Era evidente que si se vulgarizaba, sin tomar de antemano ninguna precaucion, el poder no solamente quedaba debilitado, sino suprimido.

Ni habia que pensar tampoco en que la invencion dejase de adquirir todo su desarrollo. Por de pronto, no tenia en sus manos al inventor, y aunque se hubiera apoderado de él, no podia asesinarle para matar con él su secreto. Demasiado habria tomado el mismo inventor sus precauciones para que, si le sorprendia la muerte, su secreto no se encerrase en su tumba.

No quedaba más que un partido: comprar el secreto y reservarse su monopolio.

Pero no era la cosa de fácil ejecucion.

En la hipótesis, muy arbitraria por cierto, de que el gobierno llegara á entenderse con el inventor acerca de las condiciones de la cesion, fuerza era que entrasen en la confidencia cierto número de personas. Se necesitaba al ménos dar á conocer el procedimiento á cualquiera á quien se confiase el mando del buque aéreo. Por más que se escogiesen hombres probos, exigiéndoles los más solemnes juramentos, un secreto de Estado que tuviese cierto número de confidentes

habia de ser necesariamente divulgado á pesar suyo.

¿No era además probable que algun nuevo inventor hallase al fin lo que habia hallado el primero?

La vulgarizacion parecia inevitable, á no ser que se imprimiese el descubrimiento mismo, lo que se reconoció imposible. Y la vulgarizacion era el trastorno de toda organizacion social y la supresion de todo gobierno.

¿Se podria siquiera combinar una série de leyes bastante eficaces para evitar las terribles consecuencias que todo el mundo habia indicado? No era fácil. Las leyes no alcanzarian fácilmente á hombres provistos de un medio de evasion tan poderoso.

¿Y cómo librarse de las invasiones de extranjeros que podian llegar inopinadamente de los países más lejanos para conquistar la nacion francesa, ó al ménos saquearla y desaparecer en seguida? ¿Habria precision de crear innumerables ejércitos aéreos para defenderse, y volver á los países extranjeros los males que de ellos se hubiesen recibido?

No se veian más que imposibilidades en todas partes.

Se concluyó por donde tal vez se habria debi-

do empezar. Se resolvió ponerse en relacion con el navegante aéreo ó informarse de las medidas que él tendria probablemente que proponer para que su descubrimiento no llegase á ser una calamidad pública, sino que, al contrario, fuese un beneficio para el mundo y en particular para Francia.

No detenia al gobierno más que una cuestion de fórmula y de dignidad gubernativa. Le repugnaba dar el primer paso y sobre todo, entrar en tratos con un desconocido. Escribió á éste, por conducto de las oficinas de *El Universal*, diciéndole que en el caso de quererse dar á conocer al gobierno, el cual le prometia el secreto, se recibirían las comunicaciones que tuviese á bien dirigirle.

El inventor contestó inmediatamente en una carta sumamente atenta en la forma, pero que en el fondo, no obstante los más hábiles circunloquios epistolares, era altiva y hasta impertinente. No habia llegado aun el momento de darse á conocer pero estaba dispuesto, ya que el gobierno lo deseaba, á ponerse en comunicacion con él conservando el incógnito. Ofreció prestarse á enviar y recibir correspondencias por conducto de *El Universal*, ó por un buzón análogo, adaptado á la chimenea que el gobierno mandase preparar al

efecto en alguno de los edificios del Estado. Creia que la autoridad estaba sumamente interesada en combinar las medidas que se le hubiesen ocurrido para proporcionárselas, y él se obligaba á examinarlas con toda la asiduidad que mereciesen, deseoso de que redundara en beneficio del público el incalculable poder que se hallaba en sus manos, y de probar al gobierno toda su deferencia y su respeto.

Estaban trocados los papeles. El desconocido se erigió en protector, dejando al gobierno el papel de protegido. No habia que hacerse ilusiones acerca de su pretension de tratar de potencia á potencia, y hasta de potencia superior á potencia inferior. Afortunadamente, eran sus formas, como se ha dicho, tan políticas que, sin sacrificar las apariencias de la dignidad, el gobierno se pudo someter á su ley afectando imponérsela. Hubo que resignarse á una situacion impuesta por la fuerza de las circunstancias, dominando todos los resentimientos del amor propio. El gobierno le escribió que consentia en otorgarle el modo de correspondencia que solicitaba, y que estaba pronto á examinar las peticiones de indemnizacion que formulase para la comunicacion de sus procedimientos.

X. Nagrien respondió que no era la cuestion de

indemnización la más urgente, y suplicaba que se la examinase más adelante, limitándose á dar sobre este punto algunas indicaciones de que sería fácil hacerse cargo en ocasion oportuna. Su invencion, si le convenia explotarla, podia procurar-le beneficios casi indefinidos. Podia establecer un comercio inmenso y lucrativo con las partes inexploradas de Africa, con el Oriente, con las regiones auríferas y con otros países lejanos. Podia dedicarse al contrabando. Podia trasportar viajeros y mercancías. Los 65.000,000 á que subió en algunos dias la suscripcion de los que pidieron asiento para el viaje alrededor de Francia, mostraban cuánto podrian producir otros viajes análogos ó al extranjero. Dando á su invencion otras aplicaciones, podia arrendar á los industriales fuerzas matrices. Le era fácil ganar centenares de millones. Ya por el buzón de *El Universal* le habian llegado ofrecimientos considerables. Una casa de banca, al pedirle que fijase una cantidad que sirviese de tipo, declaró que, sin comprometerse de antemano á aceptarla, tomaria en consideracion y la discutiria, aunque pasase de 100 ó de 150 millones. Su invencion explotándola él mismo, representaba 800 ó 900 millones, y tal vez millares de ellos. Estaba seguro de que, cuando él quisiera, Inglaterra ó los Estados-Unidos le da-

rian 500 ó 600 millones. Pero no tenia prisa alguna por recoger los beneficios que podia realizar cuando bien le pareciese. Su principal deseo era que Francia se enriqueciese con su descubrimiento, y se consideraria suficientemente indemnizado con una recompensa nacional reducida á proporciones mucho más modestas, 150 ó 200 millones. No era, pues, la ganancia lo que le preocupaba. Lo principal era examinar las medidas que podrian adoptarse para la práctica de su descubrimiento, y suplicaba al gobierno que acerca del particular le comunicase sus combinaciones.

Al pronto causaron sorpresa las cantidades indicadas por el navegante aéreo. Pero luego, reflexionando acerca de ellas, no parecieron exageradas. Por lo demás, el gobierno se veia muy apurado para emitir ideas de que carecia respecto á la solucion del insoluble problema. Costábale mucho insistir para obtener inspiraciones del inventor de que éste tal vez carecia tambien, puesto que no tomaba la iniciativa como era de esperar. El gobierno le escribió que la cuestion estaba en estudio y que le comunicaria las resoluciones que se adoptasen. Tomóse en efecto el partido de estudiar formalmente la cuestion, con la esperanza de llegar á descubrir al fin alguna combinacion practicable.

X. Nagrien respondió que, siendo así, iba á emprender su gran viaje, cuya duracion no seria muy larga, y que á su regreso podrian proseguirse las comunicaciones. Para los estudios que se iban á empezar indicó un elemento útil. Era posible formar capitanes hábiles para la maniobra del buque sin iniciarles en el secreto de los procedimientos de locomocion. Así pensaba él proceder en el caso de que, no consiguiendo el gobierno proporcionarle medidas convenientes para poner en práctica su descubrimiento, se decidiese á explotarlo por sí mismo.

Habian llegado los últimos dias de Mayo. La partida para el viaje alrededor del mundo estaba fijada para el 10 de Junio, primer aniversario de la manifestacion con que el inventor habia asombrado al público. Los viajeros, prevenidos con mucha anticipacion, habian llegado de todos los puntos del universo. Un nuevo buque con almacenes, salones, cámaras y dependencias de todo género, se habia construido á poca diferencia sobre el plano del primero, en proporciones suficientes para trasportar quinientos pasajeros, rodeándolos ingeniosamente de todas las comodidades. No faltaban provisiones, ni armas, ni instrumentos para las observaciones científicas, ni precauciones contra la intemperie. Tratábase nada ménos

que de visitar todas las capitales de Europa, atravesar les mares, penetrar en las regiones inexploradas, presentarse á las tribus salvajes, que quedarian mucho más atónitas ante aquella aparicion que los indios al aspecto de los primeros buques que vieron llegar de Europa.

Se habia organizado una fiesta nacional para el gran dia de la partida, habiéndose puesto para el embarque á disposicion del navegante aéreo el patio reservado de los Inválidos. Al medio dia se elevó el buque empavesado, al son de músicas y entre las aclamaciones de los pasajeros, estrepitosamente contestadas por la muchedumbre, y entre los estampidos de su artillería que respondia al cañon de los Inválidos. Atravesó la esplanada, remontó el curso del Sena hasta el puente de Austerlitz, á igual distancia de los dos muelles, se elevó más y mas alejándose hácia el Oriente, y se le distinguió mucho tiempo como un punto negro antes de desvanecerse en el espacio.

Entre las cartas que la administracion de correos tenia separadas para inutilizarlas, por no haber ido nadie á recogerlas, se encontró un dia una dirigida al redactor principal de *El Universal*, periódico que no existia. Dicha carta, cuya firma

omitiremos por discrecion, estaba concebida en los siguientes términos:

“Solo vos podreis y querreis burlar el abominable complot de que soy víctima. La prueba de que no estoy loco está en que comprendo perfectamente que quieren hacerme pasar por tal las compañías de caminos de hierro. Me hallo aquí rodeado de infelices dementes, cuyo estado, que me causa piedad, conozco perfectamente.

“Venid á visitarme, evitando sobre todo, tropezar con algun empleado de ferrocarriles, que se han ligado todos con terribles juramentos, prometiendo no retroceder ante ningun crimen para ahogar mi descubrimiento. Haré echar esta carta al correo por un individuo cuya adhesion me ha costado muy cara. Le he dado las instrucciones necesarias para que no le interceptasen los enemigos conjurados contra mí. Le he descrito las señas por las cuales reconocerá con toda seguridad á los empleados de caminos de hierro, monstruos horribles que toman los más variados disfraces para espiar mis más insignificantes acciones. He reconocido á un guarda-agujas en la persona de un supuesto médico que ha venido á verme algunas veces, so pretexto de hallarse enfermo el médico ordinario del establecimiento.

“No puedo atribuir más que á un narcótico,

propinado por manos pérfidas, el irresistible sueño que se apoderó de mí al llegar á la vista de Viena. Muy profundo debió ser mi letargo para que se me pudiese trasladar á mi cama, donde, al despertar, tanto me ha sorprendido el encontrarme. Las compañías de caminos de hierro, habian complicado sin duda en su odiosa conjuracion á todos mis dependientes, los cuales se han aprovechado de mi insistencia en pedir noticias de mi buque para conducirme aquí bajo el pretexto de que aquí lo encontraria. Muy pronto se quitaron la máscara, atreviéndose á decir que el negópos, el buque aéreo, vuestro periódico mismo y todos los prodigios que ha contemplado el mundo, no han existido nunca más que en mi imaginacion. Pero yo, con vuestra ayuda, sabré invalidar tan pérfidas maniobras, y puesto que el gobierno ha cometido la bajeza de favorecerlas, no le guardaré ya ninguna consideracion. El sabrá que el hombre que tiene en su mano los destinos del mundo tiene el poder de castigar. Vos sabreis tambien que tiene el poder de recompensar, porque sereis el primero, y durante mucho tiempo el único, á quien revelaré el secreto de mi prodigioso descubrimiento.

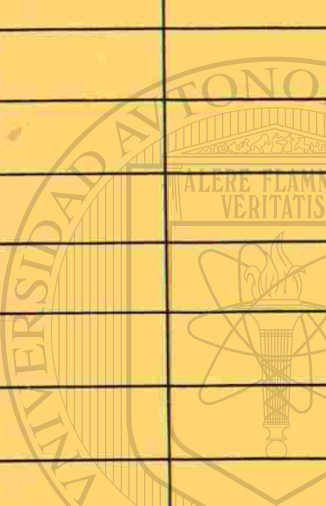
FIN.

INDICE.

	Páginas.
CAPITULO I.—El anuncio.	3
Paréntesis.....	24
II.—La invencion.....	25
III.—La aplicacion.....	38
IV.—Los preparativos.....	51
V.—La manifestacion.....	58
VI.—El "Universal".....	70
VII.—Un Paseo por Francia.....	81
VIII.—El buque.....	89
IX.—La prueba decisiva.....	103
X.—Polémica.....	119
XI.—Paradoja.....	129
XII.—El viaje alrededor del mundo.	138

U. A. N. L.

IFCC 636



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN

C8

FEVT

AUTOR

CUEVAS, José de Jesús

TITULO

Discurso que el Sr. Lic. D.
José de Jesús...

FECHA DE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

